

El juego sigue sin mí

MARTÍN CASARIEGO



Lectulandia

Ismael recuerda la época en la que, cuando tenía trece años, sus padres contrataron a Rai, un chico cinco años mayor que él, para que le diera clases particulares. Tras una primera sesión poco productiva, establecieron un pacto: el alumno estudiaría por su cuenta y el profesor le hablaría de libros, de películas, de música, de la vida... También de Samuel, un joven que se citó por carta con su exnovia, con la amenaza de que si no se presentaba se suicidaría.

Con este punto de partida, Martín Casariego ha escrito una novela de iniciación, una novela sobre el paso de la adolescencia a la madurez; sobre la familia y las nuevas formas de relación entre los jóvenes; sobre la intensidad de una etapa tan decisiva en la vida; sobre el peso de la existencia y cómo aliviarlo. Una historia marcada por las sombras, las dudas y los secretos, en la que la ballena blanca de la que el narrador ha estado huyendo acabará por presentarse inesperadamente años después, cambiándolo todo e impulsándole a replantearse lo que ocurrió.

Lectulandia

Martín Casariego

El juego sigue sin mí

ePub r1.0

Titivillus 19.08.15

Martín Casariego, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Acta de la reuni3n del Jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n 2014

Reunido el martes 9 de septiembre de 2014, desde las 20:00 horas, en el Caf3 Gij3n de Madrid, el Jurado calificador del Premio de Novela Caf3 Gij3n correspondiente al a3o 2014, compuesto por D.^a Mercedes Monmany, D. Antonio Colinas, D. Jos3 Mar3a Guelbenzu, D. Marcos Giralt Torrente y D.^a Rosa Regàs, en calidad de presidenta, y actuando como secretaria D.^a Patricia Men3ndez Benavente, tras las oportunas deliberaciones y votaciones, el Jurado acuerda:

Otorgar por mayor3a el Premio de Novela Caf3 Gij3n 2014 a la novela presentada bajo el lema *Una educaci3n* y bajo el seud3nimo Lisboa. Abierta la correspondiente plica, la novela ganadora result3 ser *El juego sigue sin m3* de Mart3n Casariego.

El Jurado quiere destacar la fluidez con la que el autor maneja esta historia de aprendizaje que se establece entre dos j3venes de hoy d3a. Ambos crean una relaci3n que se resuelve en una tensi3n dram3tica perfectamente desarrollada y de final abierto.

Rosa Regàs
Mercedes Monmany Jos3 Mar3a Guelbenzu
Antonio Colinas
Marcos Giralt Torrente

*Para Antón, por su ayuda tan constante
y conmovedora como decisiva, y para Mayte, sin más explicaciones.*

I

No voy a revelar mi nombre, porque no importa. Se me podría llamar Ismael. Dudo en cómo abordar el relato de aquellos meses que cambiaron mi vida, durante el curso en el que cumplí catorce, hace la friolera de nueve años. No sé si debo hacerlo desde el momento actual o si debo, más bien, procurar recuperar la perspectiva de aquel niño que dejó de serlo. Tampoco sé a qué atenerme con respecto a una de las personas que más decisivamente han influido en mí.

Fue un ladrón especial, pues me robó, sí, pero durante años he pensado que me dio mucho más de lo que me quitó. Hoy no estoy tan seguro. Es posible que gracias a él me apartara del mal camino. No lo sé.

Su nombre sí lo voy a decir. Se llamaba Raimundo, pero le llamaban Rai, y cuando le querían fastidiar le llamaban Inmundo, chiquillada que no le amargaba la vida. Así, con i latina, ni siquiera con el adorno de una i griega, hoy más anglosajona que helénica: Rai. No es un nombre para una leyenda. Pero así es la realidad.

Porque Rai, en el instituto, fue lo más parecido a una leyenda que yo haya conocido. Una leyenda escolar, como diría mi madre, no una leyenda de fama mundial. Así que, teniendo en cuenta esa escala, el nombre de Raimundo tal vez sea el apropiado. Lo bueno, lo mejor de las leyendas, es que nunca envejecen, y lo recordaremos así, siempre joven, con esa mirada azul algo líquida y bastante irónica, muy limpia y a la vez empañada, con el pelo negro ensortijado, un fular en el cuello, un pendiente en la oreja izquierda y una leve sonrisa eterna y como congelada, que casi nunca acababa de arrancar. Los pómulos marcados, la barbilla algo afilada. Ahora lo definiría como una especie de dandi vagamente desaliñado, aunque en la época en que lo conocí nunca se me habría ocurrido tal expresión. En cuanto a su mirada, la seguiría juzgando irónica, aunque quizá no tan limpia.

Tenía tres años más que mi hermana, y mi hermana dos más que yo. Ella se llamaba Teresa, pero un poco por picarla, un poco cariñosamente, la llamaba a veces Pesadilla de Fuego.

Teresa era, por decirlo pronto, la chica más guapa del instituto. Y vaya si lo sabía. Se hacía la modesta, pero vaya si lo sabía. Y no puedo culparla, debe de resultar muy difícil no ser una creída cuando medio instituto —casualmente, la parte masculina— piensa que eres maravillosa y está babeando por ti, te invita a las fiestas, te sonrío, te habla siempre con amabilidad, te deja copiar, te presta apuntes, te manda archivos con canciones incluso sin haberlo pedido, te cuela, sueña contigo, mendiga una de tus encantadoras sonrisas, etc., etc. Claro que también es cierto que algunas chicas la envidiaban y la criticaban, generalmente sin razón, pues Teresa, con todos sus defectos, era en el fondo una persona bastante más que aceptable; y que algunos la

despreciaban, como la zorra de la fábula que despreciaba esas uvas que no podía alcanzar. En fin, supongo que todo el mundo encuentra piedras en el camino, y que incluso gozar de su agraciado físico —ojos verdes, labios llenos y finamente dibujados, melena negra y brillante, piernas largas— debe de ser complicado. He leído entrevistas en las que algunas modelos se quejaban: si los hombres no hubieran estado tan encima de mí, si me hubieran dejado en paz, yo habría podido ser esto o lo otro. En lo que a mí respecta, creo que tener por hermana a la más deseada del instituto fue bastante positivo, porque contribuyó a que dejara de idealizar a las mujeres. O quizá fuese bastante negativo, porque es algo que puede volverte escéptico. Ya no hay diosas en el horizonte, y lo primero que piensas al ver en una revista una fotografía de una modelo anunciando un perfume es que seguramente come pipas y lo deja todo lleno de cáscaras chupadas, o que hay calcetines sucios desperdigados por el suelo de su cuarto, o que nunca se lleva la mano a la cartera porque da por hecho que a ella hay que invitarla. En fin, no sé.

Pese a la diferencia de edad, sigo creyendo que yo también fui, de alguna manera, muy importante para él. Recuerdo la primera ocasión en que le vi. Fue al pasar del colegio al instituto. El instituto era un edificio del centro de Madrid con algo de historia, uno de esos nobles edificios de piedra con columnas, arcos, molduras, ventanales y techos altos, que los alumnos solo empiezan a apreciar en su justo valor cuando ya lo han dejado atrás, y no todos. Se había fundado a finales del siglo XIX. Los primeros días Ramón, Hugo y yo no nos separábamos ni para ir al baño. Estábamos un tanto asustados por el cambio, por no conocer a los profesores y, sobre todo, por estar rodeados de chicos mucho mayores por todas partes. Algunos nos parecían peligrosos, de esos que pegan una patada a tu balón o a tu mochila, te quitan el bollo o te dan un golpe con el hombro al pasar. O que hacen cosas mucho peores. Una mañana le vimos cruzar el patio en diagonal, de una esquina a otra del campo de deportes, con su guitarra en bandolera, y tuve la sensación de que el tiempo se paraba. Creo que se debió a su manera de andar, lenta pero sin pausa, al movimiento de sus brazos y piernas, a la leve inclinación de su cuerpo, la cabeza ladeada, un poco como si bailara y otro poco como si estuviera vigilante, al acecho tras su aparente tranquilidad. Bueno, como ya he dicho, fue como si el mundo se parara, como si todo se detuviera menos él, como si todo menos él quedara congelado por unos segundos. Como un felino seguro de su poder y, sin embargo, alerta, a la defensiva porque se sabe en peligro. Por supuesto no fue exactamente así, y para entender mi fascinación hay que tener en cuenta que se debía en parte a mi corta edad. Pero solo en parte. La gente le iba saludando, y él respondía a los saludos sin detenerse. Desapareció tras abrir con una llave una puerta (yo aún no sabía que era la del auditorio y que había conseguido permiso para ensayar en él, algo absolutamente excepcional), y todo volvió a la normalidad. No comenté nada a mis amigos porque estaba seguro de que ni yo me sabría explicar ni ellos me sabrían entender, y habrían despachado el asunto —al menos Ramón— diciendo que si ahora me gustaban los chicos o qué pasaba.

Pero no, no tenía nada que ver con eso. Simplemente desprendía algo especial, casi mágico. Algo así como la ilusión de que es factible un mundo mejor y más justo, y a la vez más apasionante y más intenso. Eso fue un curso antes de conocerle, pues ver a alguien cruzar un patio no es conocerlo. Irradiaba un aura. Y eso lo tienes o no lo tienes.

Lo conocí de verdad porque empezó a darme clases particulares. Yo era un chico bastante raro si leer mucho te convierte en ello, pero esa característica no conlleva necesariamente sacar buenas notas. Era de los que estaban en incipiente peligro de desviarse y, en opinión de mi tutora, aunque había comenzado a apuntar maneras, aún no era un caso imposible, ni mucho menos. Por eso, tras el primer y más bien calamitoso trimestre, preocupados por mis notas, mi malhumor, mis malas contestaciones y mi «decepcionante rendimiento escolar», en frase no sé si de mi tutora o de mi páter, como por entonces le llamábamos, el consejo familiar —en el que yo no tenía ni voz ni voto, pero sí oídos— decidió en Navidades reforzar mi educación con clases privadas de matemáticas.

Los páters entrevistaron a tres candidatos. Uno era una chica de dieciséis años y nariz con pronunciado caballete, una empollona delgadita, casi escuchimizada, que soltaba risitas fuera de lugar de puro nerviosismo. Era del curso de mi hermana, y recé para que no me tocara. Después vino un chico de diecisiete años, que practicaba la escalada, sabía tocar el piano y quería estudiar ingeniería. Ignoro por qué ese me cayó mal, incluso fatal, pero así fue. Quizá me pareciera algo afectado, con su jersey de marca y sus pantalones de marca y la camisa de marca sin meter. Y por último apareció Rai. Era el mayor. Tenía dieciocho años y estaba en segundo de bachillerato. Le preguntaron si había repetido un curso. Dijo que sí, y explicó que a los dieciséis años había pasado por una crisis existencial —no especificó más—, se había ido de casa y había estado viajando por América, por Argentina, Brasil y Colombia, había aprendido algo de portugués, *o português é uma língua muito bonita*, y durante varios meses, al quedarse sin dinero, había trabajado en un gimnasio. Contó algunas cosas sobre selvas, playas, pueblos remotos, niños descalzos y octogenarias que se emborrachaban y bailaban frenéticamente, como si esa fuese la última vez que fueran a hacerlo... Sus notas eran muy buenas, y en matemáticas, en concreto, sacaba invariablemente sobresalientes. Mis padres se miraron y no necesitaron decirse nada.

La clase inaugural marcó el rumbo de las demás. Rai llegó puntual, mi madre, por ser el primer día, se quedó para recibirle y le ofreció tomar un refresco o un vaso de agua, y él lo rechazó amablemente. Mi hermana se dejó caer, le saludó con exagerada frialdad —lo que significaba que pretendía ocultar lo contrario, pues mi hermana solía ser encantadora con todo el mundo, salvo conmigo— y desapareció rápidamente. Y él y yo nos encerramos en mi cuarto.

Ese día también se había encerrado en mi cuarto una mosca. O puede que no se hubiera encerrado allí, puede ser que ese fuera su lugar de nacimiento. Me llamó la atención porque era una mosca navideña, algo no del todo corriente. Y como era igual

de molesta que sus congéneres veraniegas, la perseguí. Cuando se posaba yo acercaba lentamente mis manos extendidas un palmo por encima de ella, y cuando consideraba que las tenía ya suficientemente juntas y cerca de la víctima, daba una rápida palmada. Quizá no sea una muerte tan mala: morir mientras te aplauden. Él me observaba tranquilamente, sin impacientarse. Por fin, al cuarto intento, la mosca obtuvo su aplauso final. Y entonces, mientras yo cogía el cadáver delicadamente por un ala y lo arrojaba a la papelera, se presentó:

—Hola. Como ya sabes, me llamo Rai, pero puedes llamarme... Rai.

No era el mejor chiste que había oído a lo largo de mis trece años de existencia, pero lo soltó con tal naturalidad que me resultó simpático. Yo también dije mi nombre y que me podía llamar por él. Y me callé que sabía de sobra no solo el suyo, sino también quién era. Todo el mundo lo sabía en el instituto.

—Una vez vi miles de moscas y avispas devorando un cerdo —dijo—. El olor y el ruido podrían marearte, puedes creerme. Un espectáculo verdaderamente infernal, si te fijabas en los detalles.

A continuación me largó una breve charla sobre sus intenciones y objetivos, que bastó para que me diera cuenta de que era tan novato como yo en eso de las clases particulares, y sacó de una carpeta unas hojas con unos problemas. Pronto quedó claro que el verdadero problema iba a ser mi actitud. Me explicó por encima los ejercicios y me instó a resolverlos. Sin negarme directamente, no le hice caso. Ya en la universidad leí *Bartleby, el escribiente*, pero por entonces no lo había hecho aún. Ahora podría decir que adopté una postura casi bartlebyana. Él insistía, pero yo me ponía a parlotear, le hacía preguntas, bromeaba. Me fijé en que del bolsillo de su gabardina asomaba un libro de bolsillo —a veces las cosas están donde deben— y pasé a hablar de la lectura, y de que mi padre leía habitualmente en «cacharritos», como él los llamaba, y yo lo haría en cuanto me compraran uno, acababa de terminar una novela de misterio, en fin... Él prefería leer en papel. Ahora estaba con un libro color crema, *Pensamientos*, de Giacomo Leopardi, un poeta italiano descreído, doblemente jorobado —o triplemente, pues dos de sus jorobas eran físicas, visibles— y aristócrata del que, aseguraba, había mucho que aprender.

—Bueno —aclaró—. No es que lo esté leyendo exactamente ahora, sino que me acompaña últimamente, lo llevo siempre en la gabardina o en la mochila, un día leo una frase, un párrafo, un capítulo... y me lo vuelvo a guardar.

Yo le escuchaba con mucho interés, porque, si al cruzar el patio simplemente me había llamado la atención, le admiraba desde que le había visto zurrar a Toshiba hacía mes y medio. A Toshiba le llamaban así porque un día se disculpó en clase aduciendo que no pudo hacer los deberes porque iba con tos, con tos iba, profe. Y se le quedó el apodo de Toshiba. Además, en sus mensajes escribía *ir* con hache y *hacer* sin ella. Ramón, Hugo y yo le llamábamos Orror Profundo. De niños habíamos coleccionado Gormitis, aparte de gomas de colores, gogos, cromos de fútbol y muchos otros artículos básicamente inútiles que se ponían de moda. Los Gormitis eran unas figuras

de plástico de monstruos muy feos y con poderes terribles, de entre cinco y diez centímetros de altura, que vendían en los quioscos. Eran muy populares entre los niños de mi generación, pero si preguntaran qué eran a un adulto sin hijos de nuestra edad, no sabría qué decir. Habíamos pasado muchas horas jugando con los muñecos y con las cartas, y viendo sus dibujos en el televisor, y todavía guardábamos en nuestras casas un respetable montón de aquellos Señores de la Naturaleza. Horror Profundo era el Señor del Volcán, y sus alas de fuego y sus rápidos movimientos hacían de él uno de los Gormitis que más miedo daban (según nuestras informaciones, pues los Gormitis no daban miedo a los niños, aunque se suponía que se lo daban entre ellos). Con el cuerpo mutado y recubierto de lava, Horror Profundo podía lanzar rocas y rayos de fuego líquido que deshacían a sus enemigos. No sé quién de nosotros le puso ese apodo. Pero todos los demás le llamaban Toshiba. Se le conocía principalmente porque era el que jugaba mejor al baloncesto. Era un repetidor, pero eso no le marcaba, porque repetidores había unos cuantos. El caso de Rai era distinto. No era exactamente un repetidor. Simplemente se había saltado un año.

Cuando faltaba poco para que terminara la clase —por así llamarla—, Rai cogió una de las hojas con problemas que había traído, la arrugó hasta convertirla en una pelota y la encestó en la papelera.

—Un papel arrugado y una mosca muerta. ¿De qué hablarán? ¿De qué *podrían* hablar?

Dicho eso me miró con esos ojos azules francos y despiertos, que brillaron por un momento con furia, furia que no se reflejó en sus palabras. Quizá, más que de furia, debería hablar de un fuego, una combustión interior, levemente desquiciada, o mesiánica, tal vez. Y con voz pausada me dijo que muy bien, que la clase había sido —al menos desde el punto de vista académico, por así decirlo—, un completo desastre, que era consciente de ello y que el primer culpable (porque el segundo era yo) había sido él. Y que no le importaba seguir así, siempre y cuando yo estudiara y sacara buenas notas en la siguiente evaluación, pues él no era, desde luego, ningún estafador.

—Eres inteligente, eso se nota a la primera —afirmó, llenándome de orgullo; hacía tiempo que nadie decía eso de mí—. Si te da la gana, aprobarás. Pero no por mis ejercicios, sino por ti. No necesitas un profesor, lo que necesitas es tomártelo un poco en serio. Ya tienes edad para ir comprendiendo que tomar en serio a los demás es el resultado de tomarse en serio a uno mismo.

—Venga ya, hablas como un profesor.

Clavó su mirada líquida y azul en mí, mitad divertido, mitad enfadado.

—¿Qué esperas? Es el papel que represento aquí.

—¿Y si no apruebo?

Se encogió de hombros.

—Vaya morro —dije—. ¿Y qué pasa con el dinero de mis padres?

—Me importa una higa ese dinero. Adoptaré ante mis empleadores una postura

genuflexa por haberles hecho perder el tiempo, y les devolveré hasta el último céntimo. O mejor, lo donaré a los pobres y todos menos tú saldremos ganando. Tus padres y yo con la conciencia tranquila, los pobres con cuadernos y lápices, y tú... Pero no, no contemplo esa posibilidad. Tú aprobarás y tendrás algún tipo de futuro por delante, si te da la gana. Y como no eres memo, te dará la gana, ya lo verás. Apostaría mi colección de cómics.

Hablaba como si supiera mejor que yo lo que yo iba a hacer.

—¿Y si te defraudo? Además, las matemáticas no me gustan. Aunque me gusta la biología, creo que voy a hacer algo de letras.

—Qué quieres que te diga. Haberlo pensado antes.

No, no era el tipo de profesor particular que yo esperaba.

Me quedé unos segundos mirando por la ventana. A veces ponía la vista en el infinito simplemente para ganar tiempo, pero en esa ocasión hice lo que aparentaba: reflexionar. Como ya he dicho, le admiraba, y pensé que, puesto que era cinco años mayor, podría enseñarme muchas cosas de la vida, todas esas que no se encuentran en un problema de matemáticas. Así que establecimos un pacto. Y funcionó, pues yo empecé a estudiar por mi cuenta y, en efecto, mis calificaciones mejoraron notablemente. Nadie timaba a nadie.

—Vaya —comentó, fijándose en el compacto—. Veo que tienes para poner cedés.

—Me lo dieron para el inglés, por los libros que vienen con discos.

En esa primera y particular clase (más que clase particular) supe que él estaba convencido de que ese nombre que odiaba, Raimundo, y al que sin embargo no estaba dispuesto a renunciar, se lo había puesto su padre como una forma de venganza. Me pareció que exageraba. Según él, su madre había querido llamarle Juan, aunque carecía de pruebas. Puestos a lanzar teorías descabelladas, y entrando en el campo del optimismo, a lo mejor se lo había puesto porque se parecía a «rey del mundo». En algún lugar he leído que Raimundo significa «el que da buenos consejos». Otra versión dice que es «el protegido por el consejo divino». Él daba buenos consejos, pero dudo que estuviera protegido por Dios.

—Aunque ya en ese plan —agregó—, al menos no me puso Rasputín.

—Ni Abundio —dije yo.

—Ni Picio.

—Ni Quasimodo...

—Ni Soygilipollas...

Y nos reímos bastante buscando nombres raros, vejatorios, desprestigiados o inexistentes.

Seguimos charlando, y para cuando terminó la hora y se marchó, yo ya estaba plenamente decidido a cumplir con mi parte del trato.

II

Mis mejores amigos de aquellos días eran muy distintos entre sí. Ramón era bastante bruto, tanto físicamente como en el trato con los demás. Su sobrenombre de Gormiti era Kolossus, el Señor de la Tierra, un gigante temible se le mirara por donde se le mirara. Sus cuatro brazos eran duros y resistentes como pesados martillos, así que si empezaba a agitarlos más valía salir corriendo. Fue el primero en ver porno en internet y en dar un beso con lengua, con diez años. A esa edad ya nos hablaba de chupar, de dar por culo y de correrse en grupo en la cara de las tías. Un día me enseñó un vídeo y no quise volver a ver nada de eso durante mucho tiempo. Fue en su casa. Tecleamos «gente follando», y vimos uno en el que un hombre al que no se le veía la cara se la metía por el culo —o eso creímos— a una mujer. Tenía un pene enorme y gordo, y echaba algo blanco. Me asqueó tanto que me dolió la tripa y tuve ganas de vomitar. Se lo conté a mi padre, y mi padre me explicó que el sexo podía ser bonito si se practicaba de mayor con una persona a la que querías, pero que visto así podía resultar horrible. Era algo que tenía que quedarse en la intimidad. Me pidió que no viera más vídeos como ese, porque daban una idea equivocada de lo que eran el sexo y el amor. Aunque solo lo comprendí a medias, me tranquilizó. Por otra parte, Ramón jamás desfallecía, jamás se hundía. Cuando le sucedía algo que yo me tomaría como un desastre, le otorgaba su justa importancia, y en seguida volvía a estar tan campante. Eso lo convertía en un excelente compañero y despertaba mi admiración.

Hugo era más soñador (otros, el padre de Ramón, sin ir más lejos, dirían que era más parado). Tenía un punto raro, como si algo le reconcomiera interiormente y no se atreviera a sacarlo. Ramón le había bautizado como Hugonías. Era alto, flaco y más bien cabezón. Esta última característica le había convertido en su faceta Gormiti en Espora el Terrible, del pueblo del Bosque, quien desde sus manos y su enorme cabeza podía lanzar esporas venenosas que acababan con la vida de todo aquel que las respirara. Con sus pequeños ojos podía hipnotizarte, y si lo hacía y te arrojaba sus esporas ya no había escapatoria posible. Hugo era el más flacucho, y por eso, fantaseábamos, prefería matar a distancia, sin llegar al cuerpo a cuerpo. Así que en las contadas ocasiones en las que se metía con alguien, decíamos que había lanzado sus esporas. Hablaba inglés perfectamente, porque su madre era neozelandesa. De novios sus padres alquilaron un sótano. Como Nueva Zelanda está en las antípodas, el padre decía que lo había escogido ella no por ser más barato, sino para estar más cerca de su familia. Esa historia nos gustaba a Hugo y a mí, pero Ramón se burlaba y nos tildaba de románticos o babosos.

Nos hicimos amigos porque con cinco años empezamos a coleccionar Gormitis (y lo dejamos de hacer a los siete, aunque los conservábamos; yo tenía en una caja más

de ochenta, Hugo, unos noventa, y Ramón, sumados los de su hermano, ciento cincuenta). El caso es que solíamos jugar juntos en el patio, compartíamos actividades extraescolares y a veces íbamos a las casas de los otros. Yo también tuve nombre de Gormiti, claro. Pero tampoco ese voy a decirlo.

Habíamos hablado vagamente, durante el curso anterior, de formar un grupo de rock. Había varios inconvenientes. Uno, que no teníamos local para ensayar; dos, que no teníamos instrumentos; y tres, nuestra nula formación musical. Yo iba a ser el cantante, pero, siendo coherente con nuestra incoherencia, no tenía ni idea de cantar. Algunos obstáculos se salvaron providencialmente. Un local de los padres de Ramón, también un sótano, se quedó sin inquilino, quizá porque no hay muchos neozelandeses en Madrid, y se lo cedieron a su hijo para estudiar y, por qué no decirlo, para quitárselo de en medio. Eso trajo como consecuencia, en el reparto virtual de papeles, que Ramón se convirtiera en el cantante de nuestro grupo, pues el cantante, virtual o no, es el que más destaca y él tenía el poderoso argumento de ser el dueño del local de ensayo. Conseguimos un micrófono y una guitarra, y compramos un tambor en un chino. Los otros inconvenientes seguían en vigor. Yo pedí una guitarra eléctrica por mi cumpleaños, y mi padre me dijo que primero me pagaba unas clases, oferta que, lógicamente, rechacé. Yo quería tocar la guitarra, que era divertido, y no aprender a tocarla, que seguramente era muy aburrido. Y como, sin embargo, hacer algo sin tener ni idea termina por ser tan pesado como aprenderlo, tras unos días de furiosas pruebas durante las que se rompió el tambor, lo normal acabó siendo que nos reuniéramos en el sótano para conversar y escuchar música de grupos a los que queríamos parecernos. Si no tenía tareas, o si no me apetecía hacerlas, me llevaba un libro y me tumbaba en el sofá para leer, mientras ellos jugaban a videojuegos y hablaban de canciones que se iban a llamar *Voy a meter un gol en la final del mundial* o *Si tienes la regla no quedas conmigo*.

El sótano del padre de Ramón estaba en una plaza a la que muchos del instituto iban por las tardes. Toshiba la había convertido en una especie de patio particular. Tanto era así que había prohibido asomarse por allí a un chaval de su curso al que hacía la vida imposible, a espaldas de los profesores y con la ayuda de un par de secuaces. Le consideraba inferior y prescindible. Había circulado entre algunos una grabación en la que Toshiba le tiraba al suelo, le daba unas patadas y le retorció la oreja obligándole a gruñir como un cerdo. Había tenido la precaución de no colgarla. Toshiba cumpliría en ese curso diecinueve, como Rai. Su padre tenía pasta y él presumía de eso, de lo que costaban su reloj y su ropa, y de su coche descapotable y sus gafas de sol de trescientos euros. Era alto y muy fuerte, y se ciclaba. Rai estaba al tanto de aquellos abusos, y la gota que colmó el vaso fue la grabación. Así que se presentó un día con la víctima en la plaza. Toshiba no podía permitir que se pusiera en duda su autoridad, y menos aún en su cortijo. Justo en ese momento llegamos mis amigos y yo, los componentes de una futura y famosa banda de *rock zombi*, autora de éxitos con millones de visitas. Toshiba se encaró con el chaval sin mirar a Rai, para

hacer ver que la cosa no iba con él. Lo cual, obviamente, constituía un signo de debilidad.

—¿Qué haces aquí, cerdo? ¿Quieres que te parta la cara?

El chico, aterrorizado, miró a Rai.

Y Rai no iba a fallarle, claro. Había empeñado su palabra. Su honor. Avanzó un paso y sonrió. Aparentaba estar muy tranquilo. Rai aún no era mi profesor, y ni podía imaginar que pronto iba a serlo. Estaban justo enfrente del local vacío del padre de Ramón.

—No —dijo Rai—. No quiere que le partas la cara. Pero me tienes a mí. Ven a retorcerme la oreja. Si puedes.

Toshiba, alias Orror Profundo, sonrió con desprecio. Parecía una roca. Estaban en la misma clase desde el curso pasado, pero nunca habían intercambiado más de dos palabras. En ese momento nadie habría apostado por Rai. La masa de músculos miró en su derredor, y comprobó que había una pareja de municipales en el otro extremo de la plaza, pendiente de un grupo de borrachos.

—Ah, ya veo —dijo—. Eres tan valiente porque ahí hay pasma, ¿verdad, Inmundo?

—Oh, qué va —contestó Rai, sin perder su expresión risueña—. En realidad, puedo esperar toda la tarde a que me partas la cara. Vas a quedar altamente complacido. Si puedes, claro.

Esa vez fue la primera en que le oí lo de «altamente», y supongo que se me pegó desde ese instante. Habíamos formado un semicírculo, guardando una prudente distancia, por si empezaban a sacudirse. Nadie quería llevarse un golpe perdido.

Toshiba y Rai se miraban, uno con odio, el otro con sorna. Aparentemente la única ventaja de Rai era su mayor estatura. Tenía más neuronas, claro, pero en un combate cuerpo a cuerpo con un gorila tener más neuronas no sirve de nada.

Y entonces, para sorpresa de todos, intervino Ramón:

—Podéis pegaros en mi local —dijo—. Allí no hay polis.

Un temblor de excitación nos recorrió a los presentes.

Ramón fue hacia el local, seguido en silencio por los demás, abrió la puerta y encendió la luz. Bajamos las escaleras y nos arrimamos a las paredes, después de apartar las sillas y la mesa para despejar el centro. Todo había adquirido el aire de una ceremonia solemne, de un rito iniciático. Yo quería ver qué iba a pasar y a la vez quería estar muy lejos de allí.

—¿Qué reglas hay? —preguntó Orror Profundo.

Tenía gracia que justamente él se preocupara por las reglas.

—Boxeo —respondió Ramón, que se sentía importante porque el local era de su padre, y se había erigido en una especie de árbitro. Le gustaba mucho ese deporte, y continuamente hablaba del filipino Many Pacquiao y de Wladimir Klitschko, el ucraniano que había acabado con la supremacía de los negros en los pesos pesados—. Y al que haga trampas, golpes bajos, lo que sea, entre todos le sacamos a patadas —

se envalentonó.

—Okey —asintió Toshiba.

—¿Sin guantes? —dijo Rai.

—Claro, caprichito de las nenas —respondió Toshiba—. Sin guantes. ¿O has traído? Y sin protector bucal. Sin dientes vas a poder chupársela muy bien a tus amiguitos.

—Vamos —dijo Rai.

Se pusieron en guardia. Ramón y otro habían empezado a grabar el combate. Tras estudiarse durante unos segundos, Toshiba comenzó a lanzar puñetazos, pero Rai los esquivaba agachándose, retirándose o moviéndose a un lado como si fuera de goma. Error Profundo se iba enfureciendo progresivamente, y de pronto comenzamos a ver cómo su cabeza se echaba bruscamente hacia atrás y volvía a su sitio, y otra vez se iba hacia atrás. Noté algo húmedo en la mano, y observé que me había caído una gota de sangre. Vi fugazmente la cara de la víctima de Error Profundo, en la que el júbilo había ido sustituyendo al miedo. Casi no veíamos los golpes, solo la cabeza de Toshiba que se iba otra vez hacia atrás, y luego que tenía la cara ensangrentada, hasta que un golpe en los riñones seguido de un rechazazo al mentón le derribó. Por una parte, presenciarlo me gustó, pues además de que se lo merecía, consideraba que un espectáculo así ampliaba mi experiencia de la vida, como ver un cadáver, viajar a Roma o besar a una chica. Pero, por otra, me pareció repugnante y el estómago se me contrajo. Rai se plantó ante el caído, que sangraba por el labio partido e hinchado y por la nariz. Tenía un ojo tumefacto y casi totalmente cerrado. El resultado de una pelea de boxeo sin guantes. Pensé que iba a retorcerle la oreja hasta obligarle a gruñir. No andaba descaminado, pues dijo:

—Si vuelves a molestar a ese chaval, igual eres tú el que grita como un puerco.

Las criaturas del Volcán ayudaron a levantarse a su líder, y así empezó a forjarse —al menos para mí— la leyenda de Rai. Mes y medio después me enteré de que sería mi profesor particular.

Más tarde Ramón colgó la pelea en internet, y fue diciendo por ahí que había sido una velada histórica y que él podría ser un buen promotor de boxeo. Aunaba esa mezcla de optimismo e inconsciencia.

Así supimos que Rai sabía pelear, y até cabos posteriormente, cuando en la entrevista contó a mis padres que había trabajado en un gimnasio de boxeo, en su viaje por América. Hasta entonces nunca se había metido en líos. Los evitaba sin necesidad de rebajarse. Algunos que no le conocían bien habían pensado que era un cobarde, y ahora todos le respetaban más.

Para entonces ya medio instituto sentía que se movía de una forma que te hacía tener ganas de vivir, y si eras una chica, sentías que te hacía morir.

Al menos eso le oí decir a alguna de su curso.

Y hablando de morir, afirmaba que, puesto que es seguro que todos vamos a hacerlo, la única diferencia era el momento, y que por eso lo principal era elegir el

día y la forma.

—Y por lo tanto —me confió un día—, lo mejor no es suicidarte cuando estás desesperado, sino lo contrario: cuando sientes que has alcanzado la cumbre. Lo cual, imagino, debe de ser mucho más difícil. Heinrich von Kleist y Henriette Vogel pasearon alegremente junto al lago Wannsee antes de aplicarse la solución final a escala ínfima. Tiraron piedras, jugaron, rieron, tomaron café... Un testigo declaró que parecían la pareja más feliz del mundo. Pero ese ejemplo no me vale, huele a pantomima que apesta. Huele a cerdo devorado por miles de moscas.

Ahora recuerdo una frase que me gustó, y que escuché en alguna película cuyo nombre he olvidado: el camino hacia la cumbre siempre es cuesta arriba. Y cuando llegas, lo haces a un lugar solitario en el que hace demasiado frío.

III

El segundo día de clase fue memorable. Traía la carpeta, pero era para disimular, pues ni siquiera la abrió. Así que el pacto del primer día, eso de apelar a mi responsabilidad, iba en serio.

Sacó un cigarrillo, dio una calada y tosió. Me fijé en la cajetilla, que había colocado en la estantería. Había tapado la horrible imagen original de un tumor con la de una chica de calendario de los años cincuenta, sentada en una moto y lanzando un beso, con la leyenda *Waiting for you*.

—Estoy intentando empezar —se disculpó—. El otro día fumé uno entero y me sentó como un tiro, me mareé y vomité. Fue una vergüenza, en cierto modo.

—¿Y para qué fumas?

No contestó. En ocasiones la cabeza se le iba, y se posaba en un árbol lejano.

—Si quieres morir de cáncer, espera al futuro y no te fustigues ahora —dije—. A lo mejor no lo curan, pero seguro que habrán inventado una pastillita que, si te la tomas, pillas el cáncer que elijas, sin que te haga falta pasarlo mal fumando.

—Vaya. Eres realmente un optimista de libro —comentó, risueño. Había vuelto—. ¿Sabes? Yo no puedo serlo.

Se levantó, agitado, y dio una vuelta por la habitación. Volvió a sentarse, y dio otra calada.

—Cuando nací, murió mi madre —se decidió por fin—. No inmediatamente, pero no salió del hospital. Supongo que hay gente a la que los hospitales le dan pánico por eso: porque piensa que si entra a lo mejor ya no sale jamás. Eso es lo que le ocurrió a mi madre. Tardó casi tres días. Exactamente sesenta y ocho horas, según mis investigaciones. Septicemia. Sé que me acarició, me besó y habló, pero yo nunca pude hablarle, ni besarla, ni acariciarla. *En vano temes, madre / que mi error por la vida / me haya extenuado, que tu hijo / te haya echado en olvido. / En vano temes, madre. / ¿Cómo podría yo olvidar / a la que sin piedad / me dio la vida?*

Había recitado esos versos mirando por la ventana, tras dar una calada. Al cabo de unos segundos se volvió hacia mí.

—Son de Peiu Yávorov, un poeta búlgaro que tomó veneno y, por si acaso, se pegó un tiro. Mi padre nunca me lo ha perdonado. No es exactamente un mal tipo, pero... Me mira, y es imposible que no le recuerde eso, la agonía, la muerte. A partir de entonces, es decir, desde mi nacimiento, mi dulce hogar fue una especie de bomba de relojería. Y la bomba terminó por estallar, claro. Mi padre se casó otra vez tres años más tarde, pero nunca me ha perdonado... sin haberme acusado jamás de nada. Así que tengo madrastra desde pequeño, como en los cuentos. Y lo malo es que se parece bastante a las de los cuentos. Deseaba tener un hijo, pero no puede, lo

intentaron con tratamientos especiales, y nada. Quiso adoptar, pero a eso mi padre se cerró en banda. Así que sobre mí vuelca a partes iguales su instinto maternal y su frustración. Es una desequilibrada bipolar. O algo así.

Me quedé de piedra. Eran unas revelaciones demasiado íntimas para hacérselas a alguien a quien apenas conocía y que, encima, era mucho más pequeño.

—Te cuento esto para que nunca sientas lástima por ti mismo —continuó—. Yo, por ejemplo, pese a eso, soy un privilegiado. Miro alrededor y hay muchísima gente en una situación bastante más crítica que la mía. —Aspiró del cigarrillo y volvió a toser. Su rostro viró hacia el verde, aunque probablemente fueran imaginaciones mías—. La vida no trata de no caer, sino de cómo levantarse —agregó, una vez controlada la tos.

—Yo no siento lástima de mí mismo —protesté, supongo que demasiado seriamente.

—Bueno. Por si acaso. Por si te sucede en el futuro. A todos nos ocurre, alguna vez. Que te tengan lástima resulta reconfortante en ocasiones. Y apiadarte de otro te hacer sentir mejor persona. Así que es comprensible caer en la tentación de... ¿Sabes? A veces sueño con dos cisnes...

Es absurdo, pero mientras conversábamos no podía quitarme de la cabeza el pañuelo que llevaba anudado al cuello, un pañuelo rosa. Da un poco de apuro reconocer esto, pero el caso es que con trece años me parecía un detalle homosexual.

De pronto se echó a reír y dijo:

—Sé lo que estás pensando.

—No, no lo sabes —repliqué.

—Claro que sí.

Se quitó el pañuelo, encendió el mechero y lo prendió. No sé de qué estaba hecho, pero salió una llama tremenda y un humo oscuro. Tuvo que soltarlo para no quemarse, y lo pisoteó para apagarlo. Después abrió la ventana. Entró un aire frío. Estábamos en enero, un mes triste y duro, aunque a mí me lo salvaban las vacaciones y los Reyes.

—¿Así mejor? —me preguntó, sonriente.

—Me da igual cómo vayas —contesté.

Y pensé dos cosas: que, efectivamente, había adivinado lo que pensaba, y que no andaba muy bien de la azotea. He dicho que yo lo conocía desde mucho antes, aunque él no lo supiera, y eso es lo que sucede con los tipos que son una especie de leyenda: todo el mundo los conoce, pero ellos no conocen a todo el mundo. Suponía que ni había reparado en que yo me contaba entre los espectadores de su combate con Toshiba.

—Dentro de poco cumpliré diecinueve años —comentó en algún momento—. Es horrible la sensación de que te estás haciendo viejo todo el rato, de que tus células trabajan incansablemente para envejecer, para autodestruirse. Para suicidarse —remachó—. ¿Sabes qué es la apoptosis? La muerte celular programada. Es necesaria

para la regeneración. Es una especie de suicidio con resultados positivos para el cuerpo. Para la sociedad, por así decirlo.

En el suelo de corcho quedó una quemadura negra. La cicatriz, empezamos a llamarla. Aseguraba que el mundo estaba cubierto de cicatrices. Según él, hasta las hojas de los árboles estaban llenas de cicatrices.

Y las peores eran las que no se veían.

IV

Esa tarde yo me encontraba sin fuerzas, terriblemente cansado, apático. Con trece años me sentía así a menudo. Por suerte habían dejado de dolerme las rodillas, y ya casi nunca soñaba con que corría y sentía agujas que se me clavaban en los muslos. Tiempo después supe que es muy frecuente durante la infancia y parte de la adolescencia sufrir dolores musculares al soñar, pero entonces lo ignoraba, solo sabía que tenía esas pesadillas. Por lo visto se debe al crecimiento. La gente mayor se figura que a esa edad tienes que estar todo el tiempo dando saltos. Los adultos olvidan lo que los jóvenes desconocemos.

No había nadie más en casa. A partir de los doce años podía quedarme solo, lo que había supuesto un gran avance. Mis padres aún no habían vuelto y Pesadilla había salido. Casi todos los Gormitis eran de sexo masculino (se trataba en realidad de una mera suposición, pues su método de reproducción no se especificaba en ninguna parte), así que encontrar nombres para las chicas era más difícil, pero por mi hermana hice el esfuerzo. Pesadilla de Fuego era uno de los Gormitis de comportamiento más sucio y rastroso de todo Gorm, además de ser la mano derecha de Horror Profundo. Estaba hecha de fuego y no existía físicamente, por lo que permanecía invisible cuando se desplazaba. Mi hermana no pasaba precisamente desapercibida, ni era sucia y rastroso. Llamarla de esa forma estaba poco justificado, pero me hacía gracia. Estaba tan agotado que, al entrar con Rai en mi cuarto, me tumbé en la cama. Me dedicó una mirada ligeramente sorprendida, pero no comentó nada.

—Vamos a aprovechar nuestra soledad —dijo, y sacó un cedé de su carpeta. Sí, era sin duda un tipo peculiar. ¿Quién, que no fuera un viejo, tenía cedés?—. Que oigan música cuando te estoy dando matemáticas quedaría bastante mal, ¿no? Sería altamente sospechoso. Te he traído discos antiguos. Los de ahora supongo que ya los conoces, y por consiguiente... Para que aprendas algo nuevo recurro a lo viejo, paradójico, ¿no crees?

Metió el cedé y me dio la cajita. Era *Transformer*, de Lou Reed. No me sonaba ni el nombre. Estaba maquillado, con ojeras exageradas. Mientras lo escuchábamos me estuvo contando cosas de él, de una banda que se llamaba la Velvet Underground, de una modelo y cantante, Nico, que era tan guapa como rica e infeliz, y de Andy Warhol. A Warhol yo le conocía, pues había una biografía suya en casa.

—En el salón hay un libro sobre Warhol. ¿Quieres que lo busque?

—Vale.

Fui al salón y regresé triunfante con el libro, más bien pequeño y con un retrato de Marilyn Monroe en la portada. Lo estuvo hojeando un rato, mientras

escuchábamos el disco. Había un cuadro de una lata de sopa Campbell que me recordaba la lata de *El cangrejo de las pinzas de oro*, el álbum de Tintín. Se lo comenté, y él me habló de otros cómics, de Blueberry, de RanXerox, de Corto Maltés, de *Barracuda*, de Dufaux, de Lauzier y de algunas novelas gráficas, como *Epiléptico* o *El arte de volar*.

—¿Hay alguna canción de amor?

—Esta —dijo.

Y puso *Perfect day*.

—¿Qué pasa? —me sonrió—. ¿Andas enamorado?

Yo siempre andaba enamorado. Lo pasaba fatal cuando me gustaba una chica y quería llamarla porque consideraba que los mensajes eran demasiado fríos, casi anónimos. Lo tenía que hacer a escondidas. A veces llamaba y colgaba inmediatamente. Y otras, casi me alegraba de que saltara el contestador o de que nadie descolgase. Tenía el número de Azucena guardado en la memoria del móvil. Y por si se borraba, lo había memorizado y apuntado en una libreta.

—Bueno —dije, sin saber si sincerarme del todo o no. Pero entonces, ¿a quién confesárselo? Porque, desde luego, no pensaba hacerlo ni loco a ninguno de mis amigos, y mucho menos a mi hermana. En cuanto a mis padres, para tales cuestiones no contaban ni siquiera como posibilidad para descartarlos—. Hay una chica de mi curso que me gusta un poco. En realidad ya no me gusta nada. Me parece guapísima y me encanta su voz, y también me encanta cuando se pone soñadora... Me encantaba —me corregí casi inmediatamente—. Ahora hasta su nombre me parece cursi.

Por suerte, Rai no me preguntó qué diablos significaba lo de ponerse soñadora. Qué nervios pasaba si Azucena no venía a clase, por ejemplo. En mi opinión, el amor es un auténtico derroche de energía. Si fuese un electrodoméstico, está claro que su calificación energética sería el color rojo y la letra G. En cuanto a la adolescencia... Sí, es un periodo muy bonito de la vida, como dicen algunos, pero sobre todo es demoledor.

—¿Estás seguro de que ya no te gusta tanto? —inquirió, con un tono afectuoso, y puede que levemente irónico.

—Las dudas se han disipado hace unas semanas. —Empleé la palabra *disipado* deliberadamente, para situarme a su nivel—. Había una fiesta de cumpleaños y dos chicas me liaron, me dijeron que Azucena iba a dejar a su novio porque le gustaba yo. Y en la fiesta, con el corazón a mil, le pedí salir. Ella escurrió el bulto como pudo. Me dijo que le había pillado de improviso, que no se lo esperaba y que me contestaría más adelante. Creo que nunca he pasado tanta vergüenza, me arrepentí de no haberlo hecho por mensaje. Tardé media hora en darme cuenta de que ya me había contestado.

Rai escuchaba con interés, y yo me sorprendí, pues si al principio me había costado arrancar, ahora seguía como si fuera algo que le hubiera pasado a otro, o a

mí, pero hacía mucho, muchísimo tiempo, y mientras lo contaba me parecía que todo perdía importancia, que era una bobada sufrir por eso.

—Todavía no sé si aquellas chicas se habían reído de mí, o si yo lo había entendido mal, o si eran ellas las que se habían confundido.

Rai me miró con algo así como una lejana compasión. Me pareció que dos finas arrugas dibujaban una ola en su frente.

—Bueno —dijo al fin—, supongo que hiciste exactamente lo que tenías que hacer. Yo en tu lugar estaría orgulloso, en vez de abochornado. Fuiste muy valiente al hacerlo cara a cara y no limitarte a enviar un mensaje, como hace casi todo el mundo. Estoy persuadido de que en el preciso momento en que se lo soltaste y ella te rechazó, empezaste a curarte y a resultar más atractivo para ella, y ella empezó a serlo menos para ti. Incluso diría que ya estás casi totalmente recuperado. Verás. —Se acarició la frente con el índice—. Esto te tiene que servir para lanzarte, no para encerrarte. Si pruebas con tres, muy probablemente una te saldrá bien. Si no pruebas con ninguna, ninguna te saldrá. A las mujeres no les gustan las tortugas que esconden la cabeza. Cierto es que si la sacas te expones a un guantazo, pero si te quedas dentro te condenas a la soledad. El sabor de la vida, el amor, se reserva para los que se arriesgan. Y de nada sirve fingirlo, porque si finges amar, incluso en el caso de ser correspondido, ¿qué ganas, si no amas? ¿Qué cosechas, si no... vaciedad? Es la gran lección del amor: el que engaña, se engaña a sí mismo.

«Estoy persuadido de que en el preciso momento». Hablaba así. Supongo que estaba infectado por el lenguaje escrito, por los libros que leía. O quizá lo hiciera conscientemente, como una forma de distinguirse, de elevarse sobre la mediocridad dominante. En otro resultarían pedantes o afectadas, pero cuando era él quien las pronunciaba, aquellas palabras algo —o bastante— rebuscadas quedaban muy bien. Por supuesto, en aquel momento yo no estaba enteramente de acuerdo con él, pues aunque me había hecho el fuerte y contarle me había aliviado, aún me dolía. Ahora, mirando hacia atrás, me planteo las cosas de otra manera. Algunas chicas que me han gustado, la mayoría en realidad, me son indiferentes o me parecen completamente estúpidas, y encuentro ridícula la idea de haber creído estar enamorado de ellas. A otras, las menos, las sigo juzgando magníficas. Azucena es de esas que no me explico por qué llegó a atormentarme tanto. O sí me lo explico: porque ella era medio rubia y yo era medio memo.

—Pero ha empezado a gustarme otra —confesé.

No le revelé que se llamaba Irene ni que hacía esgrima, ni que solía llevar las uñas pintadas de azul.

—Vaya. —Me miró, genuinamente sorprendido, y ahora pienso que, quizá, con una pizca de envidia—. Eres de los enamoradizos, ¿eh? De los que hacen una cadena, eslabón tras eslabón. A mí me pasa lo contrario: nunca me he enamorado. Incluso a veces creo que todavía no ha nacido la mujer que conquistará mi corazón.

—Cuidado, eso puede convertirte en pederasta.

—¿Ves como eres listo? —celebró la broma.

Seguimos conversando un rato. Cuando terminó el disco de Lou Reed, me dijo:

—Dentro de poco actúo en La Guillotina. Si quieres venir...

Y me dio una invitación.

—¿Tienes alguna otra? —pregunté, pensando en Hugo y Ramón.

—Toma. —Me dio dos más, y agregó—: Para la que te gustaba antes, y para la nueva. Para que vean que te levantas rápido, y que si se descuidan serán solo un eslabón más —me sonrió—. Hay un tipo de una discográfica que quiere escucharme en directo. Me ha propuesto dar dos o tres conciertos en un local con público menor para irme fogueando, y luego ya veremos... ¿Puedo llevarme el libro? —añadió, señalando el de Warhol, que había dejado en mi mesa.

—Sí, claro.

—Te lo devuelvo la semana que viene, y te traeré un cómic a cambio. El disco puedes quedártelo, es un regalo. Por cierto —agregó—, no adquieras la costumbre de estar echado en la cama. No eres Onetti, y me ha dado la sensación de estar de visita en un hospital.

Durante años me pregunté si introduje al extraño en casa, si jugar a ser gamberro, un chico malo, durante tres meses y suspender varias asignaturas podría haber resultado decisivo no solo para mí, sino también para terceras personas. Y durante años carecí de una respuesta clara y de la forma de llegar a ella. Y aunque me inclinaba a creer que no, la pequeña e incómoda duda permanecía viva, y aunque intentaba pisarla, no moría, como un piojo al que procuras aplastar y continúa revolviéndose. Cuando tenía nueve años, en verano fuimos de excursión al río un grupo de niños. Acabamos en un galapagar, y descubrimos que si tirábamos una piedrecita al agua los galápagos se acercaban al punto donde había caído, pensando seguramente que se trataba de comida. Arrojàbamos las piedras cada vez más cerca, hasta que los reptiles quedaban a nuestro alcance. Saltábamos entonces al agua por sorpresa y los capturábamos. Abandonamos el río con ocho o diez galápagos metidos en bolsas de plástico y mochilas, sin habernos parado a pensar en qué íbamos a hacer con ellos. Antes de llegar al pueblo los soltamos por el campo. Uno de los niños pronosticó que iban a morir. Uno de los mayores dijo que había que matarlos para que no sufrieran. Cogió un galápagos y lo estrelló contra una roca. Su caparazón se rompió en pedazos, como una taza que se hace añicos, pero continuó vivo. El chaval empezó a clavarle una navaja una y otra vez, casi con frenesí al comprobar que no expiraba. Se agarraba a la vida de una forma inimaginable. Varios nos pusimos a llorar. Otros dos niños y yo recogimos el resto de los galápagos y fuimos corriendo al río para salvarlos. Cuando regresamos era ya de noche, y a mí me cayó una bronca. Silencié el episodio.

La vieja duda persistió durante nueve años, y me hacía pensar que las sospechas son como ese galápagos que tan ferozmente se resistía a la muerte. Aunque ahora, en este verano, se ha despejado definitivamente, y ya sé a qué atenerme. He oído que

con el tiempo te vuelves más tolerante. Quizá dentro de unos años entienda sus razones, o su incapacidad de razonar, y les perdone. Incluso es posible que acabe pensando que no hay nada que perdonar. Quién sabe.

La tarde siguiente llevé al antro el cedé de Lou Reed, que había copiado en un pincho, para que vieran la portada.

—Mirad —dije—. Un poco nuestra estética *rock zombi*, ¿no? ¿Lo conocéis?

—No.

—Pues mola, ya veréis. Lo malo es que es de hace casi medio siglo.

Les gustó desde el principio, y a veces parábamos de hablar y escuchábamos las canciones y comentábamos algo de la letra. Pero cuando llegó *Take a walk on the wild side*, Hugo se rindió.

—Este tío es buenísimo, ¿cómo no lo conoce nadie?

—Es muy famoso —declaré—, lo que pasa es que de la época de nuestros abuelos.

De una inicial euforia, Hugonías había pasado a la depresión.

—Joder, nosotros somos una mierda —dijo—. ¿Y quién te habló de él? ¿Cómo lo has conocido?

—Rai, mi profesor particular —contesté, con una especie de orgullo—. Me lo ha regalado.

—Tu profe es un pirado —intervino Ramón, que se volvió hacia Hugo—. ¿No te ha contado nunca su sueño de los cisnes? Sueña con un lago en medio de un bosque. La superficie es gris, casi negra, y llueve a mares. Y entonces aparecen dos cisnes muy grandes y muy blancos, en los extremos del lago, y se ponen a nadar el uno hacia el otro, hasta que se encuentran en el centro... Yo creo que son dos cisnes medio maricones y han quedado.

Le miré sin comprender a qué venía aquello. ¿Por qué tenía que burlarse de aquel sueño que le había contado? Pero ese había sido mi error: contárselo un día en el que habíamos pasado delante del estanque del Retiro, lleno de patos y cisnes.

—¿Y? —dije cuando acabó de hablar—. ¿Y por soñar eso es un chalado? Yo tengo sueños mucho más raros. ¿Y tú con qué sueñas, además de con la de Lengua?

Ramón se revolvió, incómodo. A la de Lengua la llamábamos Devoramientos. Era joven, guapa y con buen tipo. Pertenecía al pueblo del Aire, y con sus increíbles poderes era capaz de adentrarse en tu mente y condicionar tu comportamiento, anular tu personalidad y usarte como una marioneta para sus malévolos planes. La llamábamos así porque cuando le sacaba a la pizarra, Ramón se quedaba en blanco. Un día, en clase, Ramón le rozó la pierna, aprovechando que pasaba al lado de su pupitre. Ella se volvió como si hubiera recibido una descarga eléctrica y se le quedó mirando, rígida y muy seria. Ramón se excusó diciendo que tenía una pelusa, y ella le dijo en un tono glacial que jamás volviera a tocarla, ni aunque tuviese mil pelusas. A veces, cuando sus horarios de salida coincidían, la seguía por la calle a escondidas hasta la boca de metro. Un día se metió en un café con un hombre, y Ramón se pasó

una semana haciendo cábalas, preguntándose si sería su marido, su amante, su novio o, simplemente, un amigo o un hermano mayor. Nos volvió locos esa semana, desmenuzando todas las posibilidades, pidiendo nuestra opinión, ahogándonos en su mar de dudas.

—No sé —dijo—. Yo me la casco con quien quiero. ¿Y tú?

No respondí. Me miró burlón.

—Seguro que todavía no te la has meneado. Pues deberías, te da un gustito increíble que te recorre todo el cuerpo. No se puede comparar con nada. No se puede describir. Es... un gustito.

—Pero luego te sientes sucio —intervino Hugonías.

—¿Sucio? Te limpias con papel higiénico y ya está.

Ramón me había contado una vez uno de sus sueños, uno de los pocos no protagonizados por una chica. Soñaba con una cara arrugada, de la que veía solo el ojo, parte de la nariz y de la mejilla. El ojo empezaba a girar hasta convertirse en una espiral. Ese ojo tenía toda la pinta de ser Dios. ¿Y soñar eso no era estar como una cabra? Hugo había soñado una vez que estaba sentado en el retrete haciendo sus necesidades (él empleó otras palabras). Lo malo era que el retrete estaba en medio del salón de su casa, llena de familiares. Y todos alrededor de él, incluso un tío que se había separado de su tía, y él no podía levantarse, pues no se limpiaba del todo por mucho papel higiénico que gastara. En fin.

—Pero no te enfades, hombre —dijo Ramón, conciliador—. Reconozco que la música mola, pero tú reconoce que eso de soñar con dos cisnes en un lago... Ese acaba de bailarín, ya verás.

Imitó de forma grotesca a una bailarina.

—¿No serás tú el futuro bailarín? —me burlé.

—Vamos, no te pongas así. Ya sabes que llamo maricón a cualquiera, es una forma de hablar, también te lo llamo a ti y sé que no eres gay. Pero te aviso, no te confundas: Rai no es amigo de nadie, se cree superior.

—A lo mejor es más amigo mío que tú.

—Vale, vale —intervino Hugo, que hasta ese instante se había mantenido al margen, pensando, supongo, que éramos dos imbéciles—. Parecéis críos.

Seguimos un rato escuchando música, pero en un ambiente menos alegre. Presentía, confusamente, que mi amistad con Ramón estaba enfermando. Pese a Lou Reed, no estaba siendo un día perfecto. Y recordé la frase con la que terminaba la canción: no vas a cosechar ni más ni menos que lo que siembras.

V

Me relató la historia de Samuel a lo largo de tres tardes. Empezó en febrero, cuando nuestra confianza ya había crecido hasta convertirse, al menos bajo mi punto de vista, en amistad casi fraternal. Sacó un cigarrillo, lo prendió y, sin importarle el frío y tras pedirme permiso, abrió la ventana. No había demasiada diferencia entre enero y febrero. Febrero tenía el inconveniente de que no había Reyes ni vacaciones, pero la ventaja de que la primavera ya casi se podía oler.

—Verás —dijo en un murmullo, como para sí mismo. Yo solo le vi fumar, aparte del día del pañuelo y la cicatriz negra en el suelo de mi cuarto, las tres veces que relató, en tres capítulos, aquella historia. Dio una calada y tosió un poco—. Intuyo que para mí va a ser más difícil empezar que dejarlo.

Estuvo un rato fumando sin pronunciar palabra. Buscaba la forma de abordar algo que era importante para él.

—Cuando uno se pregunta por qué o para qué se vive, es mejor detenerse antes de llegar al fondo de la cuestión —arrancó al fin—. Es preferible no acercarse al abismo, pues incluso siendo horrible y pavoroso puede resultar atractivo, o consolador, o disfrazarse de Última Opción. Serguéi Esenin se despidió de sí mismo con un verso escrito con su propia sangre: *Hasta pronto, amigo mío, hasta pronto, / te llevo, querido, en el corazón. / Esta separación predestinada / promete un encuentro en otro lugar.* ¿No te parece una imagen bastante ridícula la de esos espectadores que se saludan a sí mismos contentísimos en las pantallas de los estadios? Aunque en otro sitio he leído que se despedía de un amigo. —Extrajo de la mochila un manoseado libro de papel barato, *Antología de poetas suicidas (1770-1985)*—. En su infancia sufrió bromas salvajes. Cuando tenía tres años sus tíos le subieron a un caballo sin ensillar y lo pusieron al galope. Creo que me habría gustado conocerle, aunque guardando las distancias. Claro está que ignoro si a él le habría gustado conocerme a mí, pasando por alto el espinoso asunto de que nunca coincidimos en el tiempo. Maiakovski le dedicó un poema tras su muerte. El propio Maiakovski se suicidó años más tarde. Mira, lee este poema de Esenin, *El hombre negro*.

Me pasó el libro, tras abrirlo por la página indicada.

—*Amigo mío, amigo mío, / estoy muy enfermo. / No sé de dónde me viene este dolor* —leía sin poder sustraerme a la idea de que fumaba fatal—. *O es el viento que silba / sobre el campo vacío y despoblado / o el alcohol me deshoja el cerebro / como septiembre las arboledas. / Mi cabeza agita las orejas / como el pájaro sus alas...*

—Me gusta lo que se afirma en el prólogo —me interrumpió, quitándomelo de las manos y restituyéndolo a la mochila—: «Un libro no es otra cosa que lo que cada uno encuentra en él». Algunos de los antologizados son españoles, como Justo Alejo, que

se tiró de un cuarto piso en Madrid, en el Ministerio del Aire. ¿Sabes? Creo que todos somos ciudades bombardeadas.

Se levantó, metió una mano en el bolsillo y la sacó con unas llaves. Las observó durante unos segundos, sobre la palma. Después cerró el puño, como si guardara un tesoro, y volvió a introducirlas en el bolsillo.

—Esa mañana escribió una nota a la chica de la que estaba enamorado. Afirmaba que si ella no acudía a una cita por la noche, se mataría. Esenin declaró a un periodista en Berlín: «Prefiero Siberia a ser el esposo de Duncan», y luego telegrafió a Isadora asegurando que se mataría si ella no acudía enseguida a su lado. No niego que se pueda ser original, pero todo está ya dicho y hecho. Ella se negaba a verle, había rechazado ya cien veces quedar con él —prosiguió, tras un par de caladas y un breve silencio—. La rosa mágica que él le había regalado se había marchitado hacía ya bastante tiempo, no era tan mágica. Se habían apagado sus colores, se habían endurecido sus pétalos, se había debilitado su fragancia. Quería romper y él no lo aceptaba.

Apagó el cigarrillo y encendió uno nuevo. Dio una calada, nervioso, y dejó que su vista vagara por la habitación sin fijarse en nada concreto, antes de continuar.

—Creía que aún le quería, y que si insistía, ella se rendiría. Que era cuestión de perseverancia. Al fin y al cabo siempre la había tratado bien, pero... Desde que su amigo se mató en coche estaba volado. Montó un numerito muy desagradable en una cena con los padres de ella: eructó, habló con la boca llena, acudió con el pelo sucio... Un paso premeditado hacia la autodestrucción, sin duda. Defendió ante los espantados padres que las convenciones, además de una hipocresía pequeñoburguesa, eran una forma de coartar la libertad individual. Para ella esa cena supuso el fin, la prueba definitiva de que se había desfasado. En cuanto a él, aseguraba que sin ella no encontraba razón ni sentido a la vida, y sin embargo, ¿cómo juzgar esa lamentable actuación, sino como una manera deliberada de separarse de ella?

Se detuvo, aparentemente para observar cómo el humo que acababa de expulsar por la boca se expandía hasta volverse invisible.

—No hace falta ser un pequeñoburgués fascista para encontrar desagradable que alguien no se lave y no cierre la boca al masticar, puedes creerme. Y, sin embargo, ella era a la vez la rama a la que agarrarse, la disculpa que buscaba para seguir viviendo. Pensaba que, si el cerebro le negaba el sentido a la vida, el corazón le podía impulsar a continuar. Pero en esa cena se impuso el cerebro, sospecho, la parte enferma de su cerebro, quiero decir. Creo que él sufrió todavía más que ella, aunque fuese ella quien más lloró. Le pidió perdón posteriormente, pero ella ya no podía confiar en él y no estaba dispuesta a ser sacrificada, a ser tratada como una *boneca*, a arriesgarse a ser tirada a la basura y allí esperar a ser rescatada, a vivir una relación de vaivenes, de dramas y reconciliaciones.

Se levantó y se acuclilló ante la cicatriz. Hizo que el cigarrillo planeara por encima de ella, y le dio unos golpecitos con el índice, haciendo caer la ceniza.

Adiviné que escenificaba un bombardeo. No se me pasó por la cabeza protestar, pero habría sido innecesario, pues acto seguido sacó un pañuelo del bolsillo y recogió la ceniza.

—Le dio por ir a Manuel Becerra —prosiguió, finalizada la extraña maniobra—, donde ella había vivido hasta los once años. Paseaba por sus alrededores, y el corazón se le encogía pensando que esas calles habían presenciado su niñez y que él se la había perdido. Me contó que casi sentía un dolor físico, era como si la amara más ahora que la había ahuyentado. Era un dolor retrospectivo, que iba años atrás, un dolor por las cosas idas. Una tarde en la que sentía el corazón en carne viva, fue a un parque cercano, pensando que a lo mejor vería a una niña de diez u once años que se pareciese algo a ella, el pelo lacio y oscuro, las piernas delgadas, una sonrisa triste, y que esa sería una forma de recuperar un pedacito de todo lo que se había perdido y que tanto le atormentaba. Y ese era el estado de su ánimo cuando firmó la carta, y cuando firmó la carta ya solo le quedaban unas doce horas de vida, si es que no aparecía la chica, claro, y si es que se atrevía a cumplir su amenaza. Era como un jugador que mete una bala en el tambor de un revólver. Y el reloj ya había empezado a correr, o el tambor a girar, si lo prefieres. Esta noche me mataré a las diez si tú no...

Hizo una nueva pausa. Reparé en el hecho de que también Teresa y yo habíamos vivido de pequeños en los alrededores de Manuel Becerra.

—¿Pero de quién me hablas? —pregunté, intrigado—. ¿De ese poeta, Justo Alejo? ¿Le conociste, acaso?

—No, de Samuel —dijo, con toda la naturalidad del mundo, como si yo tuviera que saberlo. Y me dejó igual, pues yo ignoraba quién era ese tal Samuel, más allá de que fuese un amigo suyo—. Estaba pálido, y había adelgazado. De sesenta kilos había pasado a cincuenta y cinco. Dos finas arrugas le surcaban la frente, dos arrugas que antes no existían, y los ojos le brillaban con un fulgor que parecía venir de una galaxia muy muy lejana. Cada gesto, cada movimiento suyo, cada palabra y cada silencio habían empezado a revestirse de transcendencia, a parecer meditados, decisivos, y su rostro, de finas facciones, se había ido demacrando. Esa mañana se vistió con su camisa favorita. Era de color gris claro, a cuadros, de tela gruesa, la llamaba «de leñador canadiense». Se calzó unas zapatillas deportivas que llevaba meses sin estrenar, unas zapatillas muy bonitas de un azul puro, incontaminado. Uno podría imaginar que así era el color del mar hace cinco millones de años. Y salió a la calle con una chaqueta que le caía perfectamente, el forro y los ojales azules, una nota de despedida y una vieja pistola. ¿Has leído *Werther*? —Negué con la cabeza—. No importa, tienes aún mucho tiempo para hacerlo. Y además, ni siquiera estoy seguro de que sea una lectura imprescindible, en pleno siglo XXI. Quizá ninguna lo sea. Se me ocurre que sí podría ser imprescindible, de una lista de quinientos títulos en la que se incluyera *Werther*, leer al menos cincuenta. ¿Sabes? Según mis cálculos, he leído bastantes más libros que Erasmo de Rotterdam. Y, sin embargo, él era un sabio, y yo no. Pero me voy por las ramas. —Agitó la mano, como queriendo alejar lo que le

hubiera hecho divagar—. El caso es que Werther se vistió con sus mejores galas, frac azul y chaleco amarillo, y se descerrajó un tiro por amor. Algo semejante tenía planeado hacer Samuel. Aunque sin saberlo, pues me consta que él tampoco había leído *Werther*. Imagino que sí sabía quién era Larra, aunque no me jugaría mi fortuna. La ocasión lo merecía: tanto si se presentaba ante la dama blanca como si lo hacía ante aquella chica, debía lucir sus mejores galas. Un cadáver exquisito. Juventud, divino tesoro. Nunca veremos a James Dean convertido en una máscara, como Robert De Niro, o en un viejo loco con el pelo electrocutado, como Al Pacino. Hubo jóvenes que se quitaron la vida siguiendo el ejemplo de Werther. La realidad imitando a la ficción.

Después de esas palabras estuvo un rato callado, mirando por la ventana, y por algún motivo me mordí la lengua para no preguntar de dónde había sacado «una vieja pistola». Yo nunca había tocado una de verdad, ni vieja ni nueva.

—La chica leyó la carta nada más llegar a su casa, a la hora de comer. Había tiempo de sobra, pues. Era una carta realmente melodramática, un chantaje emocional en toda la regla. Samuel era un desfasado, como decían sus amigos, y como ella había acabado por comprobar. Ellos se empezaron a alarmar un par de horas antes de la hora fatídica, pues nadie le había visto a partir del momento en que entregó la carta a la asistente de la chica. Se esfumó como se esfuman los pájaros cuando estalla la tormenta. Son curiosas las palabras, la literatura, ¿no? Son poderosas. Si quisieras denigrar a alguien, dirías: Se esfumó como se esfuman las cucarachas cuando estalla la tormenta. Se había esparcido el rumor de que un chico, ¿quién?, ah, ese, le conozco, no me fastidies, ¿Samuel?, iba a suicidarse por amor a las diez de la noche, si la chica de la que estaba enamorado le plantaba.

Me asaltó una corazonada, pues no había dejado de tener presente lo de Manuel Becerra.

—Esa chica... —dije—. ¿Por qué no dices su nombre? ¿Se llamaba Teresa?

Y nada más formular la pregunta me dije que sobraba, pues de haber tenido mi hermana por novio a ese tal Samuel yo me habría enterado.

—No. No era tu hermana —contestó lentamente—. Pero si quieres, podemos llamarla Teresa.

—¡No! —exclamé, con un ímpetu algo exagerado. No quería verla mezclada en lo que parecía una tragedia, y aunque me consideraba una persona racional, temí que aquel relato pudiera torcer el destino de quienes en él figuraran—. Claro que no quiero. Dime cómo se llamaba de verdad.

—Se llamaba Silvia —respondió, tras reflexionar un instante—. El nombre da exactamente igual, pero era ese: Silvia. Sí, creo que los nombres nada importan, aunque el mío me dé rabia, ya ves, me contradigo. Silvia, selva. Criatura del bosque, quiere decir, o algo semejante. Supongo que todas las mujeres son criaturas de los bosques, y algunas son como árboles que no nos dejan ver a las demás. Silvia era una de esas, al menos para Samuel. La Selva Negra: con ese nombre hay quien se cree

que está en África o en el Amazonas. Pero en realidad una selva no tiene que ser necesariamente una jungla tropical, según el diccionario de la Real Academia. Y en un caso así, ¿qué está mal, lo que dice el diccionario o lo que piensa la gente? ¿Quién tiene que adecuarse a quién? —Intentó hacer un aro de humo, y le salió fatal. Daba verdadera pena verle fumar—. La verdad es que el sabio diccionario, cuando pretende rejuvenecerse y admite palabras como *almóndiga*, hace el ridículo, como una loca setentona que sale a la calle pintarrajeada y con minifalda. Visitemos de nuevo al viejo y triplemente jorobado Leopardi. —Sacó el libro color hueso que yo ya conocía y leyó—: «Las personas no son ridículas sino cuando pretenden parecer o ser lo que no son. El pobre, el ignorante, el rústico, el enfermo o el viejo nunca son ridículos mientras se conforman con parecer tales y no traspasan los límites establecidos por esos atributos suyos; lo son, en cambio, cuando el viejo quiere parecer joven, el enfermo sano y el pobre rico, el ignorante quiere dárseles de instruido y el rústico de ciudadano». —Cerró el libro—. Apostaría a que en la próxima edición admite *cocreta*.

Cogió el paquete de tabaco y lo tiró varias veces intentando que quedara de pie. Cuando lo consiguió, me lo lanzó para que probara yo. Esta vez había tapado la fotografía del tumor con el retrato en blanco y negro de un hombre de pómulos marcados, ojos negros y brillantes, y orejas puntiagudas. Años después, recordándolo, deduje que era Kafka. Arrojé el paquete hacia arriba, tocó el techo e, increíblemente, quedó en posición vertical tras rebotar en el suelo.

—¡Mil puntos! —exclamó, realmente contento.

Fue una tontería, pero resultó muy divertido.

—¡Ah! No estoy seguro de haberte dicho que Samuel y Silvia habían sido novios, este sí es un detalle importante, sin duda —dijo, guardándose la cajetilla—. Hacia las ocho Silvia empezó a angustiarse, aunque pensaba comparecer, pues temía que algo saliera mal. En aquella manipuladora carta Samuel la citaba en el bar del hotel Tribunal, en el que habían estado juntos en una sola ocasión. El problema era que por aquel entonces había un bar al que iban con cierta frecuencia Samuel y sus amigos, y la propia Silvia, que se llamaba así. Y al leer la carta se puso tan nerviosa que se saltó lo del hotel. Hay una versión que apunta a que ellos llamaban a ese bar, cuando iban a menudo y eran novios, «nuestro hotel». Pero eso me parece muy traído por los pelos y ciertamente cursi y, además, da exactamente igual. El caso es que Silvia leyó bar, leyó Tribunal, sumó dos y dos y sin saberlo le salieron tres. No era tan raro, teniendo en cuenta que uno lo frecuentaban y el otro era una excepción. Los pequeños detalles varían a menudo el curso de las historias. O de la Historia, como aquello de que por un clavo se perdió una herradura... —De nuevo despegó su mente, y yo mantuve mi mutismo hasta que regresó—. Y, por supuesto, Samuel había salido aposta sin móvil. No había forma de localizarle, y Silvia empezó a angustiarse.

Dejó vagar su vista por el espacio que le ofrecía la ventana, cavilando, recordando o controlando sus sentimientos. Un grupo de nubes blancas avanzaba

parsimoniosamente en un cielo que comenzaba a teñirse de azul oscuro. Aunque aparentemente estaba tranquilo, uno adivinaba en su silencio y en su falsa apacibilidad un mundo turbulento y encendido, así que yo a veces no sabía si para él la ventana era un bonito cuadro cambiante, una puerta para escapar del infierno o un lugar donde huir de sus pensamientos.

—A veces imagino los corazones como campos en los que caen semillas de plantas que se llaman Odio, Amor, Bondad, Pureza, Amargura, Generosidad, y según el abono, el agua, la tierra, crecen más o menos... Pero en fin, eso me apartaría del tema, en cierto modo. Silvia, que tenía algo de revolucionaria adolescente, lo cual es bastante mejor sin duda que un revolucionario vejetero, acudió una hora antes al bar, por si aparecía Samuel y porque no podía estarse quieta y no sabía qué hacer. Después de comer —y puedes creer que lo hizo con un nudo en el estómago, y que apenas probó bocado—, había ido a una de las puertas del Retiro, en uno de cuyos barrotes habían puesto un candado con sus nombres. Una moda bastante horrible, en mi opinión, una moda absolutamente desechable. Este verano estuve en Alemania con mi padre y con mi madrastra y visitamos el castillo de Neuschwanstein, en los Alpes. Hay un puente desde el que se tiene una vista preciosa del castillo, y las barandillas están plagadas de los malditos candados. En fin, es una lacra internacional, como llevar los pantalones caídos, enseñando los calzones y la raja del culo, o hacerse fotos después del sexo... pero estoy divagando. Imagino que en el bar pasó un rato horrible, y que en su corazón se reproducían vertiginosamente las plantas del Miedo y la Culpa. O quizá se sentía importante, como una heroína de novela o algo así, y crecían las plantas de la Vanidad y la Superficialidad. Y no lo digo por criticarla a ella especialmente, es que el género humano es así, ni masculino ni femenino, sino estúpido. Si alguna vez ves a una chica que pasa de largo delante de mí, rígida, hierática, mirando al frente sin mover un solo músculo de la cara y haciendo todo lo humanamente posible para que nuestras miradas no se crucen, bueno, lo más probable es que se trate de Silvia. Hora de cerrar —agregó, consultando su reloj y apagando el cigarrillo en la barandilla del balcón—. Ha pasado volando, ¿no? *Tempus fugit*, no me extraña que lo representaran con alas. Pero el tiempo no vuela para todos a la misma velocidad. Esenin se ahorcó a los treinta años con la correa de una maleta, pero vivió una vida vertiginosa. A los dieciocho años era un poeta famoso, desertó del ejército zarista, viajó, se alcoholizó, se casó tres veces, tuvo varios hijos, era una pieza muy poco recomendable, egoísta, loco, violento. Leopardi. Insisto. Tienes que leer sus pensamientos. Medía uno cuarenta, le salieron dos jorobas y jamás obtuvo de su madre ni una pizca de cariño, una mujer bellísima incapaz de amar. Un alma monstruosa encerrada en un cuerpo hermosísimo, que engendró a un genio hermosísimo oculto tras una apariencia monstruosa. La naturaleza es bastante juguetona, ¿no crees?

Y me miró con esos ojos tan limpios, en los que si rascabas un poco veías una herida azul. Y con esa mirada me decía: recuerda nuestro trato. Ahora tienes que

estudiar. Porque yo tuve la sensación de que había pasado página, de que se había olvidado de lo que estaba contando y ahora se centraba en nuestro pacto, en la razón última por la que venía a mi casa.

Nuestras clases siempre concluían con ese mudo recordatorio. Y yo seguí esforzándome por sacar buenas notas.

—Por cierto, que no se me olvide.

Abrió su mochila y me devolvió el libro de Andy Warhol. También sacó cuatro álbumes del teniente Blueberry.

—Creo que pueden gustarte. Yo tenía tu edad cuando los descubrí.

Hojeé uno de ellos. Me gustaban las películas del Oeste, y decidí leerlo esa misma noche.

—La saga terminó por degenerar cuando murió Charlier, el guionista. Siguieron haciéndolos como churros, ya incluso sin Giraud, el dibujante. Yo esos no los compro, como ni se me pasa por la cabeza comprar el último álbum de Astérix, es una degeneración, darle a la manivela, ¿no crees?

—Supongo que sí —dije.

A partir de ese día empecé a fijarme en el nombre de los autores y a reparar, con admiración y sorpresa, en que había personajes diferentes que me gustaban y que eran hijos del mismo creador.

—Si te enganchan, te traeré más. En cuanto a lo otro... Continuará —me dijo, antes de darme la palmada en el hombro con la que habitualmente se despedía de mí —. No me veo capaz de contarle de una sentada.

Me quedé con las ganas de preguntarle si me había empezado a narrar un cuento, o si ese tal Samuel y esa tal Silvia habían existido realmente.

Pero no: en el fondo sabía que era una historia verdadera.

Lo que sucedía era que habría preferido que fuese inventada.

VI

A muchos nos gustaba el fútbol. Durante un tiempo jugamos en el equipo del colegio, pero casi todos lo dejamos en el instituto porque había que entrenar y teníamos que estudiar y hacer deberes, o por no levantarnos temprano, o porque ya sabíamos que no íbamos a ser estrellas, o por el motivo que fuera.

Pero nos seguía gustando. Hugo había descubierto, en la urbanización en la que vivían sus abuelos, un campo de tierra más bien pequeño, pero no tanto como para que no hubiera que correr o como para que no se pudiera dar pases largos, con porterías sin redes y una alambrada que lo protegía. Lo de las redes era un fastidio, no porque entraran dudas de si un disparo había sido gol o no (casi siempre estaba muy claro), sino porque daba mucho menos gusto marcar sin ellas. Obviamente el campito tenía dueño, pero estaba descuidado y nunca se veía a nadie por ahí, así que muchos sábados lo aprovechábamos. Era gratis, no había que reservar y podíamos quedarnos todo el tiempo que nos apeteciera. Nos reuníamos quince o veinte, hacíamos equipos y echábamos un partido sin árbitro y sin fueras de juego, y generalmente con camisetas de diversos colores. En alguna ocasión conseguimos formar dos equipos con uniformes más o menos homogéneos, y entonces nos sentíamos casi como auténticos futbolistas. Se lo comenté a Rai, y dijo que le parecía un buen plan y pidió permiso para jugar. Podía ir quien quisiera, el único requisito era estar a la hora, y se recomendaba llevar botas con tacos.

—Y espinilleras, si juega Ramón —bromeé.

Pensé que nunca iba a verle por allí, pero dos sábados después se presentó. Llegó más tarde que yo, aunque a tiempo, y me acerqué a la alambrada. Había aparcado en la cuneta una Vespa 125 roja más bien sucia y con algunas rayas y abolladuras. No sabía que tuviera moto, a mi casa iba andando, igual que al instituto. Lanzó la bolsa de deportes por encima de la valla y la cogí al vuelo. Empezó a escalar.

—Cuidado, Herr Professor, que tiene pinchos —le advertí.

—¿Por qué me llamas así?

Me encogí de hombros.

—Me hace gracia.

—¿Acaso has visto *El ángel azul*?

—No.

—Pues píllala. Es en blanco y negro, pero no te asustes, vale la pena. Marlene Dietrich y el pobre profesor Unrat. Una historia de amor y humillación altamente patética. Una historia de caída... —Apoyó un pie en la parte más alta y saltó—. Sin ascenso —remató, incorporándose.

Hicimos dos equipos más o menos parejos e iniciamos el partido. Era hermoso

correr, luchar, dar un pase al hueco o regatear, sudar, esforzarse hasta perder el aliento, exigir al propio cuerpo lo máximo, desmarcarse, chutar. Perdimos 6 a 4, quizá porque todos habíamos creído que Rai iba a ser un gran jugador y los grupos se habían formado bajo esa premisa. Y no, no era muy bueno jugando al fútbol, pero se lo tomaba en serio, se entregaba, y aunque no ibas a ganar el partido porque él estuviera en tu equipo resultaba estimulante ver cómo se esforzaba, cómo no daba un balón por perdido, cómo le brillaban los ojos si le salía un buen pase o si un compañero marcaba un gol (él, gracias a su superioridad física, pues era el mayor, metió uno). Y en ese partido que perdimos hubo una jugada que todavía recuerdo. Le pasé el balón en el centro del campo hacia el lateral, corrí hacia la portería contraria, Rai lo centró al área y rematé de cabeza, dejando al portero a media salida. Gol. Es curioso que años después lo recuerde como un momento de intensa plenitud. Una jugada individual se disfruta porque uno se pone a prueba frente al mundo, pero combinar con otro es como despistar por un momento a la soledad. Corrió a abrazarme, y yo me emocioné. Bueno, perdimos 6 a 4, pero ya solo por esa jugada valía la pena todo el esfuerzo, la hora de autobús, las patadas, el dolor en las piernas, el cansancio, el sudor, el sabor a sangre en la boca.

—El próximo día que venga traigo un casco de sobra y te dejo en casa —me prometió.

Y así lo hizo, los escasos sábados en que volvió a lo largo de ese curso, excepto, precisamente, el siguiente, aunque faltar a su promesa no fue culpa suya. No me recogía, por el motivo que fuese, pero me llevaba a casa, y detrás de él, agarrado al portaequipajes, veía desfilar el paisaje y me sentía libre.

El sábado posterior a ese primer partido al que vino Rai, cuando me disponía a marcharme ya vestido para jugar, la voz de mi hermana me llegó por el pasillo:

—¡Espérame un segundo, hermanito!

Hermanito. Me reventaba que me llamara así y, aunque lo sabía de sobra, se lo permitía incluso cuando estaba pidiéndome un favor. Tuve el presentimiento de que ese día Rai iba a jugar. Estuve a punto de largarme sin esperarla, pero apenas tardó unos segundos en aparecer, y me dejó admirado: iba de punta en blanco... para jugar al fútbol. De alguna manera había llegado a sus oídos lo de que Rai se había sumado a mis partidos, no por mí, pues ella y yo intercambiábamos poca información. Fuera del hogar común nuestras vidas eran independientes y relativamente misteriosas para el otro.

Todo lo que llevaba era de estreno, o acababa de lavarlo y plancharlo: la camiseta, las medias de fútbol, el pantalón, la chaqueta del chándal. Había que reconocer que para cualquiera que no fuese su hermano el resultado solo podría calificarse de encantador. Sus botas relucían, al contrario que las mías, llenas de barro seco del partido anterior. Y también su pelo, que acababa de lavarse, pese a que tendría que ducharse otra vez a la vuelta. En resumen, parecía un anuncio de ropa deportiva.

—¡Vamos! —dijo.

—Tranquila, Pesadilla, que nos sobra tiempo.

No salté de alegría, pero tampoco protesté. Tenía derecho. Y de sobra sabía que a Teresa le gustaba jugar al fútbol, y realmente lo hacía bastante bien. Casi como yo, y sin duda bastante mejor que Rai. Siempre había jugado en el colegio, aunque lo dejé en el instituto. Recuerdo cómo se llamaba su equipo cuando estaba en benjamines: Supernenas. Y en alevines, Las + Guays. Regateaba bastante bien, chutaba bastante fuerte, corría bastante. El adverbio *bastante* es el peaje que tenía que pagar por ser chica. Si fuera chico sería *muy bueno*.

No me opuse, pues, y tampoco exterioricé mis sospechas sobre cómo la asistencia de Rai había influido en su despampanante aspecto. Habría sido una buena ocasión para hacer comentarios irónicos, pero se ve que ese día no estaba muy inspirado, o quizá sucumbiera a un ataque de piedad.

Teresa había quedado con Helena. Sabía que las chicas solían llevar escolta femenina cuando salían por la noche, pero desconocía que también la necesitaban para jugar al fútbol. Aunque, bueno, Helena había seguido idéntica trayectoria futbolística que su amiga, Supernenas, Las + Guays y retirada. Helena tenía dos piernas rollizas y fuertes, bastante aptas para el deporte, y en general era agradable conmigo. En su rostro, redondo y lleno, destacaba una ceja rubia, albina. Nunca supe si eso me la hacía más atractiva o si me desagradaba. Y tampoco supe nunca si no se la teñía porque le gustaba así, o si era para reafirmar su carácter. No era guapa, aunque tampoco fea. Que toda su belleza se la había dejado en Troya, como oí una vez, era uno de esos comentarios vertidos por alguien para pasar por ingenioso aun a costa de faltar a la verdad o a la justicia.

Fuimos en autobús. Entre la espera en la parada y la duración del trayecto tardamos una hora. Permanecí callado mientras ellas hablaban de sus asuntos casi como si no estuviera presente. Sus líos me interesaban bastante poco, pero aun así prefería su charla insustancial al silencio. Yo también aproveché, mientras ellas parloteaban, tecleaban y miraban constantemente sus pantallas, para conectarme. Me enteré de unas cuantas tonterías, algunos cotilleos, vi un montón de iconos y me reí con un par de fotos y con algún chiste. Algunos coqueteos públicos con poses supuestamente sexys provocaban vergüenza ajena. No sé si entonces era consciente de ello, pero ahora me resulta obvio que abunda la gente desesperada por llamar la atención. Que los demás sepan que existe, ser alguien, no pasar desapercibido.

Cuando, tras bajar del autobús y caminar durante cinco minutos, llegamos, fueron recibidas con silbidos y aplausos, que arreciaron al saltar la valla. Hicimos los equipos. Helena iba conmigo, y Teresa se las arregló para integrarse en el equipo de Rai. Casi siempre se las arreglaba para conseguir lo que quería.

Pues, efectivamente, allí estaba Rai, con la moto y los dos cascos.

Viéndoles jugar juntos, pensé que hacían una pareja perfecta. Y también respeté sinceramente a mi hermana, pues aparcó su coquetería y fue uno más: sufrida, sin quejarse, esforzándose, metiendo la pierna, luchando, importándole un pito sudar y

despeinarse y llenarse de cardenales las piernas y mancharse de barro su pelo reluciente, recogido en una coleta. Había que reconocerlo, el anuncio de champú sabía jugar. Ya la había visto otras veces, claro, pero con su equipo, chicas contra chicas, o sin tomárselo muy en serio, cuando había chicos por medio. Y pensé que limando lo que la diferenciaba de los varones en lugar de acentuándolo, mostraba una segunda cara que la hacía más completa, más verdadera y más atractiva. Incluso más femenina, en cierto sentido. Algo semejante podría decirse de Helena, también ella se había esforzado. Pero es la belleza la que despierta pasiones y admiración, no la normalidad, así que fue mi hermana quien las recogió a raudales.

Cuando acabó el partido y nos despedimos y saltamos la valla, Helena y Teresa me siguieron hasta la Vespa de Rai.

—No te importa que me lleve a mí, ¿verdad? —me sonrió Pesadilla.

Debí haberlo supuesto, pero no se me había ocurrido: tonto o inocente que es uno. Recordé una sentencia de Baltasar Gracián que había citado nuestra profesora de Lengua: «Son tontos todos los que lo parecen y la mitad de los que no lo parecen». Un profesor de matemáticas diría que tal afirmación implica que, necesariamente, más de la mitad de la población es lerda. Quizá yo fuera de los que no lo parecían, lo cual es preferible a ser de aquellos a los que, además, se les nota a la legua.

—Es que tengo prisa —agregó, al percibir mi vacilación.

Teresa era de esa clase de chicas que siempre tienen prisa y siempre se las ingenian para llegar tarde. La expresión de Rai mostraba que también a él le pillaba desprevenido. En cambio Helena ya se lo esperaba, quizá incluso lo habían pactado.

Estuve a punto de negarme. Pero en mi cerebro estaban muy recientes las imágenes de ellos jugando en el mismo equipo, y decidí que merecían una oportunidad.

Así que me tocó volver en autobús con Helena, lo que me pareció humillante, en cierto modo. Me caía bien, pero tampoco es que tuviéramos mucho en común. He de confesar que a veces, quizá porque de cuando en cuando venía por casa, me imaginaba que nos besábamos, y que como ella era mayor se convertía en algo así como mi profesora erótica. Nunca se lo insinué. Me sacaba dos años y por lo tanto estaba fuera de mi radio de acción. Tiempo después me enteré de que yo le había gustado, y de que mis fantasías podían haberse hecho realidad. Lo cual, dicho sea de paso, tampoco habría cambiado mucho mi vida, creo. No hay que lamentarse por lo que fue o por lo que no fue. Lo que hay que hacer es no detenerse. No estoy seguro de que pensar sirva a la postre de algo. Si te pones a hacerlo, llegas a la conclusión de que nada sirve de nada. Incluido no pensar, claro.

—¿Tú crees que se van a enrollar? —me soltó de sopetón en la parada del autobús, sin dejar por ello de teclear y mirar su pantalla.

Acababan de pasar delante de nosotros. Teresa quitó una mano de la cintura de Rai para saludarnos.

—No se lo aconsejaría —respondí, ambiguamente.

—¿A cuál de ellos?

—A ninguno —me inventé la respuesta sobre la marcha—. A Rai, porque debe de ser muy agobiante salir con una tía y tener detrás a veinte hienas babeando, esperando un descuido para quitarte los restos.

—¡Cómo eres! —se rio Helena.

—Y a mi hermana —seguí, espoleado por su risa—, porque Rai nunca se ha enamorado, y se iba a llevar el Gran Chasco.

—Bah —dijo Helena—. Siempre hay una primera vez, y Teresa no falla. Desde que teníamos diez años, cuando ha querido un tío lo ha conseguido. Así.

Chascó los dedos y allí zanjamos el tema, porque, francamente, no había cosa que me apeteciera menos que hablar de mi hermana y sus conquistas amorosas.

En el autobús Helena tuvo el mal gusto de estar continuamente escribiendo y leyendo mensajes, como si yo fuera un asiento más y no su acompañante. Confiado en que Rai me llevaría a casa, no me había traído ningún libro. A los diez minutos ya había revisado mis cuentas y había colgado un par de instantáneas del partido. Antes de empezar siempre hacía dos fotos de mi equipo. En una sonrientes, alborozados, y en la otra tristes, decaídos. Si ganábamos, la primera la etiquetaba como «Después del partido», y la segunda, «Antes del partido». Y si perdíamos, al revés. Es una pena que la vida real no se pueda organizar a nuestro antojo. Aburrido ya de mi pantalla, eché un disimulado vistazo al iPhone de Helena, y me pareció ver que estaba intercambiando mensajes con Toshiba. Mirando de reojo, leí «crei k hibas a yegar ants», y mis sospechas parecieron confirmarse. Si lo piensas, si observas a tu alrededor, para cada uno existe alguien. Es como en el juego de las parejas. Ves a un tipo altamente desagradable en todos los aspectos, y por improbable que parezca también él será capaz de encontrar su media naranja. Y aunque a mí me repugnara, el mundo es como es y no podía sorprenderme que hubiese chicas que encontraran atractivo a Orror Profundo, por malote, por mayor, por tener pasta, por ser agresivo y dominante. Lo que cabe esperar es que al menos los Toshibas del mundo no se relacionen con las mujeres que uno aprecia.

—Esto de los mensajes me recuerda siempre un chiste —dije—. Esto es un tío de Leganés que dice a otro: Pues yo tengo como doscientas palomas. ¡¿Doscientas?! ¿Mensajeras? No, no te *ensajero* nada.

Helena sonrió como un robot, por mera cortesía, y ni levantó la vista de su pantalla, así que pasé el resto del viaje jugando al *Candy Crush*.

VII

Era un día gris y triste, aunque ya estábamos a las puertas de la primavera. Llovía, y el cenicero parecía un enorme escarabajo petrificado. Rai observó el edificio de enfrente durante un rato. Y luego, tras pedirme permiso para encender un cigarrillo, dijo:

—Samuel, sus neuras. Tenía bastantes. Una de ellas era fijarse en caras desfiguradas en el autobús, en el metro, en la calle, las veía a montones, caras devastadas por los granos, labios leporinos, mendigos sin brazos importados por las mafias, muñones, le atormentaban. No podía evitar quedarse mirándolos fijamente, lo cual podía llegar a resultar bastante violento. No sentía repugnancia, sino piedad. Le impresionaban más de lo recomendable, más de lo soportable, más de lo... —no encontraba la palabra exacta— justo.

Me pregunto ahora si todo no era más que una actuación, una postura estudiada y, por lo tanto, falsa en gran medida, dirigida a impresionar a un crío de trece años. Pero quizá pensar eso sea injusto. Creía que madurar consistía en ir sabiendo cada vez más respuestas. Ahora me inclino a pensar que es más bien ir convirtiendo las certezas en dudas, desandar el camino.

—Según me contó —prosiguió—, esa neura comenzó al ver en un periódico una fotografía de un hombre al que un hongo le había devorado la nariz, las mejillas, la boca, convirtiéndole en un auténtico monstruo. En otra ocasión vio la fotografía, en otro periódico, del abrazo del papa a un enfermo de neurofibromatosis, una enfermedad que te deforma de una manera espeluznante. Se pasó dos días postrado en la cama, con las baterías descargadas, hundido, como si semejante atrocidad se apoyara sobre sus espaldas. Yo también vi la foto, y evité volverla a ver y procuré olvidarla, pero él... Estaba ojeroso, algo así como Lou Reed, pero las ojeras reales no tienen el mismo encanto que en la portada de un disco. Samuel... —pronunció el nombre con una mezcla de dolor, pena, rabia, condescendencia y admiración—. Habían empezado a obsesionarle también los excrementos de los perros, le quitaban el hambre, le daban náuseas hasta un extremo insufrible, exagerado. Había muchos signos de que, en efecto, se estaba desfasando. El equilibrio, ya sea del espíritu o de los cuerpos, es un estado sutil, inestable. Neurofibromatosis. Me pregunto si algo equivalente había contraído su alma.

Dio una calada, tosió sin ganas, casi como para cubrir el expediente, abrió el balcón y apagó el cigarrillo en la barandilla antes de abandonarlo en el cenicero, en el escarabajo petrificado. Yo habría querido que siguiera hablando y, sobre todo, que cambiara de tema. Pero permaneció un minuto entero mudo, y me sentí mal.

—A su... —habló por fin—. A su... vamos a llamarlo su mejor amigo, por

decirlo así, le sucedía justo lo contrario: se fijaba en las chicas y mujeres guapas, le obsesionaba la belleza femenina, y mantenía que eso no era ser superficial, sino valorar un dato más, el único verificable. Como si la belleza fuera objetiva. Recortaba y guardaba en una carpeta las fotos de las modelos más guapas que veía en las revistas de moda femeninas. Una tía suya llevaba años suscrita a una, y miraba también los números antiguos, de los ochenta y noventa. ¿Sabes cómo conocí a tu hermana? —Cambió bruscamente de asunto. O a lo mejor no había sido tan brusco, y la había asociado con esas revistas. Había tenido que morderme la lengua para no preguntarle si había tomado algo con ella después del partido. Y sin darme tiempo a contestar, prosiguió—: Fue hace unos meses. Estábamos en el bar de enfrente del instituto, cada uno con sus colegas, tiró un papel a la papelera y falló. Sospecho que se le da mejor el fútbol que el baloncesto. Se levantó para recogerlo, pero yo estaba en la barra y el papel había caído casi a mis pies, me adelanté y encesté. En cierto modo fue una pequeña chulería por mi parte, más que una muestra de cortesía. Me dijo que era todo un caballero y nos pusimos a charlar. Llevaba un collar de cuentas, y le dije: cuentas pendientes. ¿Qué? Que todos tenemos cuentas pendientes con la vida, y tú las tienes en el cuello. Así que la conocí antes de empezar nuestras clases de matemáticas. Bueno, de vista ya la tenía fichada, claro, ni su cara ni su figura pasan desapercibidas, dicho sea con todos los respetos. ¿Te lo había contado ella?

—No hablo mucho con mi hermana —respondí—. No me cae mal, aunque... Es mayor, es chica...

No supe qué añadir. Penetraba algo de frío, pero yo prefería que, tras fumar, se ventilara un poco la habitación para que el olor del tabaco no molestara a mis padres.

—Samuel —dijo, tras estar un rato mirando nuevamente por la ventana—. Tenía un colega que estaba bastante zumbado y que se mató en coche. Bueno, entre los catorce y los dieciocho casi todo el mundo está medio pirado, ¿no crees? Después, hay algunos que se salvan y otros que se desfasan para toda la vida. Eso le afectó más de la... Verás, hace un mes la moto me dejó tirado y llamé al seguro. El de la grúa me contó que el día anterior le habían avisado de un golpe, se encontró con dos chicas entre los hierros. Llegó antes que la ambulancia y que la policía y se bajó para intentar sacarlas, había conductores que le pitaban e insultaban, en lugar de pararse y ayudar. Me lo contaba sin indignarse, sin rencor, despacio, suavemente, y le respeté por eso. Me explicó que todas las semanas retiraba un automóvil o una motocicleta que había sufrido un accidente grave. Casi siempre gente joven, una pena muy grande, decía, delicadamente. Era ecuatoriano, o boliviano, o peruano, de ahí su delicadeza. No sé por qué me dije que quizá había sido él quien había retirado el coche en el que se mató el amigo de Samuel. Podría ser, sí, pero eso, realmente, no cambiaría en nada la historia. Samuel... Él sí que tenía cuentas pendientes con la vida. La de veces que me pregunto si todo podría haber sido diferente, o si todo estaba predeterminado, escrito. El eterno dilema: ¿libre albedrío o predestinación? Le gustaba estar con gente y le gustaba estar solo, parecía que le contentaba todo,

cuando en realidad no le gustaba nada, o le gustaba, pero le hacía sufrir. No siempre fue así, claro. Hubo tiempos mejores. Tiempos en los que la superficie de los lagos brillaba, cristalina, y en los que los cisnes podían surcarlos sin temor a ser tragados por sus aguas, aunque estas fueran oscuras y estuvieran acribilladas por la lluvia.

Calló. Recordé su sueño. Esos cisnes blancos nadando en un lago, ajenos al color sombrío del agua y a la lluvia.

Llamaron al telefonillo. Fui a la cocina y contesté. Era el «cartero comercial». Al regresar, Rai me miró fijamente durante unos segundos, como para anular aquella interrupción cotidiana, casi ofensiva.

—Pero retornemos a la jornada clave, a la fecha en la que mandó la melodramática carta a su exnovia, Silvia —continuó al fin—. Una carta de papel, a la vieja usanza, no un mensaje de texto. No estaba en ninguna red social. Un tipo raro, algo extremista. Aunque no niego la evidencia de que en eso me parezco a él. Ese día anduvo perdido, nadie lo vio. Nadie que lo reconociera, quiero decir, pues de acuerdo con mis pesquisas no se había convertido en el Hombre Invisible.

Utilizaba el humor, o la ironía, para distanciarse, para ponerse a salvo. Pero supongo que eso lo pienso ahora, y que cuando le escuchaba no era consciente de ello.

—Rehuyó los lugares a los que solía ir, los sitios que frecuentaba o donde lo conocían, las tiendas, el barrio, su calle... Solo se puede reproducir su itinerario con la imaginación. Estoy convencido de que fue a un cementerio, a cierta tumba, y de que lloró ante ella. Como estaba lejos, y tenía que ir en autobús o en metro, calculo que eso le ocupó casi tres horas. Pero aún faltan bastantes por reconstruir. Puede ser que fuera a la puerta del Retiro en la que había enganchado un candado con Silvia al principio de su noviazgo, cuando la vida era bella y mágica la rosa. Puede ser. Como también puede ser que ese candado ya lo hubieran quitado los del Ayuntamiento, puede ser. Comió solo, en algún bar cualquiera, un bocadillo de calamares. Es un detalle bastante pedestre, si escribiese una novela sobre Samuel es muy posible que tuviera que saltármelo, no sé quién me contó eso. Conociéndole, yo diría que fue al Prado. No le gustaba mucho leer, pero sí la pintura. Afirmaba que las Pinturas Negras de Goya eran uno de los logros más impresionantes y geniales del hombre, algo en lo que estoy de acuerdo, aunque más que del hombre, eran de Goya, sin más —sonrió, o más bien hizo una mueca, como si aquella especie de chiste fallido le hubiera disgustado a él mismo—. Era muy de listas, Samuel: las diez mejores películas, las diez obras de arte más hermosas o impactantes, las diez actrices más atractivas, los diez solos de guitarra más alucinantes... Pero él mismo se reía de esas listas, decía: «voy a hacer una tonta» —sonrió—. Yo le había oído confesar, más bien borracho, que no querría morir sin haber besado antes a la escultura de la chica muerta y desnuda que hay en la cafetería del Círculo. Evidentemente, en esta pequeña obra de teatro mi papel es secundario, incluso insignificante, hasta cierto punto. Una de esas obras en las que hay dos protagonistas y muchos secundarios. Bueno, casi todas son

así.

De pronto se levantó y se situó de espaldas al balcón, de tal modo que su sombra se proyectaba contra la pared opuesta, y comenzó a boxear contra ella con movimientos rápidos, precisos. Parecía tomárselo muy en serio, concentrado, movía los pies, casi bailaba, lanzaba puñetazos y los esquivaba, con su más que apreciable juego de piernas y de cintura. Me resultaba a la vez divertido e inquietante, pues también era como si luchara contra sí mismo, o contra las sombras que se cernían sobre él. Por fin lanzó un derechazo demoledor, alzó los brazos, victorioso, y volvió a sentarse.

¿Qué pensar ahora de todo aquello?

—Yo había estado en el cementerio, aguardando una hora ante cierta tumba, y no le había visto —reanudó el relato como si la extravagante interrupción jamás se hubiera producido—. Se me ocurrió tarde, supongo. El caso es que no tenía mucho a lo que agarrarme, así que fui al Círculo. Una sensación negra se había apoderado de mí. Lo del candado en el Retiro no lo sabía, me enteré más tarde. Además, días después fui a verlo y me encontré con que, efectivamente, lo habían quitado. Aguardé con un café durante unas dos horas, sin apartar la vista durante más de diez segundos seguidos de la escultura o de la puerta de entrada. Fueron dos horas francamente espantosas. El corazón encogido y la boca seca, en momentos así te faltan las fuerzas, el empuje, el deseo de luchar. Piensas que el mundo es un lugar atroz y que la vida no merece la pena. Aunque en cierto modo fue todavía peor la espera en el cementerio, donde todo era un recuerdo de la muerte, de la inutilidad de los esfuerzos, del barro que se convertirá el polvo. Y entonces concluyes que todo es desgañitarse en una casa habitada por sordos. En la cafetería al menos te podías entretener viendo pasar a la gente, imaginando sus vidas y sus conversaciones, pero el plazo se iba consumiendo y la angustia crecía. El tiempo, ¿cómo pararlo? Solo lo para la muerte, supongo que eso es la muerte: el tiempo detenido, el tiempo congelado. Y, por supuesto, no apareció. Igual ni se acordaba de aquel deseo que tuvo una noche, igual solo yo me acordaba. Besar en los labios una fría escultura de mármol. Piedra blanca. Era como besar a la muerte, en cierto sentido, simbólicamente. Y además, la chica de la escultura es una suicida. Está muerta, no dormida. Se llama *El salto de Léucade*. En esa isla había una roca desde la que se tiraban al mar los enamorados no correspondidos. Amores no correspondidos. Todo encaja. Es una escultura muy hermosa. Días después soñé con que yo estaba en el Círculo y él entraba y besaba en los labios la escultura. Yo corría a su encuentro, y él me veía, y estaba muerto y a la vez no lo estaba. ¿Y si la muerte fuera eso, algo así como un estar sin ser?

Me miró tan fijamente, taladrándome, como si yo tuviera la respuesta, que me incomodó. Por suerte, desvió rápidamente la mirada.

—O un ser sin estar. Tienes que leer *Pedro Páramo*. Pero solo lo podrás entender cuando haya muerto alguien muy cercano y querido. Así que es preferible que transcurran bastantes años hasta que estés en condiciones de entenderlo.

Qué poco tiempo tardé en poder comprender aquellas palabras de Rai... Consulté mi reloj. Habían pasado ya cinco minutos de la hora, y comenzaba a agobiarme, pues encontraba cada vez más opresiva la historia de Samuel. Él continuaba en silencio, inmóvil, y yo al final no pude contener mi curiosidad, pese a que me lo había prometido a mí mismo:

—¿Y qué tal el otro día con Teresa? ¿Habéis quedado?

—¿Quedado? —Si no se había sorprendido de verdad, era un buen actor—. No. Aunque sabía lo de mi concierto del viernes y le di una entrada, la última que tenía. No sé si a eso se le puede llamar técnicamente quedar... —Pareció reflexionar durante unos segundos—. En parte sí, en parte no... Más bien no, ¿tú qué opinas?

Me encogí de hombros.

—Pues en caso contrario, habría quedado con demasiada gente. Además, aprecio bastante a tu hermana —añadió, misteriosamente.

—¿Ganas dinero cantando?

Quizá fuese una pregunta indiscreta. Pero yo no quería que volviera a hablar de Samuel, al menos por ese día.

—Un porcentaje. Si saco cincuenta o cien euros me daré por satisfecho. Pero no lo hago por eso. Aunque tampoco sabría decirte exactamente por qué lo hago. O quizá prefiera no preguntármelo. ¿Vanidad, exhibicionismo? ¿Sabes? Si me preguntaran qué es más difícil, tener el récord mundial de los cien metros lisos o explicarse, yo diría que explicarse. Porque, al fin y al cabo, existe un hombre que es el plusmarquista del mundo, pero no hay ni uno solo que haya conseguido explicar y transmitir qué es y qué siente en realidad. Es como si el lenguaje fuera una cárcel demasiado estrecha, en la que no cabemos ninguno de nosotros ni mucho menos, por supuesto, el mundo. Es como la historia de san Agustín y el niño en la playa.

Yo no sabía qué historia era esa, pero me daba vergüenza reconocer mi ignorancia.

Se quedó mirando la quemadura en el suelo de corcho. Siempre lo hacía, en algún momento, sobre todo justo antes de marcharse. Yo creo que no se sentía culpable por haberla hecho al prender su pañuelo, sino que buscaba algo en ella, algún mensaje, algún significado. Quizá tuviera para él un valor simbólico, como si aquella cicatriz, como él la llamaba, fuera la que habían dejado en su alma la ausencia de su madre y el destino de Samuel.

Pues yo presentía que un lazo unía ambas historias.

VIII

A la siguiente clase vino con un disco de Genesis, *The lamb lies down on Broadway*, y uno de Elton John, *Goodbye yellow brick road*. «El cordero yace sobre Broadway», «Adiós, camino de adoquines amarillos». No eran títulos demasiado prometedores.

—Son dos de los discos que escuchaba mi madre. Los suyos eran de vinilo, claro. De este, parece ser que sus canciones favoritas eran *Funeral for a friend/Love lies bleeding* y *Like a candle in the wind*. La de la vela al viento está dedicada a Marilyn Monroe. Elton John no la conoció, evidentemente. Después se hizo amigo de Lady Di. Las princesas de los cuentos son mucho más hermosas que las reales, eso es lo bueno de los libros. ¿Tú sabes quién era Lady Di?

—¡Hombre, claro! —contesté, ligeramente ofendido.

—Eso es lo malo, que sabes quién era esa princesilla hortera y apostarías a que no sabes quién era Kawabata.

Ahora sí que me había ofendido, y le insulté en mi fuero interno. No, no sabía quién era Kawabata. Se podía vivir muy bien ignorando quién era ese tal Kawabata. De hecho, yo vivía maravillosamente bien sin tener ni idea de quién era el maldito Kawabata. A veces me halagaba que me tratase como si fuera mayor, pero otras me exasperaba que no tuviera en cuenta la diferencia de edad. Cinco años, un abismo. Me habría gustado verle a él a los trece. Se dio cuenta de que había resultado hiriente, pues añadió:

—Todos tenemos la cabeza repleta de información inútil.

Me sonrió. Cuando te sonreía así era imposible seguir enfadado con él durante más de cinco segundos.

—*The lamb lies, Love lies*, a tu madre le gustaba descansar, ¿no?

Había pretendido ser una especie de chiste, para dar por finalizada la pequeña tensión, y había sido una metedura de pata.

—Sí... Tanto, que lleva dieciocho años...

En ese momento sonaron unos golpes en la puerta y, sin esperar respuesta, entró mi hermana. En otras circunstancias me habría parecido altamente inoportuna, pero en ese momento agradecí su irrupción. Rai apenas tuvo tiempo de sacar de la carpeta unas hojas con problemas. Las mismas que el primer día.

—Vaya, estudiando con música, ¿eh? —Intentaba hacerse la cómplice—. ¿Qué es? Suena bien.

Rai le tiró la cajita del cedé y ella la atrapó al vuelo. Había una cierta sintonía entre ellos. Quizá tuviera relación con el partido de fútbol, o quizá viniera de antes. O a lo mejor eran exageraciones mías.

—No lo conozco —dijo, tras observar la portada un momento. Y lo dijo con suficiencia, como si el que ella no lo conociera implicara (algo fácilmente rebatible) que por lo tanto no valía la pena—. ¿Qué tal es?

Rai no se molestó en contestar, y yo tampoco. Estaba invadiendo nuestro territorio.

—He venido porque no encuentro mi horquilla, ¿la habéis visto? Es verde.

Fingió buscarla, examinando con falsa atención y el ceño fruncido el suelo, las baldas de la estantería e incluso mi escritorio. Todo resultaba extremadamente patético, porque llevaba días sin pisar mi cuarto y los tres sabíamos que era imposible haber visto nada, por la sencilla razón de que no había nada que ver. Estuve a punto de preguntar si para buscar una horquilla era imprescindible cambiarse de ropa, pintarse los labios y ponerse una camiseta sin nada debajo y unos shorts más apretados que los tornillos de un submarino. El iPhone había entrado en el bolsillo de los vaqueros a presión, y parecía un pequeño ladrillo azul. Pero me mordí la lengua, porque me daba un poco de pena, y porque era mi hermana.

Rai, que la había estado observando con expresión divertida, no se anduvo con paños calientes:

—Bueno, es evidente que aquí no está la clave para resolver el misterio de la horquilla desaparecida. Sal ya, que estamos estudiando.

Mi hermana le miró estupefacta, con los ojos como platos, sin decidirse a replicar. No estaba acostumbrada a que la trataran de ese modo. Quiero decir, a que la trataran como a todo el mundo y no como a la reina del baile.

—Bueno, bueno —dijo, recurriendo por fin a su dignidad—, no es para ponerse así. Y por cierto, Rai: gracias por aceptar mi petición de amistad.

—¿Qué petición de amistad? ¡Si yo no estoy en nada de eso!

Teresa se sonrojó y abrió los ojos, expresando su asombro. Lo último podía ser fingido, pero ruborizarse aposta estaba fuera de sus posibilidades histriónicas. Era difícil saber a qué atenerse con Pesadilla de Fuego, pues era una especie de inocente resabiada, o ingenua maliciosa. Por una parte se las sabía todas, y por otra conservaba aún un candor infantil que a veces le hacía enrojecer a la mínima.

—Pues hay otro Raimundo con tus dos apellidos iguales.

—Mis apellidos no son nada extravagantes —replicó Rai—. Ese no era yo.

—Extravagantes... Me gusta cómo hablas, Rai. Pues me aceptó. También tú me aceptarías, ¿verdad, Rai?

—Apuesta a que sí —respondió el interrogado, con cara de póquer, aguantando su mirada.

—Pues con eso me doy por satisfecha. Desde este tormento te considero virtualmente mi amigo virtual. Adiós.

Y justo antes de abandonar mi dormitorio tuvo el valor de pararse con la puerta abierta, darse la vuelta, lanzar su más seductora sonrisa, la que reservaba para ocasiones especiales, y decir:

—Si aparece la horquilla me avisáis. Es verde, como tus ojos, Rai.

Y cerró la puerta tras de sí.

Rai sonreía. Le había hecho gracia precisamente porque no tenía los ojos verdes, y por un instante se le dibujó en la cara una expresión bobalicona, pero fue solo eso, un instante. Y ni siquiera estoy seguro de que ese relámpago no fuera algo que mi mente fabricase días, semanas o meses después.

—Las mujeres... Son increíbles.

—Esto no era «las mujeres» —le corregí—. Era solamente una. Mi hermana.

—Bueno, pues entonces tu hermana es increíble. Tiene carácter. ¿Ha dicho tormento en vez de momento, o he oído mal?

—Has oído bien.

Estuvimos unos minutos escuchando la música, sin hablar, cada uno pensando en sus asuntos. Como casi siempre, fue él quien rompió el silencio.

—Cada año tengo una misión. Hace tres, por ejemplo, había una chica más bien feúcha y acomplejada, pero con algo de gracia que ella ni siquiera barruntaba, de un curso inferior. No se aceptaba a sí misma. Sus compañeras, que la marginaban, se habían fijado en mí. Me seguían, se daban la vuelta cuando yo las pillaba, escapaban riendo ruborizadas, en fin, esos juegos altamente ridículos. —Apretó los dientes, recordando aquello—. Y pensé: voy a quedar con ella, voy a ir al cine, al parque, a tomar una horchata en una terraza. Que le dé el aire, que se vea guapa y no insignificante. Que esas que me espían y la fastidian la envidien. Y lo cumplí: empezamos a quedar un par de tardes por semana. Entonces se produjo algo realmente curioso.

Enmudeció. Rai hablaba con una voz sugestiva y cálida, pero lo que de verdad le caracterizaba eran sus silencios. Sabía dosificarlos exactamente, cuándo hacerlos y cuánto debían durar. Movié las manos, en un gesto de impotencia o incomprensión.

—En lugar de ir más bien desastrada, sin preocuparse de peinarse con estilo ni de vestir especial, comenzó a cuidarse. Pasó de un extremo a otro, y se convirtió en la Ratita Presumida. Incluso un día exageró la nota y se puso un lazo rosa, lo cual me enterneció y horrorizó a partes iguales. A lo que voy: lo que considero curioso, incluso digno de estudio, es que empezó a gustarme de verdad, lo cual no formaba parte de mis planes. Descubrí que te puedes enamorar de los defectos de alguien, sobre todo si son más bien inofensivos. En cierto modo ese descubrimiento imprevisto me descolocó, he de reconocerlo. Hasta entonces a mí solo me habían atraído las virtudes de los demás, no sus miserias o debilidades. Claro está que tampoco me enamoré, si enamorarse implica sentir todas esas simplezas y cursilerías que suelen decir en las canciones que llaman románticas. Y ahora viene lo mejor: me dejó ella al cabo de dos meses. Su inseguridad triunfó, llegó a la conclusión de que le estaba tomando el pelo, de que todo era una broma cruel, o algo semejante. Estoy seguro de que no había leído ni *La Regenta* ni *Las amistades peligrosas*, otro defecto, por decirlo así, que me atraía; lo único que la vi leyendo fue un manual de autoayuda.

Sacó de la mochila un libro, hizo un hueco en una balda, apretando más los que ya había, y lo colocó allí. Cuando se hubo marchado comprobé que era *Moby Dick*.

—Pero creo que en su cabecita nació y se desarrolló la idea de que yo lo había hecho por algún tipo de desalmada apuesta —prosiguió, sin aludir a lo que acababa de hacer—, que desembocaría en una gran burla final. *Calle Mayor*. Lo pasé mal una semana entera. Fue una misión exitosa y fallida a un mismo tiempo. Supongo que la vida es así, que fracasas y triunfas a la vez. Supongo que de alguna forma el éxito y el desastre están unidos, que son diferentes caras de lo mismo. Lo que ocurre es que no lo sabemos ver. Cada vez me caben menos dudas de que la cara B del Éxito se llama Fracaso. Ese verano, al acabar el curso, crucé el charco. Borrón y cuenta nueva durante diez meses. Pero no tuvo nada que ver con Miss Ratita Presumida, claro. ¿Tú has salido con alguna chica?

—No.

—¿Y has besado a alguna?

—Tampoco —reconocí, clavando mi vista en el suelo.

En aquella época mi idea de la felicidad amorosa consistía en admirar a la chica de mis sueños, cuyas virtudes existían, sobre todo, en mi mente: guapa, dulce, noble, soñadora, generosa, inteligente, y todas esas cosas. Y en algún momento de mi vida, probablemente durante la infancia, había decidido que mi primer beso tenía que ser para mi primer verdadero amor. Lo malo era que no llegaba, y mi inexperiencia comenzaba a dolerme, pues me iba rezagando con respecto a mis amigos. Hugo había salido con una chica en verano, y Ramón con dos.

—Yo besé a la primera con tu edad. Besarla de verdad, quiero decir. Bah —añadió—. Lo mejor de salir con una chica es precisamente eso: salir con una chica, y así te das cuenta de que no es el séptimo cielo, y vives más relajado. A no ser que estés enamorado, imagino. A veces lo he hecho casi por altruismo. Había una santa, no recuerdo su nombre... Una santa que se entregaba carnalmente a enfermos y menesterosos por caridad. Se ve que en alguna época el cristianismo fue muy tolerante. Aunque tampoco me hagas mucho caso, igual solo fue una prostituta que luego se convirtió. Lo que te he contado antes... Bah, no creo que fuera amor. Si el amor es una herida, eso fue un rasponazo, como mucho. Así que ya ves, estoy como tú: no conozco el verdadero amor. Mis cicatrices son otras. O puede que, por el contrario, esa sea mi herida. Mi futura cicatriz. Ser siempre el que pone la mejilla y nunca el que besa. Quizá mi destino quedara marcado en el hospital, recién nacido, ya sabes, nunca pude corresponder a los besos y caricias de mi madre.

Advirtió que tenía desatado el cordón de una de las zapatillas. Se agachó y habló mientras lo ataba.

—¿Sabes? Una de las cosas que descubrí durante mi viaje fue que no me gusta estar solo. Yo creía que sí, pero en realidad lo que me gusta es estar solo cuando me da la gana, lo cual es muy diferente. Las brasileñas no tienen tan buen tipo como dicen, ni las colombianas son tan guapas. —Terminó de hacer el nudo y se levantó—.

Empiezo a pensar que esas modelos medio bobas que dicen que la belleza es interior tienen razón. Lo que pasa es que está en el interior del que mira, no del que es mirado.

—Y este año... ¿Cuál era tu misión? ¿Parar los pies a Toshiba?

—No —dijo—. Eso fue una especie de propina, o de imprevisto. Este año me he vuelto más egoísta. Echemos nuevamente mano del viejo Giacomo Leopardi. —Extrajo de su mochila el libro color hueso que yo ya conocía, y halló rápidamente la página que buscaba—. «Los hombres no se avergüenzan de las injurias que cometen, sino de las que reciben» —leyó—. Es una frase terrible, porque muchas veces es cierta. Aquel pobre chico se avergonzaba de las vejaciones que padecía, y Toshiba estaba orgulloso de su maltrato. Dios... No podía soportar eso.

Guardó el libro. Me había dicho que debería leerlo, pero nunca lo soltaba.

—¿Y cuál es tu misión este año? —insistí, al ver que callaba.

—Sobrevivir. A veces estoy vacío, y a veces demasiado lleno. Y me da miedo, porque algo así decía Samuel. Hay demonios en mi sangre. Pequeñas cápsulas llenas de veneno.

Hablaba como si estuviera en un desierto, rodeado de serpientes de cascabel y con una cantimplora agujereada. Bueno, con esta frase que acabo de soltar se nota que ya había terminado los cómics de Blueberry que me había prestado.

—¿No te ha pasado a veces, en un libro, que acabas el capítulo 15 y piensas que allí mismo podría poner FIN? Y luego sigue hasta el capítulo 30, y cuando termina pone FIN. Y llegado ese punto no hay diferencia. Cuando alcanzas el final es eso... el final. He pensado que en cualquier momento podría poner FIN. Pero en el fondo no pienso eso, precisamente lo que importa es el momento. La vida y la ficción se parecen mucho más de lo que la gente suele creer, se han contaminado mutuamente. Las novelas son tristes o no por lo que sucede en ellas, pero, sobre todo, por el orden de lo que sucede en ellas. Si el protagonista es desgraciado durante veinte capítulos, pero en el último sus cuitas se desvanecen, es una novela optimista, y le consideramos afortunado. Por el contrario, si es feliz durante trescientas páginas, y en las últimas todo se va al garete, es una novela pesimista, y el sujeto, un desdichado. Y en la vida ocurre igual. Puedes ser un infeliz durante setenta años, pero si en el último alcanzas la paz, tu vida habrá sido un éxito, y al revés. Es como un partido de fútbol, ¿qué más da ir perdiendo durante ochenta y cinco minutos, si en los últimos cinco le das la vuelta al marcador? No importa tanto el tiempo transcurrido en una u otra situación como el orden. Y por eso hay que elegir el momento exacto, el momento favorable, para que todo quede justificado, realzado, en paz y armonía. Pero ¿cómo acertar? ¿Cómo saber cuándo hay que sacar el billete? ¿Y cómo reunir el valor para usarlo? Ponerte delante de un tren no es mala forma. Supongo que piensas: «Voy a coger mi último tren». O te preguntas: «¿Adónde me llevará?». Claro que también algunos suicidas obedecen a un impulso. Ven una ventana abierta y se lanzan.

Dicho esto, fue al balcón y lo abrió. Entró una corriente de aire fresco que

alborotó su pelo. Extendió un brazo con la mano formando una pistola, cerró lentamente los ojos y disparó. Después, la enfundó en el bolsillo, y la sacó ya sin forma de pistola.

—Verás, he estado leyendo libros como *Nueve cuentos*, de Salinger, o *Bajo las ruedas*.

Sacó *El túnel*, de Sábato, y lo abrió por una página que tenía señalada con un trozo de papel. Siempre parecía una modesta biblioteca ambulante. Eso me hacía gracia. Ramón llamaba a sus padres los cajeros automáticos. Yo podría llamar a Rai el bibliobús. El bibliorai.

—«El suicidio seduce por su facilidad de aniquilación: en un segundo, todo este absurdo universo se derrumba como un gigantesco simulacro» —leyó—. Y un poco más adelante: «A pesar de todo, el hombre tiene tanto apego a lo que existe, que prefiere finalmente soportar su imperfección y el dolor que causa su fealdad, antes que aniquilar la fantasmagoría con un acto de su propia voluntad». Pero este Castel es un miserable. En lugar de suicidarse, asesina a la mujer a la que ama. No te he estropeado nada, la novela empieza diciéndolo.

Es extraño, pero cuando él hablaba de la muerte, del suicidio, de tomar un billete de tren, normalmente no me deprimía ni, desde luego, me incitaba a seguir aquel camino. No me hundía en la miseria ni me hacía pensar que todo era un desastre. Ni tocando asuntos así resultaba deprimente, sino, por el contrario, estimulante. Lo cual constituía una de sus mayores virtudes.

Creí, ya que esa tarde había salido su nombre, que iba a continuar contándome la historia de Samuel; pero me equivoqué. En lugar de eso, estuvimos hablando de tenis, de fútbol y de juegos de ordenador.

Le pedí los discos, y me los dejó hasta la siguiente clase. Me pasé el fin de semana estudiando, rastreando —*estalqueando*, decíamos, o *stalkeando*— a Irene en las redes y escuchando *The lamb lies down on Broadway* y *Goodbye yellow brick road*. Tenía la sensación de que aquellos viejos discos me abrían puertas a un universo nuevo, más profundo, misterioso y complejo que el que yo había habitado hasta entonces, en el que se ocultaba la oscura verdad de la vida, del amor, de la soledad, del dolor, del significado de nuestra existencia. Creía que en su música y en sus letras residía una revelación, el escalón que te elevaba a otro nivel, un nivel superior en el que no se encontraba necesariamente la felicidad, pero sí los secretos del mundo adulto. Me los aprendí casi de memoria, y mis canciones favoritas pasaron a ser *Funeral for a friend / Love lies bleeding*, *The carpet crawlers*, *Back in NYC...*, bueno, y muchas otras. Yo no podía volver a Nueva York, porque nunca había estado. Pero esa canción me hacía tener ganas de ir allí.

IX

Ramón y yo entramos en el bar. Hugo había avisado de que llegaría un poco tarde. A Hugo algunos le llamaban el Conejo. Yo no lo hacía porque a él le molestaba, aunque otros lo hacían precisamente por eso. Una vez circuló un montaje de Hugo con un disfraz de conejo, y se sintió tan herido en su amor propio que yo también me indigné. Lo de Hugonías, en cambio, no le fastidiaba. Solía llevar largo el flequillo, y a veces soplaba hacia arriba para quitárselo si le estaba tapando la vista. Pero, por supuesto, no le apodaban el Conejo por eso, sino porque tenía los dos incisivos superiores siempre a la vista. A la intemperie, como decía él mismo. Eso le proporcionaba una sempiterna expresión risueña, con lo que parecía feliz, pero yo sabía que no lo era. No digo que fuese un desdichado, pero también él sufría, como todo el mundo, aunque con semejantes dientes pareciera que se estuviese riendo perpetuamente. Por ejemplo, sufrió mucho cuando sus padres se separaron. Fue una historia bastante penosa, que empezó por un accidente de tráfico. Conducía su padre, y dio positivo en la prueba de alcoholemia. El problema no fue el golpe, ni siquiera el conducir bebido. El verdadero problema fue que se descubrió que le acompañaba una amiga de la madre de Hugo. Le vi algunas veces con los ojos enrojecidos y los párpados hinchados, y el pobre, entre eso y los incisivos al aire, tenía una pinta lamentable, de conejo resfriado. Estuvo a punto de marcharse a Nueva Zelanda, pero afortunadamente a su madre le salió un buen trabajo aquí y se quedaron.

—¿Tú crees que si pido unas cañas me las ponen? —me preguntó Ramón.

Acababa de lanzar un mensaje. «Hoy he llegado a 100 seguidores. Numero redondo: a celebrarlo esta noche!». El texto lo completó con el icono de una jarra de cerveza.

—Prueba.

—Es que sin colocarme los conciertos son un rollo.

Hizo una seña al camarero.

—Dos cañas, jefe.

—Y dos leches también.

—Bueno, pues... —titubeó Ramón, desconcertado—. Pues dos Coca-Colas, por favor.

Me mordí el interior de los carrillos para no soltar la carcajada, pero aun así estallé. Me lloraban los ojos. Ramón me miraba entre ofendido y muerto de risa.

Cuando paré de reír dijo, intentando pasar página:

—¿Sabes que con las pesetas hicieron barriles de cerveza?

—Pues no. ¿Y...?

—Nada. Que mi padre dice que las cervezas están muy buenas y por eso se

llaman rubias, y las pesetas también se llamaban rubias, da que pensar, ¿no? ¿Lo pillas? Voy a enviarlo ahora mismo.

No supe qué contestar a tamaña memez.

—Hablando de rubias —dijo, mientras tecleaba.

Había entrado mi hermana. Tras verme, se fue al otro extremo del bar.

Miré a Ramón interrogadoramente.

—Ya sé, no es rubia, ¡pero cómo está! ¿Por qué no le puedo gustar? ¿Porque es dos años mayor?

Me encogí de hombros. Nunca se me había pasado por la cabeza la posibilidad imposible (por así decirlo) de que Ramón saliera con mi hermana. Pensé que tendría su punto que se convirtiera en mi cuñado.

—Antes el papa se hace yihadista. Para que le gustaras, primero tendría que saber que existes —razoné.

—No vayas de listo —replicó—. Igual un día abre los ojos y se encuentra con la sorpresa de que le gusto y ha soñado conmigo.

Tras esas palabras se levantó, se puso en medio del bar y empezó a gruñir y a imitar a un mono durante unos segundos, lanzando la gorra al aire y cogiéndola. Me partí de risa. Había que admitir que le echaba narices a la vida. ¿Cómo reaccionaría hoy si un amigo mío hiciera algo así? ¿Me moriría de vergüenza, me lo tomaría como una actuación artística? No he vuelto a conocer a alguien como él, ni para lo bueno ni para lo malo. ¿Cómo sería Ramón ahora? ¿Seguiría haciéndome reír? Cuando se hartó de hacer el ridículo volvió a mi lado.

—Creo que ya sabe que existo. He dado el primer paso para... bueno, para ya sabes. —Su tono obsceno lo decía todo—. Se supone que ellas maduran antes, y por eso les gustan los mayores, ¿no? Pero eso es una idiotez. Tu hermana ha nacido en abril, ¿verdad? Y yo en enero. Así que solo me lleva un año y nueve meses. Si ella hubiera nacido unos meses después, y yo en diciembre, cágate, estaríamos en el mismo curso, y le podría gustar, ¿no? Con todos mis respetos, si tus padres hubieran echado un polvo unos meses después, y los míos dos semanas antes, se habría dado la vuelta a la tortilla y yo estaría sentado a su lado en todas las clases, ¿me sigues? Por eso es una farsa todo eso de la madurez y de la edad, es una Gran Gilipollez Mundial, y las tías son tontas si no se dan cuenta de que les pueden gustar los de dos cursos inferiores, siempre y cuando hayan nacido en enero, como yo, o en febrero, como mucho. Hay tías que me miran por encima del hombro y me llevan dos semanas, hay que fastidiarse.

—Convéncela a ella —dije—. A mí ya me tienes medio convencido.

—¿Va a ir al concierto? Como no me deja seguirla...

—Va a ir para verte a ti.

—Como sigas así de gracioso te voy a cortar la mano con la que te rascas el culo.

En ese momento llegó Hugo con los cascos puestos, siguiendo el ritmo de la música que escuchaba.

—¿Estáis listos, colegas? —berreó.

—¡Joder! —exclamé, y le quité los auriculares. Sentí que todas las miradas confluían en nosotros—. No chilles.

—Vamos —dijo—. ¿Sabéis por qué se llama rap la mierda esa de música que rima?

—No —contesté, dejando el importe exacto de mi CocaCola sobre la barra.

—*Rythm and poetry*, ritmo y poesía. El mundo es una mierda / para el que pierda / esa tía me ha mirado / me ha dejado congelado / tenía veinte años / vi en la playa a una pibona / y le dije ven a esa tumbona / soy un lobo de gris pelaje / y puede que contigo yo encaje...

—Pero, tío —le cortó Ramón—, tú no tienes veinte años.

Salimos del bar, y no pude escapar a la mirada burlona que me dedicó mi hermana para hacerme comprender que no había perdido detalle de la payasada de mi amigo.

—No entiendes nada —se defendió Hugo—. Es ritmo y poesía, no es mi puta vida. Es ficción.

—¡Eh! ¡Máquina, máquina! —gritó Ramón de repente, excitadísimo.

Un conocido actor y director de películas plagadas de ordinarieces, que arrasaba en la taquilla, venía caminando de frente. Se detuvo. Ramón se puso a su lado.

—¿Te importa que me haga una foto? ¡Eres mi ídolo, máquina!

—Venga, colega, pero rápido, que tengo prisa.

Ramón pasó la mano por el hombro del actor, que congeló una sonrisa. Se notaba que le repateaba tener que prestarse a eso. Ramón hizo la foto y se separaron.

—La voy a colgar diciendo que eres la caña.

—Gracias, máquina. Y no te descargues mis pelis.

—¿Para cuándo la próxima? ¡Eres el único genio que queda en España!

Pero el actor ya se iba, y no se volvió.

Ramón, contento, se unió a nosotros.

—Qué tío más grande. Si hubiera más como él, el cine español iría cojonudamente... Je, que no me descargue sus pelis, dice el muy cabrón. Querrá que las pague, no te fastidia. ¿Y lo del rap, cómo es? ¿Lo vas improvisando? ¿Cómo se avanza?

—Pienso una rima, y donde me lleve. Por ejemplo, bareto y coletto. Veo un bareto / y me echo un trago al coletto.

—Pero entonces ¿lo haces al tuntún? ¿Algo así como un saltamontes?

—¿Y tú qué sabes si un saltamontes sabe hacia dónde salta?

—¿Cómo va a saberlo, si casi no tiene cerebro?

Mientras hablaban nos dirigíamos hacia la discoteca. Metí la mano en el bolsillo para cerciorarme de que allí seguían las entradas, pero era más un gesto nervioso que una verdadera comprobación.

—Además, la vida no es un sudoku, no está predeterminada, te lleva por aquí y

por allí, el rap igual. Esa piba es demasiado buena / quizá valga la pena / es un cañón / pata negra / de jamón... Oye. —Se volvió hacia mí—. ¿Es demasiado buena, o demasiada buena? Porque si es una piba, será *demasiada* buena, ¿no?

Iba a contestarle como merecía cuando Ramón, más rápido, me quitó la palabra.

—Hombre, femenino, demasiada buena.

Llegamos a la discoteca y se callaron. Enseñé las invitaciones y nos permitieron pasar sin cachearnos. Mejor, pues Ramón llevaba una petaca con whisky. Llegó mi hermana, un portero la saludó y ni siquiera le pidió la invitación. Ramón se quedó mirándola fijamente, y ella se volvió.

—¿He aprobado el examen? —Y le dedicó una falsa sonrisa—. A ver si maduras.

Y sin esperar respuesta se metió en la disco. Ramón no supo qué decir, pero tampoco estuvo mucho tiempo quieto. Pillándome desprevenido, me pasó la mano por encima del hombro, me arrastró junto a Hugo, forzó una mueca que pretendía pasar por una sonrisa e hizo un *selfie* con el cartel del bar de fondo. Esas cosas me daban un poco de vergüenza, y a la vez ese mundo también a mí me parecía la caña, como decíamos entonces. Ahora creo que era enviar una imagen más al gran basurero virtual, para que quedara sepultada entre incontables fotos equivalentes.

—¡Qué grande es este invento! —exclamó eufórico—. Todo el espacio lleno de trillones de fotos, vídeos, mensajes, que no ocupan espacio... No se puede entender... ¡Las redes sociales son como Dios! Voy a escribirlo.

No dejé nada en el guardarropa porque había que pagar.

X

El local se fue abarrotando rápidamente. La música atronaba, la pista de baile se hallaba muy concurrida y las luces destellaban. Había bastantes chicas, aunque la mayoría eran chicos. A muchos los conocíamos del instituto, a alguno de jugar al fútbol, pero había también gente de la que no sabíamos nada más allá de lo que indicaran su apariencia y actitud. Dos gogós bailaban subidas a unos cajones, y Daniel, Caballero Misterioso, andaba por ahí ofreciendo su mercancía. En el escenario se disponían un micrófono y una silla. Vi a Teresa. También localicé a Irene y a Azucena, cada una por su lado, pues no eran amigas. El presente y el pasado. En un recoveco a salvo de miradas indiscretas Ramón sacó su petaca, nos ofreció, rehusamos y pegó un trago cerrando los ojos. Al rato salimos fuera para pillar unas cervezas. Yo tomé una a toda prisa porque, aunque no me gustaba su sabor, pensé que me animaría. Había corros de chicos que compartían litronas. Se formó un grupo alrededor de Ramón, que enseñaba orgulloso su foto con el famoso actor.

Volvimos. Más que euforia, lo que me entraron fueron ganas de ir a los servicios. Una niña más pequeña que yo, exageradamente maquillada, obstaculizaba la entrada. Seguramente ni le habían pedido el carné. A mí tampoco, pero me faltaba poco para los catorce. Le toqué el hombro.

—¿Me permites?

Se volvió, con la nariz arrugada y dibujando una *ele* con el índice y el pulgar.

—No me toques, *loser*.

No me molesté ni en insultarla. Ya dentro me fijé en una pintada: «La diferencia entre una niña y una mujer es que a una niña primero la llevas a la cama y luego le cuentas un cuento y a una mujer primero le cuentas un cuento y después la llevas a la cama». Me hizo gracia y lo colgué en mi muro. Quitaron la música, oí aplausos y silbidos, y cuando subí ya estaba Rai en el escenario con la guitarra. Había tenido el detalle de no ponerse gafas de bucear, o un sombrero de copa, o los pantalones del abuelo. Eso sí, llevaba el pendiente y el pañuelo al cuello, pero eso ya casi formaba parte de él. Empezó a cantar y todo se animó, aunque algunos no le prestaban atención y seguían hablando o mandando y recibiendo mensajes y fotos. Varias canciones eran suyas, y otras eran versiones, en inglés, sobre todo. A los pocos minutos, muchas escuchaban ya en una especie de trance. Al cabo de un rato salimos de nuevo a la calle, pero esta vez yo no tomé nada. Una chica vomitaba a los pies de un árbol, acompañada por una amiga que le ponía la mano en la espalda, solidaria. Un imbécil la estaba grabando sin que ellas se dieran cuenta. La acera estaba hecha un asco, llena de botellas, papeles, bolsas de plástico y latas. Mi cabeza estaba puesta en Irene, y todo lo demás me resultaba indiferente.

—Sodoma y Gomorra —dijo Hugo. Le costaba vocalizar correctamente—. Había dos haciéndolo en los servicios, tíos. Un camarero y una tía de quince años, la sigo en sus cuentas. Es un viejo, tiene lo menos veinte tacos. Se llama Adela, ¿sabéis quién es?

Había sido amiga de mi hermana. Un día la vi llorando en mi casa. Luego Teresa me contó que lloraba porque únicamente había visto a su padre en tres ocasiones durante toda su vida. Ni siquiera sabía si estaba vivo o muerto. Me impresionó mucho, y por eso me acordaba perfectamente de ella.

—Está buenísima —afirmó Ramón.

—Sodoma y Gomorra —repitió Hugo, cabizbajo aunque, por lo visto, contento con su expresión—. Debería ser ilegal. Seguro que la ha puesto de copas y pastillas hasta el culo.

—Necesitas ánimos. —Ramón volvió a brindarle su petaca, Hugo dio un trago y una mueca de desagrado deformó su cara.

Cuando entramos, Irene bailaba con uno del curso superior, y no se limitaba a bailar, coqueteaba.

Teresa estaba en primera fila, junto a Helena y Maribel, otra de sus mejores amigas. Daba palmas con las manos en alto y se contoneaba con la cabeza ladeada sin quitar los ojos de Rai. Seguí a Ramón, que abría brecha a empujones y codazos, y conseguimos alcanzar la segunda fila y ponernos detrás de ellas, para presenciar de cerca el concierto. Bueno, la intención de Ramón era otra, como comprobé enseguida. Le puso la mano en el culo a Teresa, que se volvió, furiosa, apartándola de un manotazo. Al ver quién había sido, le dedicó una mueca asesina. Ramón se la quedó mirando, y sacó y metió la lengua un par de veces, relamiéndose los labios.

—Tarado. Como vuelvas a ponerme la mano encima te doy una hostia.

Mi hermana le sacó el dedo corazón y se dio la vuelta.

—Vámonos —le dije, tirando de su brazo, indignado—. Eres asqueroso.

Nos fuimos a otro sitio, y busqué otras compañías. El tiempo volaba. Todos los relojes del mundo mantenían su velocidad mecánica o electrónica de forma constante, pero todos los cerebros y corazones lo medían individualmente, y dentro de mí el tiempo volaba. Y de pronto se ralentizó. Rai se había inclinado para escuchar algo que le decía mi hermana, y después le tendió la mano y la aupó al escenario. Se pusieron a cantar a dúo una canción que le gustaba mucho a mi hermana, *Stumblin in*, Tropezando, una movida canción de amor que se prestaba al baile, y vaya si bailó Pesadilla, mientras cantaba y sonreía a Rai feliz de la vida, *Our love is alive and so we begin / foolishly laying our hearts on the table / stumblin in*, los dos mirándose, diciéndose esas cosas el uno al otro en público, y coreaban el estribillo juntos y luego se cedían el micrófono y cada uno cantaba su parte, él la de Chris Norman, ella la de Suzi Quatro, y luego otra vez se unían, supongo que el amor es eso, tropezar y albergar en el corazón una mezcla de miedo y felicidad, y que la vida es lo mismo, y a veces tropiezas y te rompes la nariz contra un cristal y lo pones todo perdido de

sangre y te queda una cicatriz para el resto de tus días, una cicatriz que se va haciendo menos visible con el tiempo, pero que siempre está allí, imborrable aunque más disimulada; y otras veces tropiezas y caes en los brazos del otro, que te sujeta y te besa y te susurra algo hermoso al oído, y después de un tiempo variable, un paréntesis que puede durar entre una noche y muchos años, el otro te suelta y te caes, o eres tú quien suelta al otro, y ves cómo se cae y se lastima; y era fácil ver que se trataba de un momento de esplendor, de belleza, de exaltación y de juventud, supongo que componían una pareja perfecta, y que resultaba evidente que iban a ser novios o algo así, pero yo lo pasé francamente mal, pues al tratarse de mi hermana no lo juzgaba con objetividad, y consideraba que estaba haciendo un ridículo espantoso, aunque me diera cuenta de que bailaba muy bien y no cantaba demasiado mal. Se miraban, se sonreían, aproximaban sus caras, Rai pasó su mano por su cintura y comenzaron a bailar agarrados, torpemente pero con gracia a la vez, y en ese momento descubrí que lo habían ensayado, que habían quedado varias veces para preparar el número, probablemente en el auditorio del instituto. Cada vez que oigo esa canción les veo, y siento un nudo en la garganta, yo no sé si lo hermoso duele porque sabemos que lo vamos a perder, solo sé que el dolor y la belleza están íntimamente ligados.

—¡Que se besen! —gritó Ramón—. ¡Cómetela, que lo está deseando!

Bueno, imagino que en cierto modo eso equivalía a algo así como aceptar la derrota con deportividad. Por fin terminó el numerito y pude volver a respirar, salí del agujero y el tiempo recuperó su ritmo normal, y entonces reparé en que había una señora mayor entre el público. Me pregunté qué hacía allí, pues estaba prohibido que en el horario de tarde entraran adultos. Después me enteré de que había ido a buscar a su hija, que había salido sin permiso, y en lugar de recogerla, echarle una buena bronca y llevársela, se había quedado a escuchar un par de canciones, atrapada. Bueno, cuando digo señora mayor me refiero a que rondaría los cuarenta y cinco. Ahora no me lo parecería tanto, pero entonces la consideré poco menos que una momia. Al irse, precedida por su enfadada cría, pasó a mi lado y comprobé que era bastante guapa. Digamos que me pareció la momia de Nefertiti.

Rai cantaba la última. Tampoco podía llegar mucho más tarde a casa, así que fui a buscar a mis amigos. Ramón estaba entrando a dos chicas, cuyo lenguaje corporal proclamaba a los cuatro vientos que no tenía nada que hacer. Entonces vi a Hugo. Estaba besando a una chica cuya cara no podía distinguir bien. Me aproximé para ver si la conocía. Primero me fijé en que sus uñas estaban pintadas de azul, y luego vi mejor su perfil. Irene.

Ramón, que había comprendido rápidamente que de aquellas dos no iba a sacar nada, vino a mi encuentro y siguió mi mirada.

—¿Has visto? Aquí el que no corre vuela, ¿eh? El último de Irene decía: «Hoy me como a uno. Concierto en La Guillotina. Si se entera mi padre ja ja».

Me dominó una sorda ira, pues me pareció que disfrutaba de la situación.

Sospeché que había adivinado que Irene me gustaba.

—Creo que el atontado suma hoy dos puntitos, porque seguro que es con lengua. Voy a darte un consejo que nunca falla: imagínatela cagando. —Y me pasó una mano por encima del hombro.

Creo que el contacto de su brazo fue lo que prendió la chispa. Me separé de él y sin pensarlo, ciego de rabia, le pegué un puñetazo en la cara. No le tumbé, pero salió despedido hacia atrás y derribó una silla, mientras yo me quedaba sorprendido de mi propia fuerza. Se abalanzó sobre mí, pero le sujetaron entre varios. Me alejé de allí, furioso con él, con Irene, con Hugonías, conmigo, con todo el mundo. No, no estaba muy orgulloso de mí mismo. Era un auténtico imbécil. Pero ¿estaba enamorado? ¿Qué sabía de ella, aparte de sus mensajes y las fotos que colgaba, y cuatro cosas más? Oí aplausos, silbidos, y gente que pedía otra. Hugo se puso junto a mí.

—¿Qué ha pasado? ¿Le has pegado un hostiazo a Ramón? —preguntó incrédulo. No me digné contestar.

—¿Y por qué?

—Porque te estabas morreando con Irene.

Me miró como asustado.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Él se ha burlado de mí... —No era exactamente así, pero así lo sentía—. Porque yo estoy... estaba... —¡Dios, cómo me costaba decirlo!—. Me gustaba Irene —concluí.

Hugo no supo qué decir en un primer momento. Por fin habló:

—No tenía ni idea de que te gustara, lo siento. Creí que estabas por Azucena.

—No es tu culpa —repuse. Si hubiera estado solo, creo que me habría echado a llorar—. Tienes derecho, todo el mundo lo tiene, el que a uno le guste una chica no quiere decir que ella no pueda hacer lo que quiera.

Hugo me miró con lástima, o sintiéndose culpable.

—Si quieres no la llamo y la borro de mis cuentas.

Ni siquiera le importaba mucho, y ese pensamiento aumentó mi ira, pese a la prueba de amistad que me estaba brindando. Tuve ganas de darle también a él un puñetazo.

—Haz lo que te dé la gana.

Había que abandonar el local, pues pronto empezaría el horario de los mayores. Mientras salía, se me quedó una imagen grabada: cuatro chicas en fila ante el escenario vacío. Luego me contaron que esperaban turno para besarse con Rai. Por lo visto, se lo habían pedido varias, y él les había dicho que se pusieran en la cola. Ni que decir tiene que no las complació, había sido una forma de mostrarse desagradable para deshacerse de ellas, y ahí estaban, por increíble que me pareciera, aguardando a que Rai las besara, una tras otra. Menos mal que entre ellas no se hallaba mi hermana, habría sido la guinda para una noche inolvidable. La imagen altamente patética de las chicas en fila contribuyó a desanimarme todavía más. Busqué el mensaje de Irene y

comprobé que era tal y como Ramón había dicho. Había salido decidida a comerse a uno. El problema era que ese uno no era yo.

Tardamos un rato en salir, por la aglomeración que se había formado. La discoteca estaba mucho más llena de lo permitido, pero nos daba igual. A los trece años las desgracias y la muerte son esos accidentes que les suceden a otros. Yo iba pensando en lo de los dos puntos que había dicho Ramón. Al empezar el curso habíamos hecho una especie de campeonato, que terminaría en junio. Consistía en ver quién de los tres conseguía más puntos. Un beso era uno, un beso con lengua, dos, tocar los pechos, tres, tocar el sexo, cuatro, y así. Yo llevaba cero puntos, y aquello, una idea de Ramón que yo no había rechazado por no darle importancia, se había convertido en un motivo más para pasarlo mal, pues Ramón llevaba ya ocho puntos (había que fiarse de lo que cada uno decía), y Hugo, con los dos de esa noche, cuatro. Me sentía humillado, como el tonto de la clase con su examen corrigiéndose en la pizarra. Imaginé el rostro de Irene y tuve ganas de gritar. Habría querido elevarme por encima de todos y desaparecer. Liberarme del mundo, ser un globo y soltar amarras.

Cuando salí, Hugo y Ramón me estaban aguardando. Hugo se adelantó hacia mí.

—Venga, amigos. Haced las paces. Ramón está dispuesto, ¿y tú?

Me acerqué. Ramón y yo nos miramos sin pronunciar palabra, desconfiados.

—Vamos —dijo Hugo—. No seáis imbéciles.

Me pregunté si el Conejo era la persona más indicada para mediar entre nosotros, dadas las circunstancias. A pesar de todo avancé un paso y extendí la mano.

—Perdona —dije.

Ramón me la estrechó, pero también él sabía que con ese gesto de aparente reconciliación empezaba el declive de nuestra amistad y, desde luego, terminaba la historia de Los Destroyers, un grupo de *rock zombi* que, la verdad, y pensándolo bien, no había tenido ni pasado ni presente, así que cómo iba a tener futuro.

Regresé a casa caminando solo. Recordé el consejo de Rai: «Nunca sientas lástima por ti mismo. La vida no trata de no caer, sino de cómo levantarse». Me crucé con una anciana que llevaba un chihuahua de la correa. El perrito se detuvo junto a un árbol y levantó una pata. Estaba enfundado en una especie de minúscula sudadera negra en la que destacaba en blanco el nombre de la marca: Nike. Una ira desproporcionada me invadió. Logré contener el impulso de pegarle un puntapié y proyectarle al espacio como si se tratara de la mismísima Laika. Continué mi camino, alejándome cada vez más de aquella imagen grotesca. El mundo entero era grotesco. Me alegré de no haber llorado delante de nadie. Ahora me lo podía permitir, pero nada. No me brotaban las lágrimas. Lo intenté, diciéndome que seguramente me haría bien, que me aliviaría, y nada. Solo tenía rabia dentro de mí. Pegué una patada a una papelera, tan violenta que se soltó y cayó al suelo. Parte de su contenido se desparramó. Me hice daño en el pie, y únicamente conseguí acrecentar mi frustración.

Me pareció feo lo que dejaba atrás, y me pareció mal. Me pareció que era un

retrato de mi alma, y recordé la letra de la canción de Genesis, «*You say I must be crazy, 'cos I don't care who I hit, who I hit*».

Dices que debo de estar loco, porque no me importa a quién golpeo, a quién golpeo...

XI

Estaba estudiando, y mi hermana, tras tocar con los nudillos en la puerta y obtener permiso, entró. Últimamente estudiaba yo más que ella, con lo que tenía a mis padres encantados.

—Hola —me saludó.

Quitó la vista del libro.

—¿Qué quieres?

—Venía a darte las gracias, con retraso.

—¿Y eso?

—Por pegarle un puñetazo a Ramón de mi parte.

No me gustaba acordarme de aquello, pero intenté disimular.

—De nada, pero en realidad no lo hice por ti.

—Me da igual por qué lo hicieras. Se lo merecía y punto. A esto estuve de arrearle una patada en los huevos a ese gilipollas.

Delante de los demás era una chica muy fina, pero a solas conmigo usaba un vocabulario digno de un camionero. A veces me invadía la sensación de que únicamente yo sabía cómo era en realidad. Bueno, quizá con Helena y otras amigas hablara así de mal.

—¿Te puedes creer que me ha vuelto a mandar una petición de amistad?

Empezó a curiosear entre los libros apilados en una balda.

—Ya no sois tan amigos, ¿no? Mejor. Es muy desagradable. Asqueroso, vamos. Para qué nadarnos con rodeos.

Había dicho *nadarnos* en vez de *andarnos* adrede. A veces enredaba las letras o cambiaba u omitía alguna, y lo consideraba una especie de chiste. Tenía un sentido del humor bastante peculiar. Supongo que eso denotaba un cierto ingenio o rapidez mental.

—No te pases —defendí a Ramón—. También tiene cosas buenas, pero solo ves las malas. Y tampoco tú te luciste mucho el otro día.

—¿Sabes? El encargado, Jaime, me ha ofrecido bailar —cambió de tema—. A las otras gogós les pagan cincuenta la hora, a mí me pagarían sesenta.

—¿Y qué has contestado?

—Me lo estoy pensando. Como poco servirá para que me suban la paga. Al pobre papá con solo imaginarme encima de un cajón le entrarían sudores.

Me sonrió de esa manera irresistible para cualquiera del otro sexo que no compartiera el cien por cien de su ADN. Supongo que mi inmunidad me convertía en alguien irremplazable para ella.

—No sé si te has dado cuenta de que estoy intentando estudiar.

—Por eso vengo. En recompensa por tus esfuerzos, y aprovechando que es su cumpleaños, mamá quiere vitaminarnos a cenar.

Que los cuatro cenáramos en un restaurante era bastante excepcional.

—Me toca elegir restaurante.

—Lo siento, pero creo que no. Quieren que venga Rai y el restaurante lo va a elegir mamá. Di adiós a la pizza con la que has soñado durante cinco segundos.

—Vaya —dije, sorprendido—. Pues no sé si a Rai le va a apetecer el plan.

—Ya ha dicho que sí.

Disfrutaba dándome la noticia, observando qué cara ponía.

—Te veo muy informada. ¿Le has visto últimamente?

Procuré que mi voz sonara mordaz, pero no lo conseguí, o no le afectó.

—¿Tú crees que le gusto? Quiero decir, de verdad.

—No creo que sepa decir de qué color tienes los ojos. Y eso que el otro día, cuando *perdiste* —enfaticé la palabra— la horquilla, para buscarla te pusiste los pantalones a reventar y le echaste una de tus miradas «morritos campeona del mundo». Y te pintaste los labios. Todo el mundo sabe que se busca mucho mejor con los labios pintados.

—Eres imbécil.

—Y tú idiota. Bueno. —Empezaba a impacientarme—. ¿Me dejas estudiar, o vas a acampar aquí?

—Te dejo. Pero antes, un conejo que me saco de la chistera: pasa de Ramón, es un tarado.

—Conejo por conejo: tú pasa de Rai, que pasa de ti. Jamás se ha enamorado. Es como una herida que tiene.

—¿Tú crees que me gusta tu profesor? —Enarcó las cejas—. ¿Porque haya bailado una canción con él? Si hasta estoy pensando en escaquearme de la cena... Por cierto, tienes mala cara, tienes orejas. —Empezaban a hartarme sus jueguitos verbales—. ¿Estás durmiendo mal, te pasa algo? ¿Estás enfermo?

—No soy tan imbécil como para ir al instituto estando malo —respondí—. Sí, he tenido insomnio estos días. Y ahora déjame en paz, por favor. Ya te llamaré yo si me aburro.

Por fin salió de mi habitación y pude volver al libro.

Insomnio. Ojeras. Horas repasando los mensajes de Irene para desenamorarme, borrando las fotos, mirando el techo, pensando en los calcetines usados de mi hermana desperdigados por su cuarto, imaginando los defectos de Irene. Horas agotado, con los ojos cerrados, concentrándome en dormir sin conseguirlo, sintiendo que el mundo se cernía sobre mí, amenazando con aplastarme. Horas en las que únicamente me consolaba saber que pronto pasaría, aunque en ese momento me pareciera totalmente imposible.

XII

Tres días después cenábamos los cuatro en un restaurante. Y digo los cuatro porque, efectivamente, Teresa se desmarcó en el último momento, alegando que tenía que estudiar para un examen. Era un pretexto infalible. La congoja por lo sucedido entre Irene y Hugo había empezado ya a diluirse. No me gustaba compararme con una serpiente (ese es el poder de las palabras, de la literatura, como sostenía Rai), pero podría decir que ya estaba mudando de piel.

Mi madre había escogido un restaurante con más pretensiones de lo normal para nuestras cenas familiares. La decoración era más moderna, los camareros más obsequiosos y la carta más florida. Supuse que eso se reflejaría en la cuenta. Mis padres concedían mucha importancia a los estudios, así que mi pequeña bajada a los infiernos les había alarmado más de lo razonable. Y en consecuencia mi remontada, coincidente con el inicio de las clases particulares, había hecho que apreciaran mucho a Rai. Creo que mi profesor habría preferido otra forma de reconocimiento (es altamente probable que unos tersos billetes recién sacados del cajero le hubieran satisfecho más que esa cena), pero era demasiado educado como para rechazar una invitación que, a mi modo de ver, estaba más bien fuera de lugar, por mucho que a mí me encantara el plan.

—Rai —dijo mi padre, antes de que nos trajeran la carta—. Estamos muy agradecidos por tus clases. No estamos acostumbrados a suspensos en nuestra familia.

—El mérito es de su hijo —contestó Rai—. Por completo. Sé lo que digo. —Y me guiñó un ojo disimuladamente.

—Como vuelvas a tratarme de usted voy a deprimirme.

Yo iba normal, mi padre también, lo que significaba que llevaba traje (exigencias del trabajo), y Rai había cambiado sus deportivas habituales por unos zapatos de piel de buena calidad. En cuanto a mi madre, se había puesto un vestido, en este caso negro, y se había maquillado, como siempre que salía. Estaba muy guapa, pero nunca he sabido cómo era de guapa, si mucho o no, porque los ojos de un hijo no son los más objetivos a la hora de juzgar a una madre.

Su aspecto era, pues, el esperable. Y sin embargo pronto percibí algo que al principio me alegró, para producirme después una vaga intranquilidad. No era el significado de sus palabras, ni siquiera sus movimientos o sus sonrisas. Tardé un rato en darme cuenta de que era la luz de sus ojos, o no solo de sus ojos, sino de todo su rostro lo que me chocaba. Como si un foco la iluminara o, mejor aún, como si se hubiera encendido una bombilla interior. Supongo que a una mujer siempre le gusta que le hagan sentirse hermosa. Y supongo que, a partir de una cierta edad, el que te

hagan sentirte joven no tiene precio. Y ese era el efecto que causaba Rai en los adultos, y por eso a mi padre le había molestado que le tratara de usted. Mi madre había cumplido la víspera cuarenta y dos años, y mi padre tenía cuarenta y ocho. Imagino que a esas alturas uno necesita volver a sentirse como lo que fue y ya nunca será. Estaban en una edad magnífica, pero cómo iba a ser yo consciente de eso con trece años. Cuando mis futbolistas favoritos cumplían treinta iniciaban la cuesta abajo, porque ya eran viejos, carne de geriátrico.

La velada había arrancado un tanto fría, pero pronto se animó, y a los veinte minutos mi padre hablaba entusiasmado de la música de los setenta y ochenta, y mi madre descubría gratamente sorprendida que Rai conocía no solo a Genesis, la ELO, David Bowie, los Ramones o Fischer-Z, sino también a Salinger, a Vargas Llosa, a Cavafis, a Antonio Machado, a Delibes, a Modiano o a Capote. Y en lugar de sentirme desplazado, yo estaba orgulloso, pues le consideraba mi amigo, y me satisfacía que mis padres le estuvieran poniendo un sobresaliente.

—¿Y esas lecturas? ¿Te orienta alguien o...?

—Leo sobre todo los libros de mi madre. Ella era profesora, había estudiado filología inglesa.

Quizá el vino contribuyó a ese ambiente festivo. A mí me permitieron mojarme los labios, Rai tomó dos vasos, y perdí la cuenta de los que bebieron mis padres. Bueno, en realidad, simplemente no los conté. Y no es lo mismo perder la cuenta que no contar, como no es lo mismo perderse que vagar sin rumbo. Precisamente eso es la adolescencia: dudar entre si estás perdido o si, simplemente, vagas sin rumbo.

—¿Tú estás en las redes?

—No —contestó Rai—. Es como las alarmas de las casas, me molesta que alguien pueda saber cuándo entras, cuándo sales... Me molesta que todo quede registrado. Y es horrible lo que la gente cuelga, sobre todo por la noche. No. Si alguien quiere buscarme en el futuro tendrá que hacerlo de otra manera. Tendrá que contratar un detective —sonrió ante lo descabellado de la idea.

—Pues a mí me ha servido para reengancharme con los de mi colegio —declaró mi padre—. Algunas ponen unas fotos que auguran un medio siglo auténticamente sexy, aunque ninguna se pueda comparar con mi mujer.

Su mujer, mi madre, se puso colorada. Le había dado vergüenza ajena, como a mí. «¡Tierra, trágale!», pensé. Sin embargo, mi padre acompañó sus palabras con el gesto de poner su mano sobre la de su esposa, y noté que a Rai le gustaba esa muestra de ternura. Pero ese no fue el momento de la cena en el que realmente deseé esconderme debajo de la mesa. El momento cumbre llegó después, y lo protagonizó mi madre, mientras su esposo estaba en el servicio.

—Es una pena que no haya venido mi hija —comentó—. La conoces, ¿verdad?

Tuve la sensación de que Teresa había estado presente durante toda la cena, flotando entre nosotros.

—Claro que la conozco —respondió Rai, algo sorprendido por la innecesaria

pregunta—. De su casa y del instituto. Si hasta he bailado con ella, el día del concierto...

—Me gustaría verte cantar.

—Tendría que esperar a que actúe en otro local —replicó Rai—. En las discotecas *light* no dejan acceder a... —titubeó un instante, buscando una fórmula que en modo alguno pudiera resultar ofensiva— mayores de dieciocho años.

—Oh, vamos. —Mi madre se irguió, y ladeó la cara, en un gesto lleno de coquetería que fue una completa y perturbadora novedad para mí—. ¿Es que crees que yo no colaría?

Mi madre era una señora guapa, pero era eso exactamente, una señora guapa, no una jovencita. Dios, había sido peor que lo de las excompañeras de colegio de mi padre.

—Es usted muy guapa, pero...

—¡Si era una broma! —exclamó mi madre, entre divertida y cortada.

De nuevo sentí que brillaba de una forma especial, con el brillo de la ilusión, de las ganas de vivir y de hacer cosas, de arriesgarse, de equivocarse y volver a salir a flote, de caer y levantarse y disfrutar y sufrir.

—No me tome el pelo —dijo Rai, con una sonrisa que traslucía su embarazo.

Fue, exceptuando las veces que recordaba a Samuel y el último día, en la fiesta de Teresa, la ocasión en la que le vi más indefenso y vulnerable. Desnudo, como si entre su cuerpo y una flecha que ya volaba no se interpusiera más que el aire.

—Es la última vez que te permito que me trates de usted —le amonestó mi madre, con un tono jovial.

—Como quieras —replicó Rai, y me pareció que le costaba tutearla.

—¿Se llaman también discotecas *sin*?

—No —contesté.

—*Sin* de pecado, me refiero, no de *sin* alcohol.

¿Qué le pasaba a mi madre? ¿Se había vuelto imbécil? Me puse colorado y miré lo más lejos que pude. No dudo que los hijos hagamos sufrir a los padres, pero... ¡Dios, a veces qué mal se lo hacen pasar ellos a los hijos cuando son pequeños!

Mi padre regresó. No hubo más, pero eso bastó para dejarme una sensación incómoda, la provocada por haber visto por primera vez a mi madre como a una mujer que todavía era joven y a la que le podía interesar el sexo, gustar, coquetear.

No sé por qué, salió ya en los postres el tema de la economía, los países pobres, la política. Yo pensaba que Rai era un descreído, un escéptico. Y, sin embargo, se encendió y lanzó un alegato en favor de la necesidad de cambiar el mundo, de mejorar la sociedad, y mientras hablaba el rostro se le iluminaba con un resplandor inocente e intenso. Mi madre le escuchó sin intervenir, pero mi padre discutió un poco, argumentando que el mundo y las opciones no eran tan claros como él —o su juventud— los pintaba.

—¿Por qué resignarnos? Sí se puede cambiar el mundo, mejorarlo. ¿Por qué

acomodarnos? ¿Por qué creer a los que dicen que nada sirve de nada y que todo va a seguir igual, se haga lo que se haga? ¡Con esa actitud sí que nada cambiará! ¡A veces pienso en prender fuego a todo para que un mundo nuevo resurja de sus cenizas! —terminó, con una vehemencia que yo no le conocía. Tras pronunciar aquellas palabras bajó la vista, como avergonzado, y añadió:

—Lo malo es que yo también soy, en el fondo, de los que piensan que vendrían otros iguales o peores...

Antes de que trajeran la cuenta Rai se disculpó y dijo que tenía un compromiso.

—Traías el reloj pintado en la cara —soltó mi madre.

—¿Qué?

Había sido brusca. Pero no estoy seguro de que fuera realmente así, quizá sean exageraciones mías. En el fondo ni siquiera estoy seguro de que esa fuera la sensación que tuve en ese momento, o si eso es algo que añado posteriormente, al recordarlo.

—Que se te notaba que ya querías irte.

—No es eso, es que... Había quedado antes de saber lo de la cena.

Confundido, por un momento le dominó la timidez. Realmente no era tímido, o era un tímido raro. Solía tratar con desenvoltura y confianza a todo el mundo, fueran o no de su mismo sexo, fueran o no de su edad. En el tú a tú se mostraba casi siempre firme y confiado, y tampoco en grupo era de los que se mantenían en un segundo plano con la boca cerrada, intimidados. Sin embargo, en momentos de flaqueza, no frecuentes, pero tampoco excepcionales, palidecía levemente y desviaba un poco la vista y se mordía el labio inferior, y esos signos delataban que no estaba a gusto, que añoraba en ese momento la soledad, la tranquilidad de no ser visto ni juzgado.

Se despidió, pues, y le seguí con la mirada mientras sorteaba las mesas camino de la salida, andando de una manera delicadamente lánguida y a la vez resuelta, fluyendo de una forma continuada, y no a trompicones, como un barquito arrastrado por una corriente tan tranquila como decidida y constante.

—Buen chico —comentó mi padre—. Y más maduro de lo que corresponde a su edad, imposturas revolucionarias aparte.

Me acordé de las chicas en fila, aguardando para besarle.

—Es un guaperas.

—Lo será cuando tenga veinticinco años —opinó mi madre—. Entonces sí será un conquistador. Pero todavía es un crío, dieciocho años...

—Cumple diecinueve dentro de poco.

—Exacto. Le falta un hervor.

Y otra vez mi madre volvió a parecerme eso: una mujer. No, no quería más cenas como esa. Pero ese deseo que formulé en mi fuero interno era la patética oposición del niño que se resiste a crecer, y para recoger los frutos que ofrece el mundo hay que salir del cascarón.

Volvimos paseando. Para disgusto de mis padres, Teresa había dejado una nota en

la mesa de la cocina: se iba con una amiga porque había terminado de estudiar. Tenía permiso para salir hasta las doce. Lo había conseguido gracias a sus buenas notas y a varias broncas. Yo tenía que fichar dos horas antes, pero no me importaba, pues casi siempre volvía antes de la hora tope. Lo cierto es que tenía menos planes que mi hermana. Normalmente ella tenía diez ofertas para escoger, y yo, como en el chiste, una o ninguna.

Ya en la cama, la oí llegar. En realidad me despertó, pues hizo mucho ruido, sobre todo para ser Pesadilla de Fuego y desplazarse con el viento. No logré conciliar el sueño inmediatamente, y un rato después volví a oír la puerta abrirse y cerrarse, en esta ocasión de forma mucho más suave. Aunque no estaba seguro de haberlo oído de verdad, pues estaba medio dormido y por eso no comprendí en el momento lo que ese sonido significaba.

XIII

Durante unas semanas Teresa pareció flotar en una nube. Estaba radiante y simpática, aunque al mismo tiempo abstraída, ausente. Ni una sola vez me llamó en todo ese tiempo *hermanito*. Salía casi todas las tardes y volvía para la cena. Mandaba mensajes absurdos, del tipo «Busca la belleza en tu interior y encontrarás la paz», o «Hemos venido al mundo para enviar buenas vibraciones y compartir nuestra felicidad», y otras estupideces por el estilo. Lo único que se podía alegar en su defensa era que al menos escribía sin faltas de ortografía. Devoramente afirmó un día en clase que ella era favorable a los mensajes, porque su éxito se medía en el número de veces que eran reenviados, y nadie reenviaba frases con errores, y gracias a eso y al miedo de ser tachados de ignorantes y analfabetos, los jóvenes estaban mejorando su ortografía. Devoramente era a veces tan naif como los mensajes de mi hermana. No hacía falta ser especialmente sagaz para deducir que Teresa salía con alguien, y que ese alguien no podía ser otro que Rai; quien, además, y para apuntalar aún más esa elemental deducción, se excusó por primera vez uno de los días de clase, aduciendo que tenía que estudiar para un examen muy importante. Lo cual coincidió, por supuesto, con una de esas tardes en las que Pesadilla de Fuego salía. Una mañana me crucé con Helena a las puertas del instituto. Iba acompañada por Toshiba, quien, desde que Rai me daba clases, me miraba mal. Bueno, en realidad esa era su forma de mirar el mundo. Helena se separó de él para dirigirse a mí.

—¿Sabes dónde se mete Teresa, que no se le ve el pelo? Y manda cada mensaje profundo...

—No sé. —Me encogí de hombros—. A lo mejor está yendo más con Maribel.

Me extrañó que Helena no estuviera al tanto de sus andanzas, aunque seguramente había llegado a la misma conclusión que yo. Después del número del bailecito y el dúo, tenía claro que con respecto a Rai yo había pasado a la tercera categoría. De alumno había saltado a amigo (o eso quería creer, aunque él fuera muchísimo mayor que yo y mediara entre nosotros una relación mercenaria), y de amigo, a cuñado.

Esa tarde había quedado con Ramón en su casa para hacer un trabajo. Al principio habíamos acordado ir al sótano, pero más tarde lo cambió, pues allí no había internet y no le había dado tiempo a imprimir la información. No me apetecía nada hacer un proyecto con Kolossus, pero lo habíamos acordado antes de la pelea. No parecía resentido. Su hermano pequeño andaba por allí, jugando a GTA. Era más bien bajo para su edad, y musculoso. Se había peinado con gomina, imitando, supongo, a algún futbolista.

Afortunadamente el trabajo era fácil. Al cabo de una hora habíamos terminado, y

entonces me dijo:

—Tú conoces a Nastacha, ¿no?

—Claro que conozco a *Natasha*.

Era una chica del curso de mi hermana, medio novia de Daniel, el que pasaba pastillas y marihuana en el instituto y en La Guillotina. Tenía un tatuaje de una pequeña serpiente en el cuello. Ese tatuaje le ponía a Kolossus, quien juraba y perjuraba que tenía otro debajo del ombligo.

—Lo vas a flipar.

Abrió el explorador y escribió bukkake.

—¿Qué es bukkake?

—Espera, no seas impaciente.

Apareció entonces el hermano y se pegó a nosotros. Supongo que había oído la palabra gancho, bukkake.

Pinchó en una de las opciones, y se abrieron varias pantallas porno. Eligió una y empezó un vídeo. Había una chica tumbada en una cama y dos tíos empalmados.

—¿Dejas que lo vea tu hermano?

—Soy muy maduro para mi edad —saltó el renacuajo.

—No es Natasha, ¿no? ¿Qué tiene que ver con ella?

—¿Qué pasa, no te gusta?

Ramón notaba mi incomodidad, pero esta se debía, sobre todo, a la presencia del pequeñajo.

—¿Pero es Natasha?

—Claro que es Nastacha, lo que pasa es que lleva una peluca, pero la reconozco, ¿no ves el tatuaje de la víbora? Qué buena está.

Natasha era guapa y tenía un buen cuerpo. Y sí, claro que me excitaba ver a una chica desnuda, pero conocerla me provocaba sentimientos encontrados.

—Quítalo.

—Tu problema es que aún ni te has morreado con una tía. Deberías apuntarte a Mylol, a ver si por fin te sale un rollo, aunque con tu suerte igual te secuestra un pedófilo maricón.

No contesté, y empecé a recoger mis bártulos.

—Espera, no te mosquees. —Ramón me agarró del brazo y me siguió hasta la entrada—. Voy a explicarte en qué ando metido —cuchicheaba, para que no le oyera su hermano—. Le mandé un mensaje diciéndole que estaba buenísima, me contestó... Subí el voltaje, le dije qué me gustaría hacerle, mis fantasías... Ella me dijo que a veces pensaba en mí en la cama... todo cada vez más subido de tono, incluso me mandó sus tetas... Me quedé tan flipado que no me dio tiempo a hacer un pantallazo. Pero de eso que quiero me dijo que no, que ya tenía novio. Caballero Misterioso me ha ofrecido convencerla, tengo que pagar ochenta euros; yo ya los tengo, hacen falta tres para que les salga a cuenta y nos falta uno, y como buen colega he pensado en ti... ¡es para celebrar mi cumpleaños, tío! ¡Ya sabes que hago catorce la semana que

viene!

—Verás —le dije—. Natasha me da pena.

—¿Pena? —Me miró con lástima—. Le gusta y gana dinero. Nadie la obliga, es feminista y es libre de hacer con su cuerpo lo que quiera.

—No creo que le guste. Y me da igual si le gusta a ella, a mí no, búscate a otro.

—Madura, crece, que no se puede ser un niño toda la vida.

Abrí la puerta. Y antes de cerrarla detrás de mí, oí:

—Que sigues con los nombres de Gormitis, como si aún tuviéramos ocho años.

Era él quien acababa de llamar Caballero Misterioso a Daniel, el novio —o chulo, o lo que fuera— de Natasha. Necesitaba aire, y pese a que había un hombre tocando la bocina con rabia porque un coche aparcado en doble fila le impedía mover el suyo, la calle me pareció una liberación.

Caballero Misterioso estaba ya en bachillerato. No se cubría el rostro con una máscara de lava solidificada, pero de pequeños nos parecía eso, misterioso, porque hablaba poco y rara vez miraba de frente, y cuando lo hacía asomaba —o nosotros inventábamos— un destello siniestro en sus ojos. Cuando le pusimos el apodo Gormiti no vendía aún droga, pero al empezar a hacerlo nos pareció que ese halo de misterio se multiplicaba, pues se movía silenciosamente, hablaba en voz baja y casi nunca con más de una persona a la vez, siempre mirando de reojo con aire de conspirador. En nuestra fantasía las mortales bolas de fuego que lanzaba se habían transformado en sobredosis de heroína. Iba hacia casa pensando en eso, y en Ramón. Recordé una noticia de las diez más leídas de un periódico digital: había hombres que compraban vírgenes para irse de viaje con ellas. Lo hacían, sobre todo, saudíes, y las adolescentes solían ser egipcias pobres y analfabetas. Se casaban, se iban de vacaciones y las devolvían «usadas». Unos días después, Ramón nos contó a Hugo y a mí que su padre se iba a ir de viaje con un colega y con una virgen. Sin duda se lo inventó, pero a partir de algo: a partir de una conversación de su padre con un compañero de trabajo mantenida en su presencia. Imaginaba una situación equivalente con el mío, y me repugnaba. El suyo nunca me había apreciado en exceso (su madre siempre había sido mucho más amable y cariñosa, aunque solía estar fuera, trabajando, o acostada en la cama, deprimida) y, visto lo visto, podía juzgarse como una buena señal. Ramón me daba lástima y a la vez le menospreciaba, y me sentía culpable por sentir eso, pues tenía presente lo que decía mi madre: nunca te creas superior a los demás. Sincerándome conmigo mismo, había comenzado a despreciar a Ramón, a crearme mejor.

A partir de aquel día se refería a veces a mí como «el santito» o «el reprimido». Yo no me devané los sesos: con frecuencia le llamaba «el imbécil» o incluso «el pajillero». Decidí que jamás volvería a hacer un trabajo con él. Tenía razón: no se puede seguir siendo niño de por vida. Y al crecer, nuestros caminos habían empezado a bifurcarse. No éramos los mismos. Kolossus había muerto, y Ramón no tenía sitio en mi futuro, ni yo en el suyo. Era triste, pero era así. Comenzamos a evitarnos más o

menos descaradamente, y aunque no me arrepiento de mi proceder, pues fue, por así decirlo, una separación de común acuerdo, no por ello he dejado de sentirme culpable. Es extraña la vida. Puede ser que obres en conciencia y que aun así no puedas evitar los remordimientos. Ahora no estoy tan convencido de que esa separación hubiera sido a la fuerza definitiva. Quién sabe. Quizá pasara por una etapa difícil, y cuando las aguas hubiesen vuelto a su cauce, habríamos recuperado nuestra amistad. Sea como sea, la vida no nos dio la oportunidad de comprobarlo. Lo único seguro es que no le he olvidado, y que a veces me gustaría poder hablar con él. Sí, ya puedo leer *Pedro Páramo* y entenderlo.

Llegué a casa apesadumbrado y contento a la vez, como si me hubiera quitado un peso de encima, pero como si ese peso, al mismo tiempo, fuera el de una capa que tapara mis defectos. Me encontré a Pesadilla exultante. A ella pensaba seguir llamándola por su apodo Gormiti durante muchos años más, en mi interior con afecto, y exteriormente para picarla.

—¿Qué tal?

Y por un momento pareció interesada en mi respuesta. Habitualmente me saludaba con un gruñido. Sabía cambiar el suave timbre de su voz y gruñir la mar de bien. La bella y la bestia en una sola pieza.

—Tirando —dije—. ¿Y tú?

—La vida es famosa, hay que aprovecharla.

Y con la mano hizo como que me apuntaba con una pistola. La víspera había ido al cine, y seguramente había visto alguna película de Hollywood.

—Intentaré seguir tu consejo, Pesadilla, y repartir buenas vibraciones por todo el cosmos.

Fui a la cocina para ver qué había de cena. Me había visto tentado de decirle que iba a dejar de ser amigo de Ramón. Pero me contuve porque ella lo consideraría como una victoria suya.

Quizá había asociado famosa con hermosa a través de *fermosa*, por una poesía del Marqués de Santillana que nos habían enseñado hacía años en el colegio. No me la explicaron bien, o no atendí. Decía «Faciendo la vía», y en mi confusión infantil imaginaba que el poeta estaba construyendo una vía de tren. Todos albergamos ideas peregrinas. Todos estamos medio chalados para los demás. «Cómo cambian las cosas. En Alemania no me encuentran loco», escribió Gérard de Nerval, que a los treinta y un años había sido detenido cuando perseguía semidesnudo a una estrella que, según él, le guiaba a Oriente. Años después, en París, un borracho encontró su cuerpo medio cubierto de nieve en un callejón, me contó Rai. Ninguno de sus amigos admitió que se hubiera suicidado, con el argumento más bien inconsistente de que nadie se ahorcaría con el sombrero puesto.

XIV

Había olvidado el libro al bajar al laboratorio. Subí al aula. Creí que no iba a haber nadie, pero estaba Daniel, alias Caballero Misterioso. Miraba las mochilas. Se decidió por una. Era la de Ramón. Abrió las distintas cremalleras y la inspeccionó, revolviendo el interior.

—¿Qué haces?

No se molestó en responder. Oí pasos y me di la vuelta. Era Víctor, un colega de Daniel. Había llegado al instituto con trece años. Se decía que le habían expulsado del colegio en el último curso porque, junto con otros dos, había obligado a unos niños de siete años a que les hicieran unas felaciones. Ignoraba si eso era verdad. También se rumoreaba que en nuestro instituto había habido una piscina, pero que la habían cerrado porque dos chicos se habían ahogado en ella. Y eso era mentira, aunque, por supuesto, había quien aseguraba que en el gimnasio se aparecían los espíritus de los dos ahogados. Por consiguiente lo de Víctor y esos abusos sexuales podía ser otro bulo. Víctor se apellidaba Funes, y muchos le llamaban Funesto. Su nombre de Gormiti era Alguus el Algoso. El apodo se lo endilgó Hugo porque llevaba el pelo como un rasta, en trenzas que parecían algas marrones. Estaban tan sucias que, imaginábamos, muy bien podrían ser tan tóxicas como las de Alguus, y no sus aliados, como en el caso del Gormiti, pero sí un buen puñado de piojos se podrían esconder en ellas. En el centro de su pecho tenía una boca asquerosa con la que engullía a sus rivales.

—Venga, figura —le apremió Alguus el Algoso, alias Funesto.

Caballero Misterioso fue hacia la ventana, la abrió y arrojó la mochila a la calle.

—¿Qué haces? ¿Estás loco, tío?

Me asomé a la ventana. La mochila estaba en la calzada, quieta y solitaria como un perro atropellado.

—No, qué hago yo, no. Qué haces tú —se encaró conmigo. Era alto y ancho, sin llegar a gordo. Tenía los ojos rasgados, como un gato somnoliento, y los párpados hinchados, el pelo rizado, color paja—. Estamos solos. Si vas con el cuento a la Rasca será tu palabra contra la mía. Tú no has visto nada. Y Funesto menos.

Muchos llamaban la Rasca a la directora, porque tenía un tic nervioso, y con frecuencia se rascaba la cabeza detrás de la oreja. Era muy bajita, a mí me llegaba por la nariz, y rolliza. Tenía muy mal genio. Supongo que lo necesitaba para hacerse respetar.

—¿O prefieres ir a la Rasca, yo echándote a ti el muerto y tú a mí? Y saldrán cosas muy chungas de tu colega...

Un coche pasó por encima de la mochila. Sentí casi un dolor físico, aunque no

fuera mía. Ahora sí que era como un animal atropellado.

—Voy a decírselo a Ramón.

—Es justo lo que quiero. Corre a decírselo. ¡Venga! ¿A qué coño esperas?

Me aferró del brazo. Nos miramos a los ojos. Me sorprendió comprobar que los suyos eran de color gris claro. Quizá no me hubiera fijado antes porque solía evitar mirar de frente. Tras unos segundos de sostener mi mirada me soltó. No soy un ingenuo, y sé que lo hizo porque Rai era mi amigo, o al menos mi profesor particular.

—Dile que pague lo que debe, esto solo ha sido un aviso.

Se marcharon. No podía ir por la mochila porque la puerta del instituto estaba cerrada. Aún faltaban unos minutos para que comenzaran las prácticas. Bajé a toda prisa y referí a Ramón lo sucedido. Vimos al Paquirrín y nos acercamos a él. Por supuesto, el Paquirrín no se llamaba así. Siempre me he preguntado si los profesores acaban sabiendo los moteles que les ponen los alumnos. Imagino que es muy probable que se enteren, pero debe de ser difícil luchar contra ello.

—Profe —dijo Ramón—, ¿podemos salir un momento a la calle?

—¿Para qué?

Permanecemos unos segundos callados. Por fin me decidí.

—He subido un momento al aula, y he mirado por la ventana y he visto su mochila tirada en la calle.

—¿Y no sabéis quién ha sido?

Ramón negó con la cabeza.

—A lo mejor tienes una mochila voladora y acabas de descubrirlo, algo así como la alfombra de Aladino. —Paquirrín tenía un elaborado sentido del humor.

—No hemos visto nada —mentí—. Cuando llegué la clase estaba vacía.

—¿No sospechas quién ha podido ser? —preguntó a Ramón.

—Ni idea. —Puso cara de bueno—. No tengo enemigos, profe.

Me hizo gracia, pero me esforcé porque no se notara.

El Paquirrín nos miró muy serio, gozando con su posición de superioridad. Si le daba la gana podía impedirnos salir, y Ramón se quedaría sin la mochila y los libros. Tras mostrar su poder, se inclinó por la magnanimidad.

—Venga. Tenéis dos minutos. Decidle a Santi que os he autorizado yo. ¡Vamos, un, dos, tres, cagando hostias!

Le gustaba soltar tacos delante de sus alumnos cuando no había otros profesores a la vista. También disfrutaba llamándonos pozos de ignorancia.

Echamos a correr.

Santi, el conserje, nos abrió, y doblamos la esquina a la carrera. No venía ningún coche, y Ramón cruzó la calzada y recuperó la mochila. Estaba sucia y aplastada. Un libro se había salido y tenía impresas las rodaduras de un coche. Estaba manchado, pero entero. Bolígrafos y rotuladores se habían roto.

—Hijo de puta —murmuró Ramón.

—¿De qué va esto?

—Dice que le debo dinero.

—¿Y...?

—Es un malentendido.

Regresamos al instituto. Él iba meditabundo, y yo reprimía mi curiosidad. Saltaba a la vista que se había metido en un lío por Natasha. En la esquina, en la calle pequeña, se sentaba en la acera un grupo comiendo bollos y bocadillos. Alguno tenía un cuaderno abierto apoyado en sus rodillas, con el móvil encima. Había un par de latas en el suelo. Llamamos al telefonillo y Santi nos abrió la puerta. Yo había esperado que Ramón hablara más, aunque al mismo tiempo prefería no saber nada. A veces la ignorancia es un comfortable sillón. Por fin lo hizo, pero no para desvelar el malentendido al que se había referido, sino para hacer una pregunta.

—¿Tú crees que Rai podría ayudarme?

Enarqué las cejas.

—¿Te refieres al de los cisnes? ¿Al futuro bailarín?

No contestó. Recorrimos el pasillo. La gente se agolpaba ante la puerta del laboratorio para entrar. Alguien me dio una colleja por detrás, pero ni me volví. Estaba seguro de que era Cañete. Parecía un nombre de tebeo, pero era su verdadero apellido. Y cuando alguien le decía «dales caña, Cañete», pegaba una colleja al que tuviera más a mano. Era como una broma establecida. Era nuevo de este año. Venía de la privada, y en su primer examen Devoramientos le puso un 2,5. Protestó, y aseguró que en su colegio anterior habría sacado un 6. Y Devoramientos, muy digna, le dijo: «Es que esto es la pública». De frente, por el otro extremo del pasillo, venía Caballero Misterioso. Ramón rehuyó su mirada, pero no pudo evitar oír lo mismo que yo, cuando pasó de largo:

—Molaba tu mochila.

Salieron los de la clase anterior y entramos.

—¿Por qué no le pagas lo que le debes y santas pascuas?

—No es tan fácil. Ya le he pagado, pero quiere más. Me subió de ochenta a cien, le pagué, y ahora me pide otros cien. Dice que cuando me corr...

—Sin detalles —le interrumpí.

—Silencio, por favor, que no nos sobra el tiempo —elevó la voz el Chino, y aguardó a que todos ocupáramos nuestro sitio—. Como saben, hoy toca el principio de Arquímedes. Es Ar-quí-me-des, no Aquí-me-des. —Dos risas falsas, dos aullidos, estallaron como una burla en el aire. El profesor no se inmutó—. Soy tan ingenuo, tan incorregiblemente optimista, que confío en que ya lo conocen: todo cuerpo sumergido en un fluido experimenta una fuerza vertical y hacia arriba producida por el peso del fluido desalojado. Esa fuerza es lo que llamamos empuje.

—Este lo que tiene es ganas de empujar —susurró Ramón, casi sin despegar los labios.

Sobre la mesa había dos vasos, una jarra con agua, un huevo, sal, una espátula y un agitador.

—Cuando introduzca el huevo en el agua, sobre él actuarán dos fuerzas, el peso, es decir, la fuerza con la que lo atrae la Tierra, y el empuje, la fuerza que el agua ejerce hacia arriba. Si el peso es mayor, se hunde; si es mayor el empuje, flota. ¿Y si es igual?

El Chino arrugó la nariz. Siempre que hacía una pregunta la arrugaba, poniéndose todavía más feo. La mitad de los profesores daba pena. Supongo que nosotros también se la dábamos a ellos. El mundo está lleno de personas dándose pena unas a otras y todas creyéndose mejores que el prójimo. Es como si hicieran falta más espejos.

—Se queda a dos aguas.

—Exacto, Mariana, se queda entre aguas. El empuje depende de tres factores: la densidad del líquido, la del cuerpo que vamos a introducir y la gravedad. Es tan sencillo que van a entenderlo fácilmente. Primero vamos a probar sin sal, y luego con sal. Si echamos sal, la densidad del agua aumenta, y por eso se flota mejor en el mar que en una piscina.

—¿Y si es una piscina de agua salada? —preguntó Cavestany.

El Chino no se dignó contestar y cogió el huevo.

—Ahora, tomamos el huevo...

—Ya está tocando los huevos...

Ramón parecía haber olvidado el incidente de la mochila, y le miré con una mezcla de afecto y preocupación, y también con respeto, por esa capacidad que tenía de salir adelante, de no dejarse aplastar por los reveses y los contratiempos.

Al acabar las clases llamé a Rai para contarle lo sucedido.

XV

Eran las nueve. Llevaba varios días sin saber nada de Rai. Por segunda vez me había avisado de que faltaría a una clase, ya la recuperaríamos. Había intentado localizarle, sin éxito. Me disponía a cenar en la cocina cuando sonó el telefonillo. Era él.

—¿Quieres bajar a tomar algo conmigo? Es mi cumpleaños.

—¡Sí! ¿Te abro?

—No, baja tú.

Fui corriendo al salón para pedir permiso a mi madre, que había vuelto la víspera de un viaje de trabajo.

—A las diez aquí, ¿de acuerdo?

Me abrazó. Fue un abrazo que duró más de lo normal. Me transmitió amor, proporcionándome una mezcla de paz y seguridad. Cómo he pensado en estos días en ese abrazo y en otras muestras de cariño incondicional. Cómo las voy a echar de menos.

Me miró con afecto, y me pareció que sus ojos estaban empañados.

—Cómo has crecido —dijo—. Todavía no me creo que seas más alto que yo.

Rai me esperaba frente al portal con dos perritos calientes.

—¿Has cenado?

—No.

—Pues toma.

Me dio uno. Llevaba un pañuelo nuevo.

—Felicidades. ¿Dónde te has metido estos días?

—Bueno —contestó vagamente—. He estado de viaje interior. ¿Te gusta la petanca?

Sacó de la mochila unas bolas metálicas de color dorado, algo oxidadas, emparejadas mediante correajes de cuero áspero y gastado.

Asentí, con la boca llena.

—Pues vamos a jugar. Yo siempre jugaba con Samuel en el día de mi cumpleaños, era una tradición. Es un juego de abuelos y de franceses, principalmente.

Fuimos a la plaza vecina. Estaba tranquila, aunque no solitaria. Buscamos un lugar sin gente. Me dio dos bolas con su correaje. Mientras sacaba una, haciendo que se deslizara la anilla por una de las correas, me vino a la cabeza la ilustración de un libro infantil, unos gauchos cazando ñandúes con boleadoras. Pesaban un quintal. Nunca había visto unas bolas así, solo conocía las de plástico, de colores, muchísimo más ligeras.

—Son de profesional, ¿no?

—Algo así. Fíjate, se distinguen por el dibujo.

Rai jugaba muy bien. Me ganaba todas las partidas, y cuando yo conseguía colocar una bola cerca del boliche me la apartaba con un tiro certero, y su exclamación de júbilo, ¡bochada!, se superponía al chasquido metálico, seco, que me recordaba a una nuez que se partía.

—Samuel era prácticamente invencible. ¿Tienes sed?

—Sí.

—Enseguida vuelvo.

Le esperé entrenándome. Regresó con una cerveza para él y una Coca-Cola para mí. Chocamos las latas.

—Ya soy más viejo que Samuel —dijo—. Solo me falta hacerme franchute.

Nos sentamos en un banco.

—En los veranos en la sierra hacíamos barquitos con la corteza de los pinos. Les dábamos forma con una navaja, y con palillos y pedazos de papel les fabricábamos una vela. Después los soltábamos en un riachuelo para que los arrastrara la corriente. A veces poníamos soldaditos de plástico en la cubierta, sabiendo que los perderíamos. No nos dábamos cuenta todavía de que eso es exactamente la vida, de que eso somos. Lo que más nos gustaba era cuando llegaban a una zona en la que había una pequeña cascada, los barquitos giraban, algunos se sumergían y salían a flote de nuevo, ya sin tripulantes... Samuel era alegre por aquel entonces. Siempre que se iba a la playa había que bañarse, aunque lloviera, aunque hubiera bandera roja y olas enormes. Decía que ir a la playa y no bañarse era como tirar un día a la basura. Eso hacía que otros nos bañáramos también, aunque nos diera pereza, y luego nos alegrábamos.

Apuré la cerveza de un trago, y lanzó el bote a una papelería. Falló, con un sonido metálico, y quedó tirada en la arena.

—Recuerdo un día nublado en Costa Nova, en Portugal, en una playa enorme; había unas olas tremendas, bandera roja, una resaca muy fuerte y el agua helada. Se metió en el mar, no había nadie más, desapareció durante un minuto, entre los silbidos de un socorrista, y salió riendo y salpicándonos...

Estuve a punto de preguntarle si le había conocido en Infantil, como yo a Ramón y a Hugo, pero antes de que abriera la boca, dijo:

—Sí, la vida es así, un barquito al que lleva la corriente, aunque para algunos es más como la petanca. Ya sabes, te quito a ti para ponerme yo. Pero, hagan lo que hagan, van en ese barquito. Vamos. Se me hace tarde.

Nos levantamos. Metió la lata de cerveza en la papelería y me acompañó a casa.

—Gracias —le dije, al despedirnos frente al portal—. Te debo un regalo.

—El regalo es tu compañía —me sonrió.

Abrí la puerta.

—Por cierto, dile a Ramón que nos vemos pasado mañana en el García, a las seis. Entré y me volví. Él ya se alejaba, caminando con prisa.

XVI

Dos días después nos reuníamos en el bar de enfrente del instituto. Rai se sentó a una mesa, y nosotros en los taburetes de la barra, a unos pocos pasos de él.

Casi inmediatamente aparecieron Caballero Misterioso, Alguus el Algozo y Natasha. Pensé en esas películas en las que se citan dos bandas rivales para negociar. Ramón miró a Natasha con rencor, pero también con deseo.

—Pagaría otra vez por hacerlo. Hasta el doble pagaría.

Natasha y Funesto se sentaron a una mesa, en el fondo. Nos ignoraron al pasar delante de nosotros. Daniel conversó con Rai durante medio minuto, y luego este hizo un gesto a Ramón.

—Venga, págale.

Por un momento pensé que Ramón iba a negarse, pues era injusto. Había acordado que pagaría lo que Caballero Misterioso le pedía, pero que Rai se ocuparía de que la deuda quedara definitivamente saldada. Tras unos segundos que se me antojaron muy largos Ramón sacó dos billetes de cincuenta y se los entregó a Daniel.

—Trato cerrado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió Caballero Misterioso, con sus ojos rasgados. Siempre tenía pinta de estar fumado, y seguramente lo estaba.

Rai tuvo el buen criterio de no hacer que se estrecharan las manos.

Al marcharse, Natasha se plantó un momento ante Ramón.

—Cuando mangles a tu viejo otros doscientos, ya sabes dónde estoy.

Me acordé de su cuerpo desnudo. Ramón la siguió con la vista como un perrillo que ve cómo le alejan un hueso. Cuando el trío abandonó el bar me reuní con mis amigos.

—Verás, Ramón. —Rai puso una mano en su hombro, casi cariñoso—. No quiero que vuelvas a pedirme nada. Para ser más exactos, en realidad preferiría que te mantuvieras alejado de mí. No me agrada esa gente y no quiero jugar a ser un padrino de mierda, y en eso me has convertido durante cinco minutos. Ha sido una sensación altamente pegajosa y patética, y no quiero volver a experimentarla, bastante tengo con soportarme a mí mismo. Lo único que quiero es que me dejen en paz. Venga, marchaos.

Empezamos a ir hacia la puerta. A mitad de camino Ramón se detuvo un momento, dubitativo, e inició el movimiento para darse la vuelta. Luego rectificó y siguió hacia la salida. Se había parado para dar las gracias, pero ni a eso se había atrevido.

Miré a Rai antes de salir. Estaba inmóvil, con la vista clavada en las botellas que se alineaban detrás de la barra. Parecía una estatua, o uno de esos anacoretas que se

subían a una columna y permanecían sin cambiar de postura durante días y días. El deseo que había enunciado se ajustaba a la definición exacta de lo que era: una persona que quería que la dejaran en paz. Y pensé que eso era lo único que jamás conseguiría en su vida, a no ser que se convirtiera en eso, en un anacoreta, y se fuese al desierto a predicar a las lagartijas y las piedras.

XVII

Rai revisaba las conexiones de mi compacto, y yo le miraba hacer.

—Creo que ya está.

Había traído un viejo tocadiscos, una reliquia. El de mis padres se hallaba en paradero desconocido, probablemente sepultado por cajas y bultos en un rincón del trastero. Sacó de la bolsa de plástico dos vinilos. Uno era *Bat out of hell*, de Meat Loaf, y el otro *Quadrophenia*, de los Who.

—Eran de mi madre. A veces me da el punto de escucharlos así, con crujidos, como los oyó ella por última vez.

Escogió el de Meat Loaf. Levantó la aguja y la dejó caer suavemente sobre la primera canción de la segunda cara. Cerró los ojos y la escuchó como en trance, transportado a miles de kilómetros. No estaba en Madrid, sino en Sebastopol o en Saturno. Casi no me atrevía ni a respirar.

—Esta es mi canción favorita —declaró cuando se extinguieron sus últimos acordes. Concluido aquella especie de viaje místico, parecía animado, optimista—. Es el relato de una ruptura, le dice a la chica que la quiere, que la necesita, pero que no la ama, y que no se ponga triste, pues dos de tres no está mal... Es lo mismo que le dijo a él la única chica a la que nunca dejará de amar... Pero el disco es bastante bestial entero. ¿Sabes? Canciones así te vuelven un poco masoquista, quiero decir que te entran ganas de vivir eso, sufrir, abandonar a una mujer a la que nunca podrás amar, llorar carámbanos en vez de lágrimas, recordar a una que nunca te amó y a la que no puedes dejar de amar, y que en una noche de tormenta salió de tu cama e hizo la maleta y se fue para siempre, aunque para siempre se incrustó en tu corazón... No sé cuáles eran las preferidas de mi madre. Las escucho, y me imagino que las que crujen más son las que más ponía y por lo tanto las que más le gustaban. No puedo hablar de nada de esto con mi padre. En realidad, no puedo hablar de nada. El otro día, en la cena, con el tuyo... Bueno, te envidié. ¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta y ocho.

—*Límite 48 horas*, ¿la has visto?

—En la tele, empezada.

—El protagonista es Nick Nolte, se hizo famoso con una serie que le gustó mucho a la generación de mi madre, *Hombre rico, hombre pobre*.

Recuerdo la expresión dolorida de Rai al imaginar a su madre con nuestra edad. Al hablar de películas, libros y series antiguas, parecía un viejo joven, o un joven viejo, más bien. Había en él algo moderno y clásico a un tiempo, constante, inmune al paso de los años y de las modas. Era como un aura.

—Y tu madre, cuarenta y dos. *Verano del 42*. ¿La has visto?

Negué con la cabeza.

—Es de un adolescente que se enamora de su vecina, una mujer casada con un soldado. El soldado muere en la Segunda Guerra Mundial, y ella... Hay uno que se parece a tu amigo, Ramón, quiero decir que está igual de salido —se rio—. Es casi un género, la mujer madura que inicia al joven. ¿Has leído *El diablo en el cuerpo*?

Me fastidió tener que admitir nuevamente mi ignorancia.

—Tengo trece años —le recordé.

—Bueno, en *El diablo en el cuerpo* tampoco hay tanta diferencia de edad, él tiene dieciséis y ella diecinueve, si no me equivoco. También está casada con un soldado destinado en el frente, en este caso durante la Primera Guerra Mundial, supongo que ese fue el escándalo, la mayor bajeza moral, convertir en cornudo al hombre que está en primera línea luchando por tu país... Lees bastante, pero no estoy seguro de que leas lo que hay que leer.

—¿Y eres tú quien decide lo que hay que leer? —me rebelé.

Le pilló desprevenido lo abrupto de mi reacción.

—No, disculpa. Tienes razón. Leer es un camino que cada uno debe abrir. Pero es como buscar setas: conviene que alguien con más experiencia te dé indicaciones, pistas... Por fortuna, no hay libros que maten. Bueno, en realidad algunos han contribuido a matar más que todas las setas del mundo, *Mein Kampf*, la Biblia, el Corán, el Libro Rojo de Mao, por ejemplo. Yo he tenido tres guías: una profesora de Lengua, una bibliotecaria y los libros de mi madre. Vamos —agregó, dándose cuenta de que me sentía en un escalón inferior—, te digo esto para que leas otro tipo de libros y veas películas antiguas, no para que te subestimes. La bibliotecaria era una viejita de ojos azules y acuosos. Olía a naftalina. Yo la quería. Se jubiló y desapareció sin despedirse de mí.

Tiempo después di muchas vueltas a esta conversación. En apariencia era como si hubiera cometido una indiscreción, al asociar de inmediato la edad de mi madre con *Verano del 42*. Pero precisamente eso, y la naturalidad con la que había citado aquellas obras, hablaban más bien en favor de su inocencia. De pronto, en un muro, reparas en una pequeña hendidura, e imaginas que allí puede enraizar una mala hierba. Es posible que exista, sí; pero también es posible que la hayas sembrado con tu imaginación. Y esa mala hierba puede crecer y acabar derribando ese muro, y te queda la duda de si esa mala hierba que *realmente* ha dañado el muro existía *realmente* o si solo era algo inventado por tu cabeza. Y si no ves esa mala hierba, si niegas su existencia, te planteas la posibilidad de que estés ciego voluntariamente, de que te niegues a ver la realidad, de que hayas revocado el muro para tapar la hendidura, pero bajo el revoco la grieta continúa abierta y el muro sigue dañado. Sí, lo imaginario existe en lo real, y puede afectarlo, o infectarlo. Y lo real continúa existiendo aunque lo neguemos. Pero este verano, nueve años después, las dudas han desaparecido casi por completo, y creo saber la respuesta a la pregunta de si esa mala hierba era real o imaginaria.

—Tanto hablar me ha dado sed.

Y salió para beber un vaso de agua.

—He visto con mis padres *El ángel azul* —anuncié orgulloso cuando regresó.

—¿Ves? —me sonrió satisfecho—. De eso se trata. ¿Y te gustó?

—Mucho.

—¿Y cómo siguen tus clases? Las académicas, quiero decir. Las oficiales. Las importantes.

—Bien. He sacado un notable en el último examen.

—Eso significa que podemos continuar con nuestro revolucionario método, ¿no es así?

—Sí. Rai, yo estaba cuando zumbaste a Toshiba —solté sin venir a cuento.

—¿Sí? No me fijé, lo siento —se excusó—. No nos conocíamos, claro.

—Yo sí te conocía a ti. Se lo merecía, hiciste justicia. Eso que me dijiste el otro día de que nos avergonzamos del mal que nos hacen... Encima.

Permaneció unos segundos pensativo, antes de retomar la conversación.

—Verás. He pasado por una especie de crisis moral —me confió—. He hecho algo de lo que no estoy muy orgulloso. ¿Te acuerdas de cuando te hablé de la justicia, de las feas y las guapas y los desengaños?

—Sí.

—Espero que no me tomes como ejemplo de nada. Pedirte eso puede sonar muy egocéntrico y vanidoso, pero acepto ese riesgo y te ruego que no me elijas como modelo de nada. Porque los modelos sí son algo que podemos elegir. No lo harás, ¿verdad?

—Claro que no —respondí, con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—No sería una sabia elección. Estos días me he odiado a mí mismo. He comprobado que carezco de voluntad, y me he condenado y perdonado más de cien veces.

Permanecimos un rato callados, escuchando el disco. Estaba intrigado, pero él solo hablaría cuando le pareciera oportuno. Entre canción y canción la aguja producía un crujido que me hacía pensar en el fuego de una chimenea.

Me costaba contener el deseo de preguntar por mi hermana. Me decía a mí mismo que eran novios, con toda probabilidad. Y entonces, argumentaba en mi interior, si estás casi convencido, ¿para qué preguntarlo, arriesgándote a crear una situación incómoda? Y a la vez, me moría de ganas de confirmarlo. Aunque, recapacité, él acababa de hacerlo, sin pronunciar nombres, sin referirse a ello claramente. Deduje que había hecho daño a mi hermana, que habían roto.

—¿Sabes? —interrumpió mis cavilaciones—. Yo creo que todo en la vida se reduce a conseguir lo que quieres, a realizar tus sueños. Es la única meta. Lo que sucede es que muchos yerran el camino, creen que el egoísmo les llevará allí, cuando la senda del egoísmo conduce al dolor y al aislamiento. Nadie encuentra el camino perfecto, y entonces pensamos que el mundo es injusto y nos invade la frustración. A

partir de ese punto, hay que aprender a resignarse. Y el problema es que la resignación es una forma de morir, y a la vez, la única manera de sobrevivir, lo que es bastante paradójico si lo piensas con cierto detenimiento. El suicidio es la primera causa de muerte violenta, no natural, en España, y en todo el mundo, guerras aparte —cambió bruscamente de tema, o quizá siempre estuviera dando vueltas alrededor de aquel eje—. Una persona se suicida cada cuarenta segundos. En el año anterior se suicidaron ochocientas mil personas. Bueno, uno nunca sabe si esos datos son del todo fiables, y en realidad tampoco sabe qué significan exactamente, más allá de que en el mundo hay altas dosis de desesperación. Y, creo, lo que no hay es ni justicia ni injusticia. Quiero decir que hay una balanza equilibrada. Las cosas son, ya está, y la suma tiene que ser cero. Es nuestro concepto de la existencia, nuestro deseo de conseguir un mundo mejor, lo que nos hace pensar que el mundo es injusto: hay dolor, maldad, desigualdades... pero no es ni justo ni injusto, en su conjunto, quiero decir. A pequeña escala claro que hay injusticias, a todas horas, en todas partes, constantemente, pero desde lejos, desde arriba, la balanza se equilibra, y si se inclina hacia un lado, la nueva posición indica el nivel cero, otra vez. No sé si me explico, más bien creo que estoy hablando sin ton ni son.

Se levantó para cambiar el disco. No lo puso desde el principio, sino que colocó la aguja por la mitad, dejándola posarse muy lentamente, con delicadeza.

—A veces he pensado que las chicas feas merecerían alguna vez salir con el chico soñado, y las guapas, sufrir un revés, que su corazón se rompa en dos —dijo al volver a sentarse—. Pero no por una cuestión de justicia, sino de experiencia. Hay que saber perder y ganar. Cosas así pensaba cuando hojeaba las revistas de moda de mi tía, buscando la Modelo Más Guapa de las Tres Últimas Décadas.

—Ya es la hora —le avisé cuando acabó la canción que había pinchado.

Consultó el reloj.

—Sí —dijo—. Pero si no te importa, me quedaré un rato más.

—Claro que no me importa.

Pensé en mi corazón. Había sentido que se había partido por la mitad, pero ya me había repuesto. Y eso, reponerme tan rápido, me hacía sospechar que nunca se había roto. Que todo había sido una especie de farsa, un deseo inspirado por las canciones que escuchaba con Rai y no una realidad. ¿Y el de Teresa? ¿Íbamos a inaugurar el Club de los Hermanos con Corazones Rotos? ¿Pero no habíamos quedado en que el mío no se había roto?

—Oye —dijo—. Quería comentarte algo sobre tu amigo, Ramón.

—¿Ha vuelto a meterse en líos?

—No, que yo sepa. Pero de eso quería hablarte. No me gusta esa gente, y me gustan aún menos los mayores con los que se juntan. Dile a tu amigo que se mantenga aparte.

—Ya no es tan amigo. Y además, no me haría ni caso.

—Bueno... —Meditó un momento lo que iba a decir—. No es tu responsabilidad,

por supuesto. Tú no eres su guardaespaldas ni su protector o vigilante. Pero tengo un mal presentimiento, y aunque ahora sea menos amigo, se lo debes. Porque sí lo fue. Porque con él has pasado muchos buenos momentos. Porque honrar una amistad es honrarse a uno mismo. Te lo debes.

—Pero... ¿Le han amenazado o algo?

—No, que yo sepa. Es solo una sensación negra.

Pensé en hablar con Ramón. No iba a hacerme caso. Además, ¿qué iba a decirle? ¿Que Rai tenía una «sensación negra»?

Pero sus palabras sí me habían servido a mí. Había trazado una línea roja, y fue entonces, en el silencio que se produjo, cuando deseché definitivamente la idea que me había rondado de acceder a la oferta de Ramón y reunirnos los dos con Natasha.

—Ahora sí me tengo que ir.

Fue hacia la puerta.

—Eh —le dije—. Te olvidas el tocadiscos y los discos.

—No, no me los olvido. Tampoco te los regalo, claro. Es un préstamo.

Su confianza me enorgulleció.

—*Quadrophenia* trata de un chico en Inglaterra, años sesenta del siglo pasado, un *mod* que no encuentra su sitio en el mundo. Los *mods* cuidaban sus Vespas y Lambrettas, las tenían siempre limpias, brillantes, y las llenaban de faros y espejos. Creo que la mía no les gustaría mucho. Es una historia bastante triste, me temo. El chico tiene cuatro personalidades. Era el disco preferido de Samuel. Se identificaba con esa desesperación, esa búsqueda. Todo el rato preguntándose cuál era su yo real. En fin. Después del incendio, supongo que tenemos que aprender a caminar sobre las cenizas y las brasas y los pajaritos carbonizados. Sería una ingenuidad, casi una ñoñería, pretender que el bosque siguiese igual.

Le acompañé a la puerta.

—Todo lo que te he dicho antes, todas mis teorías sobre la justicia y las guapas, son absurdas. Confío en que tu hermana no esté verdaderamente dolida. ¿Qué tal aspecto tengo?

Le miré sin comprender la pregunta.

—No sé. Bueno. Normal...

—Soy despreciable. ¿No tengo acaso un aspecto despreciable? ¿Como de murciélago?

Me pasé un par de semanas oyendo aquellos discos, mientras resonaban en mis oídos sus palabras de despedida, «¿No tengo acaso un aspecto despreciable? ¿Como de murciélago?», hasta que casi me los aprendí de memoria, e iba por la calle cantando mentalmente canciones como *You took the words out of my mouth (Hot summer night)*, *Cut my hair* o *Dr. Jimmy*. La letra de esta última decía: «¿Soy yo eso por un momento? Las estrellas están cayendo, el calor está subiendo, y el pasado está llamando».

Sí, el pasado está llamando. Siempre, a todas horas.

Y sabe tu nombre.

XVIII

Teresa llevaba unos días rara. Quiero decir que había dejado de flotar, pero no había retornado a su estado natural de alegría. Estaba más pálida. Todo, no solo las palabras de Rai, apuntaba en la misma dirección. El día de su cumpleaños le regalé, en el desayuno, el cedé de *Quadrophenia* y unos caramelos llamados violetas, que a ella le encantaban y a mí me parecían casi repugnantes, tan empalagosos que me sabían a perfume. Al principio había pensado comprarle un cómic, pero habría sido demasiado evidente que se lo daba para leerlo yo. Abrió el paquete.

—¿Y esto? —Torció el gesto—. ¿Por qué eres tan influenciable? ¿Qué hago yo con un cedé? ¿Viajamos todos juntos al pasado?

—Lo siento —dije, chafado.

—El rey del mundo —masculló—. De todas formas se agradece la intención. Esta tarde te invito a una Coca-Cola, ¿quieres?

A eso de las siete, salimos. Un desconocido (El Pancho) había escrito cerca de casa, en tres renglones en el suelo, con una plantilla y un *spray* violeta: *Andrea / te amo / El Pancho*. Aquel mensaje sería leído por cientos de viandantes, que mirarían al suelo constantemente para esquivar los excrementos caninos. Gracias a los perros aquella declaración de amor alcanzaría una enorme difusión. Una esquina más allá, en letras negras mucho más chapuceras, alguien había escrito otro mensaje, igual de contundente pero de muy diferente signo: el nombre del presidente del Gobierno seguido de *hijoputa*. Por idénticos motivos, su amplia difusión estaba garantizada. Tras aquellas lecturas, y sin habérmelo anunciado, Pesadilla acabó de conducirme al Museo Romántico.

—Pero... —Me extrañé al detenernos ante la puerta—. No vamos a verlo, ¿no? Yo ya fui con el colegio.

—No te agobies, que no hay nada contagioso aquí dentro. Vamos a la cafetería. A la terraza, es muy bonita.

No había que pagar entrada. Salimos a un jardincito con veladores y sillas blancas de madera. Parecía que no estábamos en Madrid. Yo imaginaba que París, adonde nunca había viajado, era así. Había una fuente, y el sonido del agua cayendo producía una sensación de tranquilidad.

—Romántico, ¿verdad? Como su propio nombre indica.

—¿No viene nadie más?

Fue decir eso y asomar por la puerta Helena y Maribel.

—Ya podemos pedir —dijo Teresa—. Estamos todos.

Teresa pidió una cerveza, y aunque no se lo exigieron, enseñó su carné de identidad. Era la primera vez que podía beber legalmente. Yo pedí una Coca-Cola.

Brindamos por sus recién estrenados dieciséis años. La luz de la primavera hacía brillar los colores de las plantas, intensificando su verdor.

—¿Te pasa algo? —inquirí.

—¿Qué me va a pasar, hermanito?

—No sé —dije—. Me extraña que seamos tan pocos con la de amigos que tienes, y que me invites.

—¿Qué problema hay? —intervino Maribel—. ¿Te parecemos poca cosa, tunante?

A veces me llamaba así, en broma. Era rubia, aunque con los ojos muy oscuros, casi negros. Solía estar de buen humor, y tenía una expresión lánguida y algo burlona a la vez. Me caía bastante bien.

—Desde que te organizas tus planes, yo no suelo estar en tus fiestas —seguí, sin hacer caso a Maribel—... si es que a esto se le puede llamar fiesta.

—Si no te gusta, te vas.

En lugar de ofenderme, me alarmé. Estaba demasiado susceptible.

—Sí me gusta, pero reconoce que es un poco raro.

—¿Qué es raro? ¿Que quiera estar en mi cumpleaños con mis mejores amigas y con mi hermano? En estos días me he dado cuenta de que tú siempre vas a estar ahí, ¿verdad?

—Claro.

Si hubiera habido un termómetro a mano se lo habría puesto, para ver si tenía fiebre. Pero por qué iba a haberlo.

Mientras hablábamos, Helena estaba mandando mensajes. Paró por fin un momento, se levantó, se puso entre nosotros e hizo una foto de los cuatro, antes de volver a su absorbente tarea. Miré a Teresa.

—Está enviando una foto a Toshiba, para que vea dónde y con quién está —me informó, mordaz.

—Ya empezamos —refunfuñó Helena—. ¿A ti qué más te da? Su interés demuestra que se preocupa por mí.

—No digas bobadas, que te vigile solo prueba que es un controlador —apoyó Maribel a mi hermana.

Helena levantó la vista de la pantalla.

—¿Tú estarías celoso de alguien a quien no quisieras? —me preguntó.

—No sé —respondí, incómodo.

—Tú sabes lo que es una prueba de amor, ¿verdad? Le ha dado las claves de su cuenta —informó mi hermana—. Y una foto medio desnuda, otra prueba de amor.

—Déjame en paz —le espetó Helena—. Además, se borraba a los diez segundos.

—Pantallazo y ya la tiene guardada, lista para difundirla, chantajearte, lo que sea, cuando abras los ojos y rompas con él.

—Estás paranoica. Peor es Rai.

—No me controla ni me pide la contraseña.

—Querrás decir que no te *controlaba* ni te *pedía* la contraseña. Lo siento, me tengo que ir. No le gusta que esté con el alumno de Inmundo ni con su ex.

En ese momento la odié. Helena se levantó. Mi hermana se hallaba al borde del llanto, y me dio mucha pena. Empezaba a darme pena demasiada gente.

—Perdona —dijo—. Es que me da miedo que te esté utilizando...

—No te preocupes, que yo también le utilizo, y de paso voy a doscientos por hora en su descapotable. A ti el tuyo no te ha utilizado, claro, solo te ha usado y te ha tirado. Y por una vieja.

Me embargó la penosa sensación de que Helena hablaba con un rencor incubado durante años, de que envidiaba a su amiga y ahora aprovechaba la ocasión para desquitarse.

—Tú sabes que eso no es verdad —dijo Teresa.

—No, solo sé que eso es lo que dicen. Y cuando el río suena...

—Helena, te estás pasando —intervino Maribel.

Nos dio la espalda. Mientras se marchaba, mi indignación crecía. Si Pesadilla de Fuego era el brazo derecho de Horror Profundo, era Helena quien debería apoderarse así. El mundo Gormiti e infantil no se correspondía mucho con la realidad. No me pude contener más y la alcancé junto a la puerta.

—¿Es así como se porta una amiga? —me encaré con ella—. A lo mejor es que no lo eres.

—Tu hermana va de sobrada. —Respiraba agitadamente—. Que me deje en paz ella a mí.

—Vete por ahí.

—Vete tú.

Al regresar con Teresa, me crucé con Maribel, y por su expresión adiviné que iba a abroncar a Helena.

Para rematar la tarde, mi desdichada hermana rompió a llorar. Era la primera vez que la veía hacerlo, y me impresionó.

—Esto es tan... —Hizo un gesto que abarcaba el jardín, los árboles, las mesas, el cielo—. Él me trajo aquí...

Bueno, la había visto llorar muchas veces, pero de pequeña, porque había perdido un peluche, o porque había muerto su mascota, o porque se había caído y se había hecho un rasponazo en las rodillas, pero nunca, ni de mayor ni de niña, por un chico. Esa no era la regla, la regla era que los chicos lloraran por ella. Imagino que para escenas así es para lo que sirven las amigas. Los hermanos, desde luego, no valemos para mucho en tales situaciones, o por lo menos los hermanos de mi tipo. No sabía qué decir, cómo consolarla, casi no sabía ni adónde mirar. Arrimé mi silla a la suya y, torpemente, pasé mi mano por encima de su hombro.

—Me siento tan desgraciada... Como Anna Karénina —manifestó, cuando dejó de llorar. Tenía los ojos rojos—. Cuando me dijo hola ya estaba pensando en decir adiós. Yo le di mi corazón entero... y me lo ha devuelto en dos trozos.

Fue consecuente con tan melodramática frase e hizo lo que correspondía: sollozar como una heroína de telenovela. Consiguió calmarse, y se sonó ruidosamente con un pañuelo de celulosa. Nadie se suena así, salvo en la realidad o en las comedias, y desde luego *Anna Karénina* no era una comedia. Para empezar, su protagonista se sonaría, si es que se sonaba, de una forma fina y delicada, casi sin hacer ruido, y para seguir lo haría con un elegante pañuelo bordado con sus iniciales. Sospeché que no había leído el libro (yo tampoco), pero había visto la película.

—Me ha decepcionado, creí que era un caballero.

Recordé la escena que me había contado Rai, cuando recogió del suelo el papel que ella había lanzado a una papelerera.

—A lo mejor lo que pasa es que no hay caballeros, ni tú eres una princesa.

Me arrepentí nada más decirlo. Mi hermana me miró como si le hubiera traspasado el corazón con una espada, y en cierto modo eso era lo que había hecho. Abrió la boca y no encontró palabras, como un pez que no encuentra oxígeno en el fondo de la barca. Se levantó para irse. La sujeté del brazo.

—Perdona —dije. Sabía que tenía que hablar rápidamente, si no quería que mi hermana abandonara aquel jardín con el título de La Mujer Más Desgraciada del Mundo en el bolsillo—. Lo que quiero decir es que... Es el mundo real, no puedes idealizarlo, Rai es como es, no como tú hayas imaginado.

Parecía mentira. ¡Precisamente yo, diciendo esas cosas!

Se sentó derrotada, sin fuerzas, y llegó Maribel.

—Helena está idiota —informó—. Desde que sale con ese parece tonta.

Y dicho eso, revolvió el pelo de su amiga antes de ocupar su silla.

—Me dijo que no había sido nada, solo uno de esos rollos del viernes por la noche —se lamentó Teresa—. Ni siquiera dijo amores. ¿Le costaba tanto decir eso, amores del viernes por la noche? ¿Se le iba a caer el mundo encima?

—Tiene miedo a enamorarse —dije—. A lo mejor ha huido de ti porque sentía que estaba cerca de enamorarse, y...

Me callé. No sabía si lo que acababa de decir era una tontería o no. Podía ser cierto y podía tratarse de una mentira piadosa. Sospechaba que ni el mismo Rai lo sabía a ciencia cierta. Era muy probable que fuese una solemne estupidez. Pero a menudo las estupideces consuelan tanto o más que las verdades. Y tampoco sabía cómo continuar.

—Se enrolla con casadas, con viejas...

Ahora hablaba con un fondo de resquemor y amargura, con ganas de hacer daño. Esa no era la Teresa que yo conocía, ni la que yo respetaba y quería.

—¿A qué viene eso?

—Dicen que le vieron con una, en una cafetería.

—¿Y?

—En una actitud íntima. Besándose, vamos.

—La gente inventa mucho —opinó Maribel—. ¿Te acuerdas de cuando dijeron

que te habías enrollado con el de ciencias, porque sacabas sobresalientes? Eso que cuentan de Rai son chismes falsos.

—También le han visto entrando en una pensión. Encima, en una pensión —resopló mi hermana—. Ni siquiera en un hotel.

—Vamos. —Casi me reí—. ¿Lo ves? Ahora le han visto en todas partes, ¿y tú te lo crees? Yo no. Y además da igual, estaría en su derecho.

—¿Ah, sí? —Se revolvió mirándome con frialdad—. ¿Tendría derecho a liarse con nuestra madre?

No supe qué contestar. La sola idea me parecía repulsiva, perversa.

—¿De qué vas? —repliqué al fin, enfadado—. Te estás pasando.

—No te alertes —lo decía por alteres—. Lo de nuestra madre era solo un ejemplo, para que veas la monstruosidad. Verás, es de manual de psicoanálisis. La suya se murió en el hospital al poco de tenerle, ¿te lo ha contado? Busca la madre que no ha tenido. ¡Ja! Así de fácil —ahora hablaba con un perfecto dominio de sí misma, casi con entusiasmo. Por un momento pensé que estaba enloqueciendo. Si casi todo el mundo está medio loco, ¿por qué no iba a estarlo mi hermana? Con el dedo índice extendido reforzaba sus palabras—. Leyendo sus libros, escuchando sus discos, viviendo en el pasado. Es un viejoven... ¡Si es que se le ha ido la pinza! ¡Si parece que de quien está enamorado es de esa madre que solo puede ver en fotos! ¡Todo el santo día con sus vinilos, sus libros, sus películas! ¡Sus cedés! ¡Que regrese al presente! ¡Es un friqui! ¡Rastreándola en los libros! «Lee *Viajes con mi tía*», me soltó el otro día. ¡Ja! ¡Que se lea él «viajes con mi abuela»!

Temí que estallara en una carcajada histérica, pero se limitó a mirarnos, para comprobar el efecto causado por sus palabras.

—Teresa —dijo Maribel—, mejor nos vamos a casa. Necesitamos calmarnos y dejar de soltar disparates.

Ella no había soltado ninguno, pero era su forma de quitar hierro al asunto.

Mi hermana la miró con fiereza durante un instante. Temí que fuera a insultarla, pero, de pronto, se desinfló.

—Sí, vamos. Estoy muy cansada.

—Pero antes déjame hacer una foto —dijo Maribel—. Y pon buena cara, sonrío, que se note que es tu cumpleaños. Y la voy a mandar con este texto: «Aquí nos tenéis, con la Mejor Hermana y Amiga del Mundo celebrando su cumpleaños».

Teresa se esforzó por sonreír. Maribel hizo la autofoto, con su mano libre rodeando el talle de su amiga y conmigo al otro lado.

Maribel se despidió y regresamos a casa en silencio. Yo iba pensando en aquello que había dicho, en aquellos rumores. Estaba seguro de que eran infundados. Y me daba igual. Lo que me dolía era lo que mi hermana había insinuado sobre nuestra madre. Había sembrado la sospecha, y en mi cabeza revivía la escena en la que había hablado de *Verano del 42* y *El diablo en el cuerpo*. Estaba seguro de que aquella posibilidad era sencillamente una locura, pero las palabras son como semillas. Tenía

que ser fuerte para que no germinaran en mi interior. Sería injusto y malsano. ¿Puede el amor convertirse en un instrumento de la traición? ¿Puede una atracción pura y hermosa pesarse en el platillo del dolor y la infelicidad? ¿El bien contribuir al mal?

—¿Sabes? —me confió, cuando ya caminábamos por nuestra calle. *Andrea / te amo / El Pancho*. Pensé que pocas declaraciones de amor habrían sido tan pisoteadas como aquella—. Eso de la pensión... Fui a hablar con la que contaba que le había visto, y acabó asegurando que había sido un día y a una hora en la que estaba conmigo en el café del Romántico, precisamente. La calumnia es libre. Y gratis.

Sus palabras me tranquilizaron algo. Me paré para atarme un cordón. En el suelo, al lado de la punta de mi calzado, había una colilla con una marca de carmín. Era como un beso despreciado.

—Tengo una teoría. —Su voz me llegaba de arriba—. ¿Te ha contado algo de Samuel?

—Algo —contesté vagamente mientras me hacía la lazada.

—Se enamoró locamente y no fue correspondido. Yo creo que Rai se siente culpable porque le pasa lo contrario: apenas tiene que esforzarse, todo lo consigue, todo se lo dan, si hasta la Rasca le deja las llaves del auditorio... Piensa que eso es injusto, piensa en la historia de Samuel, y se odia. También se adora, claro, es una contradicción pura. Se cree el mejor y a la vez no se quiere lo suficiente.

Me levanté.

—Le odio —añadió como para sí, sin fuerza—. Es tan contradictorio...

—Todos lo somos —repliqué, mientras reanudábamos el camino.

Pero mi frase me sonó vacía, a lugar común, al revés que las palabras de mi hermana, que habían dado forma y sentido a algo que yo apenas barruntaba, como una luz que penetra en la niebla.

XIX

Me había traído cómics de *Blacksad* y de Bourgeon, y un disco de Leonard Cohen. Al sacar el vinilo de la funda salió despedido un papelito, que dibujó en el aire la mitad del contorno de un abeto. No se había dado cuenta. Lo recogí para dárselo, y no resistí la tentación de leer lo que había escrito en él con un fino rotulador morado: «Ella quería caricias... ¡Y yo con estas manos!».

—¿Tú qué quieres ser de mayor? —disparó sin volverse, mientras ponía el disco.

—Un hombre decente. —Y metí el papelito en la funda.

—Vaya. —Giró el cuello y me miró con interés—. Una buena respuesta, impropia de tu edad, me temo. Quiero decir profesionalmente.

—Me gustaría hacer documentales sobre la naturaleza, de animales. Pero es casi imposible.

Me vino a la memoria el galápagos con la concha destrozada, los navajazos. Temí que esa imagen me persiguiera de por vida.

—Bueno, si lo quieres lo suficiente, si te empeñas, supongo que lo podrás conseguir, aunque a costa de renunciar a muchas cosas... Lo malo de perseguir los sueños es que uno se va dejando jirones de vida por el camino. Claro que es altamente probable que sea todavía peor no tener sueños o no perseguirlos. La vida es una trampa mortal, se mire como se mire. Suicidarse no es más que salir antes que los demás. Un atajo. Y desde luego, hablando de atajos, los suicidas no son un hatajo de cobardes, como algunos simples pretenden. Eso lo tengo claro.

—¿Y tú? —dijo—. ¿Qué quieres ser?

Me pareció ridículo añadir «cuando seas mayor». Había cumplido diecinueve, ya era mayor. Incluso, me parecía, se acercaba peligrosamente a la vejez. La petanca empezaba a ser el deporte más indicado para su edad. Debería nacionalizarse francés.

—No tengo aún muy claro qué quiero ser —dijo—. Ni siquiera estoy seguro de querer *ser*, de *seguir* siendo. ¿Sabes qué decía Cioran? «Vivo únicamente porque puedo morir cuando quiera: sin la idea del suicidio me habría matado hace tiempo». No sé si quiero ser un vagabundo, no sé si quiero formar una familia con esposa e hijos o ser un solitario. Vivir atado o desatado. No sé si, a la hora de la verdad, iré gaseando mis ideas románticas y elegiré trabajar para ganar una pasta asquerosamente gansa en un trabajo asquerosamente pijo. —Calló un momento, mientras Leonard Cohen susurraba—. Vi escenas bastante terribles en aquel viaje. Niños enganchados al pegamento. Una madre abrazada al cadáver de su hijo de ocho años, al que una bala perdida había atravesado el corazón cinco horas antes. También vi cosas bastante hermosas. Dos hermanitos de la mano, cruzando entre coches y guaguas, jugándose la vida, pero de la mano. Supongo que eso es una buena imagen

de lo que es la vida, o el amor.

Se levantó para mirar por la ventana, y aproveché para echar un vistazo a los cómics que había traído.

—En realidad no sé quién soy. Me he hecho una idea de mí mismo y de pronto sospecho que esa idea es tan falsa como una camiseta del Madrid a quince euros. Ni siquiera sé si soy capaz de enamorarme, ni si una vida sin la experiencia del amor vale la pena. ¿Y si me estoy perdiendo lo único que realmente importa? ¿Y si Samuel hizo lo correcto? «Conócete a ti mismo». Hace años esa frase me parecía una tontería, y ahora...

Cambió el disco. Había en sus ademanes una languidez que contrastaba con el destello de sus ojos.

—¿Qué ha pasado entre tú y Teresa?

El corazón me latía con fuerza, como un mono dando saltos para escaparse de su jaula. Pensé que había saltado una barrera, que podríamos discutir, enfrentarnos. Pero, en lugar de ofenderse, me miró con ese aire de duro y frío desamparo que era tan propio de él, como de alguien que tiene hambre, que está desnudo, que sabe que va a morir y que, sin embargo, jamás va a rebajarse a suplicar por su vida ni a lamentar su suerte.

—Ya te hablé el otro día, creí que lo habías entendido —advertí en su tono un ligero reproche, y aunque lo consideré injusto, no repliqué—. Lo de tu hermana fue... Surgió, y luego... Son esos amores, o amoríos, o romances... O... o...

No se decidía a proferir la palabra que tenía en la punta de la lengua, por respeto a mi hermana o por respeto a mí, pero yo sabía cuál era. Teresa la había pronunciado: rollos.

—Eso, amores del viernes por la noche... Solo que se prolongó un poco más de la cuenta, ese fue el error. Ella no sabe que yo también resulté herido, y de una forma mucho más profunda, en realidad.

Un rollo del viernes por la noche. ¿Verdaderamente solo eso había sido para él mi hermana?

—Yo no la engañé. ¿Te acuerdas de esa canción, cuando la saqué a bailar? La letra dice «*our love is alive*», pero yo cantaba «*our love is a lie*», y se lo dije. Mi amor podría ser de mentira, pero yo no le mentí. Se lo advertí desde el principio. A veces pienso que aún no ha nacido la mujer de la que me enamoraré. —Sonrió con tristeza, mientras volvía a poner el disco de Leonard Cohen—. Sé que me estoy perdiendo algo grande, pero no puedo hacer nada por ahora. Hay tantas que quieren darme tanto... pero yo las defraudo, soy como una piedra. Había un futbolista, Dirceu, que se quejaba de los pases de sus compañeros, decía que les daba balones y le devolvían melones. Me dan suaves caricias y devuelvo... Es como si mis manos fueran ásperas, o peor aún, como si fueran suaves, pero para quien recibe la caricia, mientras que ellas, las manos, yo, han perdido la gracia del tacto, han perdido la sensibilidad, como si estuvieran con lepra. ¿Sabes? De pequeño vi *Ben-Hur*, y estuve

meses aterrorizado por la dichosa enfermedad. Y mi padre, en lugar de decirme que yo nunca la cogería, me contaba que seguía existiendo en África y en la India. Y era verdad, pero a veces decir la verdad es cruel. Quizá ese ha sido mi crimen: decirle la verdad a tu hermana, parte de la verdad. En el fondo el Gran Perdedor he sido yo. Ella se ha adentrado en el desierto y ha pasado sed y calor. Pero el desierto soy yo, y el desertor también.

Permanecimos un rato callados, mientras Leonard Cohen seguía cantando con su voz monótona y deprimente, aunque hermosa y cautivadora.

—Es nuestra última clase —anunció—. En junio ya no hará falta que venga. Además, no creo que a tu hermana le haga gracia que siga viniendo, y tú... Bueno, tú no me necesitas, llevas meses volando solo, en realidad. Yo solo te he... entretenido.

Se me puso un nudo en la garganta. Quería decirle que me gustaría seguir viéndole, pero no me atreví. Me resistía a creer que no había sido más que una especie de amigo de alquiler.

—Samuel —su voz rajó el silencio que se había formado—. Me contó un sueño con un castillo, un foso con niebla, ventanas enrejadas y dragones. ¿Por qué quiere entrar allí, si hay dragones espantosos que hieden y tienen los ojos inyectados en sangre? ¿Por qué, si hay un foso y mil peligros? Quizá porque quiere morir y disfrazar su muerte de romanticismo, así que en el sueño hay un motivo, una coartada: en la torre del homenaje, la más alta, juraría haber visto a una muchacha pasar un momento ante la ventana, un rostro suave y melancólico semejante al de Silvia... Empezó a juntarse con dos amigos un año mayores que él, que habían repetido, y que iban de intensos, decían que eran el dúo metecaña. Hace falta ser imbéciles para ponerse semejante nombre a sí mismos. Se acostó con una amiga de Silvia, y luego lo pregonó por ahí, burlándose y hablando mal de ella. Era como hacer daño por gusto, aunque en realidad el daño mayor se lo infligía a sí mismo. Él no era así, se estaba desfasando, claramente. ¿Tú has imaginado alguna vez tu muerte? Quiero decir, que has muerto y tus familiares lloran y hablan bien de ti, y esas chorradas.

—Alguna vez —admití—. Antes de dormirme.

—Yo creo que casi todos lo hemos hecho. Como Tom Sawyer, que asiste a su propio funeral. ¿Has leído *Las aventuras de Tom Sawyer*?

—Sí —dije, feliz de que por fin coincidiéramos en alguna lectura—. Se escapa con sus amigos y cuando vuelve ve su funeral, ¿no?

—Pero lo de Samuel era distinto —prosiguió, tras asentir con la cabeza—. Lo otro, lo normal, es una especie de coquetería, o de vanidad, o de narcisismo, o de necesidad de saberse querido. Pero lo suyo era desesperación pura y dura. Me gustaría saber cuáles fueron sus últimas palabras, o pensamientos. La célebre nota acababa así: «Si te presentas, te veré dentro de unas horas. Y si no, nos veremos dentro de muchos años, cuando acudas a la cita a la que nadie puede faltar. Te llevaré en mi corazón hasta el último instante». Yo incapaz de enamorarme, y él... Pero no

me creo su amor, ese amor tan exagerado. Más bien pienso que fue como una obra de teatro, como ponerse una máscara, una actuación. Como coger un esqueleto y vestirlo y pintarlo, pero la verdad es lo que hay dentro, y la verdad es que él estaba desesperado, enfermo como una flor que ha perdido la magia y empieza a acartonarse. Supongo que habló con alguien, aquel día. Quizá sus últimas palabras fueron «Así está bien», o «Disculpe», o «Silvia, ¿por qué no has venido?», o... — Agitó la mano en el aire, desalentado—. Es divertida la última frase de Bob Hope, su esposa le había preguntado dónde quería ser enterrado: «Que sea una sorpresa» — soltó una risita—. Churchill, cuya vida fue apasionante, dijo: «Todo es tan aburrido». Una vez hice con Samuel una lista no de las mejores ni de las más célebres, sino de las que pensábamos que han sido las más frecuentes. Escribimos bastantes, del tipo «Doctor, ¿qué posibilidades tengo?», «Apagad la luz, que quiero dormir», «¡Ahora, que no viene nadie!»... Las últimas palabras de Joe di Maggio fueron: «Al fin podré ver a Marilyn». Romántico, ¿no? Me pregunto dónde estará Samuel, si le volveré a ver, con la misma forma o con otra. O si, como sospecho, ya solo puedo buscarle en el polvo. Dentro de mí, agazapado bajo mi cicatriz. Quizá las que más me han impresionado son las de Jesucristo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». De niño me dormía angustiado pensando en esa frase. Si Dios había abandonado a Jesús, ¿cómo no iba a haberme abandonado mi madre a mí?

Tras haber soltado esa larga parrafada casi sin respirar, casi frenéticamente, se quedó un rato en silencio. Sus ojos brillaban como un cielo congelado. Tuve la sensación de que hablar sería como romper algo más que el silencio, como cometer un sacrilegio. Se levantó y me revolvió el pelo. Su semblante pareció, por un breve instante, casi alegre. Se acercó al balcón.

—Es ya la hora fatídica. —Sacó un cigarrillo, lo encendió. Dio una calada y tosió. Seguía siendo el peor fumador del mundo—. Se ha cumplido el plazo, ha llegado el momento de la verdad, la cuenta atrás está aproximándose al final, al cero. ¿Sabías que, en sus lanzamientos espaciales, los rusos no hacían cuenta atrás? Eso era cosa de los americanos. Nadie de la familia de Samuel sabe nada, aparte de que lleva un año acariciando la idea del suicidio. Tampoco tenía por qué cumplirse. Novalis se pasó mucho tiempo preparando un suicidio que jamás cometió. Puedes tirarte a un tren, saltar por un precipicio, cortarte las venas, ahorcarte, ingerir barbitúricos, inhalar gas, destrozarte el hígado bebiendo... Kostas Karyotakis, un poeta griego, se arrojó al mar para ahogarse, pero no lo consiguió. Luego fue a su casa, desayunó, se vistió como para una gran ocasión y compró una pistola. Hecho eso, escribió una nota en un café, llamado El Jardín Celestial. —Sacó su famosa antología de la mochila y leyó—: «Aconsejo a cuantos sepan nadar que no intenten jamás suicidarse tirándose al mar. Durante diez horas me estuve peleando con las olas. Tragué una enormidad de agua y, sin saber cómo, de vez en cuando subía a la superficie». Después fue a una playa y se pegó un tiro bajo un eucalipto. Samuel ya ha elegido una forma de hacerlo, de entre todas las posibles. *Te diré que la vida es el ataúd / donde pena y alegría finalizan.*

Son unos versos de Karyotakis.

Tras esas palabras, guardó el libro y me tendió *El mito de Sísifo*.

—Mira, lee el principio en voz alta.

Busqué el inicio y obedecí:

—«Oh, alma mía, no aspire a la vida inmortal, pero agota...».

—No —me interrumpió—. Me refiero al capítulo primero, *Un razonamiento absurdo*.

—«*Un razonamiento absurdo. Lo absurdo y el suicidio*. No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar que la vida vale o no vale la pena de vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía. Las demás, si el mundo tiene tres dimensiones, si el espíritu tiene nueve o doce categorías, viene a continuación». ¿Sigo?

—No, es suficiente. —Me tendió la mano, le devolví el libro y lo guardó—. Camus olvida un problema previo de igual o mayor calado: no el quitarte la vida, sino el crear una nueva. No el suicidio, sino la paternidad... Samuel. No le importa hacer daño, es su vida y él puede hacer con ella lo que guste. Hay que imaginarle ahora, el gesto decidido, el paso firme, la mirada, sin embargo, algo perdida, el rostro algo rígido, el pelo esquinado y la expresión enrabiada y a la vez ausente, distante. Los hombros le pesan, la espalda le pesa, el mundo le pesa, camina ligeramente encorvado, caminar ligeramente encorvado le pesa, le pesa caminar ligeramente encorvado. Es un momento trascendente, el momento más trascendente de cualquier vida. Está aterrorizado, quiere darse valor y piensa en Epicuro. Son las diez menos cinco de la noche. Sube por el ascensor a la terraza del hotel Tribunal. La vida va a dictar sentencia y él va a acatarla. Llega al bar, que le hace pensar en un club inglés, los confortables sillones Chester tapizados de verde, la barra de madera noble barnizada, las alfombras. Es muy rancio para sus colegas, y por eso ha ido allí solo una vez con Silvia. Es rancio para sus colegas, sí, pero para él es elegante, porque, quizá, siempre ha sido un poco viejo, un anciano prematuro, un joven melancólico. ¿Cuánto ha vivido él, cuánto han vivido los demás? ¿Una hora mía es igual que una hora tuya, el minuto de una mosca es como el nuestro? No, claramente no.

Chupó con avidez del cigarrillo. El fuego avanzó hacia la boca. Echó una gran bocanada de humo y luego lo apagó en la barandilla. La idea de que era un dragón herido cruzó mi cerebro.

—Piensa en Epicuro: «Así como el sabio no escoge los alimentos más abundantes, sino los más sabrosos, tampoco desea la vida más prolongada, sino la más intensa». Recorre el bar con la vista. No ve a Silvia. No está Silvia. No la ve. No está. No está. No la ve. El camarero le pregunta si desea tomar algo. Una cerveza. No piensa beberla. No piensa tocarla. No piensa pagarla. Transcurren lentos los minutos, los segundos. La cerveza, intacta, aguarda en la barra. Nadie va a beberla si no aparece Silvia, nadie va a pagarla si Silvia no aparece a las diez. Sale a la terraza. La Gran Vía y Alcalá confluyen ante él, espléndidas, nobles, luminosas; enfrente se alza

el edificio Metrópolis, lanzando sus rayos dorados, coronado por una Victoria Alada. Ha planeado despedirse bien vestido y viendo algo hermoso, Madrid en su gloria. Es el momento de acabar con todo, de pillar el billete de avión al Más Allá. ¿Y si su aeropuerto se llama La Nada? Ha pasado ya un minuto del plazo fijado. ¿Ha sido excepcionalmente intensa su vida, ha apurado su esencia, su cáliz? Oh, no siempre, pero sí las últimas semanas, sí este momento. Y su sabor es amargo. Se asoma a la barandilla. Traga saliva, intenta convencerse de que no debe tener miedo, de que va a abandonar el infierno y no el paraíso. No hay nadie más. Mejor. No quiere dar el espectáculo. La cerveza continúa intacta donde la dejó el camarero, nadie va a beberla, nadie va a pagarla. Silvia no está. No la ve. No está. En el pantalón lleva una nota para su familia. En el bolsillo interior de la chaqueta, sobresaliendo toda la culata, molestándole por su tamaño, por su peso, algo más de un kilo, la pistola de la Guerra Civil, sin ninguna documentación, que perteneció a su bisabuelo, una Astra 400 9 mm Largo.

Calló durante un rato, como si le costara continuar, como si tuviera que reunir fuerzas para hacerlo. Por un momento sus ojos me parecieron oscuros, y no azules.

—Con ella ha disparado algunas veces en el campo con su padre, a latas y a botellas de plástico —retomó la palabra, tras encender un pitillo. Me pareció que su silencio había durado diez minutos, pero miré el reloj y comprobé que solo habían sido dos—. Conoce el lugar donde su padre guarda la munición. Ha llenado el cargador, ocho cartuchos, ¿para qué, si le van a sobrar siete? Se dice, reuniendo valor: voy a contar hasta tres, y ya. Cuenta: uno, dos, tres. Pero no se ha movido. No ve a Silvia, Silvia no está, no está, no está, no ha venido, no está. La maldice. Se insulta a sí mismo, reniega de su cobardía. Le pesa la espalda, le pesan los hombros, le pesa la cabeza, le pesa el mundo, le pesa la pistola y le pesa la vida. Se da otra oportunidad. ¿Y si apareciera Silvia? ¿Y si ocurriera un milagro? Gira el cuello. Pero ella no está. Ella sigue sin estar. Ella nunca ha estado. Mira la pistola, el acero oscuro y frío, las cachas de madera, el diseño sobrio, sin adornos ni florituras... ¡Tan antigua, y va a segar su futuro! ¡Y sus ojos que la miran, y que van a ser por ella apagados! Uno, dos, tres. Otra vez reniega de su pusilanimidad, de su parálisis. Eres un soldado, estás rodeado, no hay escapatoria, es una película, eres el actor principal. Uno... dos... ¡Tres! Saca el arma con un movimiento veloz y apoya el cañón sobre la sien es solo apretar el gatillo mover el dedo es solo mover el dedo es solo mover el dedo es solo mover el dedo ¡es solo mover el dedo y todos tus sufrimientos habrán cesado! y suena una detonación...

Enmudeció. Aspiró del cigarrillo, y sus pómulos se marcaron como si fueran los de una estatua de bronce. Dio unos pasos por el cuarto, intentando controlar su agitación, y antes de hablar se detuvo, apoyando la espalda contra la estantería.

—Cesare Pavese, que se suicidó en un hotel de Turín, escribió: «Uno no se mata por el amor de una mujer. Uno se mata porque un amor, cualquier amor, nos revela nuestra desnudez, nuestra miseria, nuestro desamparo, la nada». Un rato después

llega Silvia. Hay una actividad extraña en el bar, gente asomada a la terraza, el camarero muy nervioso, hablando por teléfono. Un cuerpo tendido sin vida, sangre y... y...

Se quedó mirándose las puntas de los zapatos un instante, como arrepentido, y sacó un cigarrillo y lo encendió. No se daba cuenta de que tenía ya otro. Era una imagen absurda, un tipo con dos cigarrillos encendidos a la vez.

—Hay un instante en el que todo entra en juego y la vida y la muerte se lo disputan en igualdad de condiciones —siguió, casi soñador—. René Char escribió: «Algunos seres tienen un significado que ignoramos. ¿Quiénes son? Su secreto está en lo más profundo del secreto mismo de la vida. Se acercan a él y ella los mata». Como ves, no tengo mala memoria para las citas. Bueno —continuó, tras sentarse en el borde de la cama—, esa es la historia. Podría seguir hasta el infinito, pero... También puede terminarse aquí. Qué estúpido soy. —Su cara reflejó una súbita estupefacción—. Acabo de darme cuenta de cuáles fueron sus últimas palabras. Una cerveza. ¿Cómo no me di cuenta antes? Una cerveza, por favor. La puta cerveza que nadie pagó.

Callamos. El silencio se iba agrandando y espesando, me asustaba, pero no me decidía a romperlo. Por fin cayó en que tenía dos pitillos. Apagó uno y dio una calada al otro. Expulsó el humo sin tragarlo. En algún momento me resolví a preguntar:

—¿Y quién era Samuel? ¿Tu mejor amigo?

—Ah —me miró con la sorpresa pintándose en su rostro—. Creí que te lo había dicho el primer día. Samuel era mi hermano mayor. De hecho, él era el Hermano Que No Leía y yo era el Hermano que Leía. Mi único hermano, para más señas. Mi hermano, a secas. Éramos los Dos Hermanos que No Estábamos en las Redes.

Le miré con pena. Comprendí cuánto había sufrido, cuánto continuaba sufriendo. ¿Qué era peor? ¿No tener un hermano, o haberlo perdido?

—Está claro que yo le imité. Escribí unos versos muy malos y los leí en el funeral. Creo que a mi madre le habría gustado, también a ella le gustaba la poesía. Mi hermano no lo hizo por aquella chica, claro. Lo hizo por su madre, por mi madre. Y puesto que él se suicidó y yo estoy aquí, parece lógico concluir que es mucho más intolerable perder a tu madre a los dos años que no haberla conocido jamás.

No supe qué decir. Rai miraba por la ventana. Se notaba que tenía un nudo en la garganta. Creí que se iba a echar a llorar. Y de pronto me encontré con que era yo el que estaba llorando, al principio suavemente, y luego como un torrente, con las lágrimas resbalándose por las mejillas y mis hombros sacudiéndose y todo.

—Me alegro —articulé entre sollozos—, me alegro de haber sacado malas notas...

Era algo ridículo decir aquello, pero me salió de dentro. Entonces Rai se acercó y me abrazó. Me sentí diminuto, como si le bastara su brazo para abarcar no solamente mi espalda, sino todo mi ser. Tan pequeño como una barquita solitaria en la inmensidad del océano, tan vulnerable como esos barquitos que Rai y Samuel hacían

de niños con la corteza de los pinos.

—Perdóname —dijo—. He sido débil, he sido malo. No tenía que haberte contado nada. Hablar es un signo de debilidad.

Pero cuando uno llora por algo que le han contado, en realidad no llora por eso, sino por otros motivos. Lloro por el mundo, por la fragilidad de la vida, por el tiempo que pasa para no volver. Lloro por uno mismo, en el fondo, porque uno siempre está solo, excepto en algunos ratos en los que se produce el milagro de la compañía. Y pensar en eso me hacía llorar todavía más. Lloraba por mis padres y por mi hermana y lloraba porque adivinaba que Rai iba a desaparecer de mi vida. Lloraba porque había sentido con aguda certeza que desde el momento en el que naces el agua nunca deja de correr hasta que la fuente se agota. Somos eso: un estanque que se va vaciando.

—¿Sabes? —me dijo—. La vida es hermosa, pero duele mucho. Y creo que ese dolor es en parte lo que la hace tan hermosa.

Pero a mí me pareció que era una frase que no pensaba realmente, que se le acababa de ocurrir para reconfortarme.

—Bueno —dijo—. Voy a recoger mis bártulos de profesor altamente caradura.

Desconectó el tocadiscos y comenzó a introducirlo en la mochila. Yo le miraba con el corazón encogido, aunque ya más calmado. Me sequé las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano.

—Esto me lo llevo, y los elepés. Eran de mi madre. Pero todos los cómics y los libros que te he ido dejando son tuyos.

—Gracias.

—Gracias a ti. En cierto modo, debería haber sido yo quien te pagara a ti. Me has reconfortado tanto, sin saberlo... Pero los profesores altamente caraduras no hacen esas cosas. Se guardan el dinero y se lo gastan en gasolina para la moto, en copas, en libros y en videojuegos.

Le acompañé a la puerta. Justo cuando iba a salir le di un abrazo, como si fuera un niño. Pero no me dio vergüenza volver a serlo por unos segundos. Aunque no le vi la cara, noté que se emocionaba. No era una piedra, como a veces creía de sí mismo.

Se separó de mí, y dijo:

—¿Sabes? Tienes una gran familia. Cuídala.

Apretó los dientes. Vaciló, luchando contra sí mismo, o buscando las palabras que fueran más justas y precisas, y añadió:

—Tus padres son magníficos, y tu hermana también. Y tú, por descontado. Pero yo soy como... carcoma —hablaba con dificultad, como si tuviera que expulsar las palabras, más que pronunciarlas—. Creo que es el momento indicado para ir difuminándome, para hacer mutis por el foro. Vosotros sois un oasis, y yo no tengo derecho a embarrar el agua. Tengo miedo de haberte hecho daño con mi... virus.

Y tras decir eso se mordió el labio inferior, oprimió el botón de llamada del ascensor y sin esperar a que llegara comenzó a bajar las escaleras, evitando volver la

mirada atrás.

Parecía alguien que acabara de comprar el último billete para el País de los Héroes Solitarios.

XX

Rai actuaba a las ocho de la tarde. Para luego, Teresa había organizado una fiesta en nuestra casa, aprovechando que nuestros padres se habían ido de viaje de placer, una repentina idea de mi madre. Pesadilla de Fuego me amenazó con fuertes represalias en caso de que se enteraran por mi causa. Bueno, ¿para qué acusarme? Yo también tendría mi fiesta, y si nos pillaban ella cargaría con el castigo. Una postura muy cómoda, la mía.

No quedé con mis amigos, pues aunque seguía distanciado de Ramón, hacerlo solo con Hugonías me parecía una especie de traición. Fui confiando en que me encontraría a numerosos conocidos, como así ocurrió. Cuando vio que nadie me acompañaba, Nuria se me pegó. Estaba por mí desde primero de primaria, y aunque nunca le había dado esperanzas, permanecía fiel a su amor. Me caía bien, la encontraba agradable, pero nada más. Me halagaba gustarle, aunque no tanto como para que ella me gustara a mí por eso. Me propuso tomar una cerveza antes de entrar, y acepté. Compramos unas latas a una china, o coreana, que siempre se apostaba en la acera de enfrente y que siempre tenía el detalle de no pedir el DNI. Entablamos conversación con unos amigos del instituto que bebían whisky con cola y dimos algunos tragos. Me seguía sabiendo fatal.

Cuando entramos, se hizo la noche artificial, del sol del atardecer de junio pasamos al antro oscuro con luces que se encendían y apagaban. Haber bebido me hacía estar más alegre, con más energía, y... bueno, Nuria me parecía más atractiva que otras veces, y se juntaba contra mí aprovechando que el local estaba lleno. Rai subió al escenario, le aplaudieron y le silbaron, y empezó a cantar. Me fijé en Teresa, se había puesto muy guapa (era lo normal cuando salía los viernes), con unos vaqueros muy estrechos, los labios pintados, el pelo reluciente y una camiseta que le sentaba de maravilla. Estaba rodeada por tres moscones a los que no prestaba ninguna atención pese a sus esfuerzos, que se traducían en un variado repertorio de risas exageradas, contorsiones y muecas. Miraba a Rai con cara de póquer, como diciendo, burlona o vengativa, «el camino es largo, ya nos encontraremos, si tú me lo rompiste en dos, ya te lo romperé yo en tres, ya te arrepentirás». Nuria se me pegaba, casi se restregaba, y me hablaba con la cara muy cerca de la mía, yo me dejaba, y por otra parte me ponía nervioso. Entendí por qué las chicas se quejan cuando alguien no mantiene las distancias.

—Sabes que estoy por ti, ¿verdad? —me soltó. Estaba más borracha que yo—. ¿Eres lobo o vampiro?

Ella tenía ya catorce años. A mí me faltaba algo más de un mes. La semana anterior me había enviado una foto bastante sexy. Lo malo era que no era mi tipo.

—Ni lobo ni vampiro —contesté.

—No seas creído, yo no te estoy pidiendo amor eterno, no me vas a destrozar si te enrollas y luego pasas de mí, prefiero eso a nada.

Rai empezó a cantar *Stumblin in* y miré a mi hermana, que mantenía la misma actitud; dos de los moscones se habían dado por vencidos, solo el tercero seguía a su lado, aunque quieto y en silencio, agobiado, pensando en qué decir y sin que se le ocurriera nada, «*our love is alive...*», y yo me imaginé que Rai cantaba «*our love is a lie*», pero era imposible distinguirlo, claro. Nuria me miraba con una especie de extraña adoración, con una entrega sorprendente; todo giraba, no únicamente las luces del techo, y pensé que jamás querría ser su novio, que no sentía por ella lo que había sentido por Azucena y que jamás lo sentiría. Rai terminó la canción y empezó otra. Entonces vi, desagradablemente sorprendido, que Pesadilla de Fuego se estaba besando con el moscón más persistente, le abrazaba y le besaba, se enroscaba como una serpiente a un árbol, y pensé que era un espectáculo a la vista de todos cuyo único destinatario era Rai, una obra de teatro en la que uno de los actores, el moscón, no se daba cuenta de que era solamente eso, una actuación, una farsa, y Rai el único al que Teresa otorgaba la categoría de espectador, aunque hubiera doscientas personas más. Continuó cantando impertérrito, como si con él no fuera la cosa, y Nuria ladeó la cabeza, y me pareció que tenía unos ojos que brillaban y que eran bonitos, y dijo:

—No seas malo, bésame.

El destello de una luz me hizo guiñar los ojos, y Nuria acercó sus labios a los míos y ocurrió: abrí un poco la boca y ella introdujo la lengua, era eso, la movía, acariciaba la mía, se separaba y volvía, y yo, extrañado, pensaba que había traspasado una línea y que, al contrario de lo que imaginaba, la tierra era igual al otro lado, o no lo era, pero precisamente porque ya sabía que era la misma tierra, era diferente porque yo ahora sabía que permanecía igual, y era consciente de que era más una claudicación que una victoria, otro paso adelante en la tierra incógnita de los adultos, otro paso que dejaba más atrás la niñez. Siempre había imaginado que reservaría mi primer beso para la chica de mis sueños, e ignoraba si mi rendición se debía a que estaba harto de ir retrasado con respecto a Hugo y a Ramón, quien incluso había perdido ya la virginidad, y cansado de las burlas, de sentirme inferior, en desventaja, sin experiencia del mundo, de la vida, de las mujeres, y por fin me dejé llevar y empecé a acariciar el costado de Nuria, y subí hacia los senos y me apartó la mano sin dejar de besarme; tras unos segundos volví al ataque, y ella volvió a quitar con firmeza mi mano.

—Delante de todo el mundo, no —dijo.

Ocupamos una butaca en un rincón más recogido e intenté de nuevo avanzar en mis exploraciones, pero tampoco allí Nuria se mostraba muy dispuesta. Se presentó Ramón abrazado a una chica de pelo rizado y más alta que él, a la que yo no conocía.

—Hola, tío. Lamento interrumpir. —Me guiñó un ojo, cómplice—. ¿Me invitas a la fiesta de tu hermana?

Se agachó y me susurró al oído, para que no lo oyera su acompañante:

—Va a ir Nastacha, y me ha dicho que gratis. Y que me va a pasar una cosa que se llama shabú, para ir de fiesta y no dormir. He dicho a mis padres que dormía en casa de Hugo.

—Ven un momento. —Le agarré de un brazo y lo llevé a un aparte. Ya ni me chirriaba que la llamara *Nastacha*—. Tienes que olvidarte de Natasha.

—¿Por qué?

—Rai me ha advertido, me ha dicho que te avise.

—¿Sabe algo que yo no sepa?

No dije lo de la sensación negra para que no se riera en mis narices.

—Conoce a esa gente.

—Yo sí que conozco a Nastacha —fanfarroneó.

—Ramón, por favor —casi le supliqué—. Esa «cosa» es una droga, ¿de qué vas?

—Siempre te has creído superior. —Se revolvió—. Pero eres igual que yo... solo que más hipócrita.

Por un instante pensé que iba a devolverme con retraso el puñetazo, pero se dio la vuelta y se marchó.

—Vaya —dijo Nuria—. ¿Conque tu hermana hace una fiesta y a mí no me invitas?

—Puedes venir, si quieres.

Diez minutos después de que acabase el concierto salimos de la discoteca. Ya se había retirado el sol, ya reinaba la noche. Por suerte, en la calle nos sumamos a un grupo que seguía los pasos de Teresa y de Helena, y evité así estrujarme el cerebro para dar conversación a Nuria. Toshiba no estaba, y me pregunté si Helena había cortado con él. Vi a Rai hablando con una de las madres que había estado en el concierto, acompañada por su hija. Me detuve. Nuria hizo lo mismo.

—Sigue con ellos —le dije—. Ahora te alcanzo.

Cuando terminó de hablar con la madre, Rai vino hacia mí.

—Hola —le saludé—. Ha estado muy bien.

Comenzamos a caminar juntos.

—Gracias. Esas madres... El encargado quiso echarlas, y esta dijo que era abogada, que el local incumplía no sé cuántas normas y que les iba a meter un paquete de cuidado como no las dejaran en paz. Parecía una versión femenina de Harry el Sucio —rio—. ¿Sabes? Estaba el de la discográfica.

—¡Anda! —me alegré—. ¿Y qué tal?

—Bueno —respondió—, quieren producirme un disco, ahora dice que no hace falta verme con mayores.

—Enhorabuena —le felicité, emocionado.

—Le he dicho que no. —Le miré sin comprender—. Y me he sentido tan liberado. ¡Qué liberado me he sentido, Dios! —La excitación casi le hacía gritar—. Lo único que me fastidia es que no estoy seguro de si he dicho que no por miedo al

fracaso, o si ha sido por mis convicciones, porque me río de toda esa parafernalia tan falsa, tan ridícula... ¡Y pensar que me estaba metiendo en ella! ¡Qué a gusto me he quedado, qué bien me siento!

Pero no parecía sentirse tan bien, y menos cuanto más lo afirmaba.

Pasábamos ahora por un trecho de una calle en el que las farolas estaban apagadas.

—Mira. —Señaló el cielo, todavía excitado, casi eufórico. Se distinguían un par de puntitos brillantes—. *¡Estrellas, luces pensativas! / ¡Estrellas, pupilas inciertas! / ¿Por qué calláis si estáis vivas / y por qué alumbráis si estáis muertas?* Teresa me ha invitado a la fiesta —me informó, ya más calmado.

—¿Y qué vas a hacer?

—Bueno —dijo, tras reflexionar unos segundos—. No están tus padres, ¿no?

—Se han ido de viaje.

—Sería poco caballeroso rechazar la invitación de una princesa, ¿no crees?

Me sonrió. No supe por qué, pero me pareció que estaba más desesperado que nunca o, mejor dicho, que por primera vez estaba auténticamente desesperado.

XXI

La fiesta tenía altas probabilidades de salirse de madre, y así ocurrió. Había gente que traía gente que traía gente, se colaban unos y otros y todo apuntaba hacia el desastre. No lo fue tanto, aunque dos días después mi hermana hubo de confeccionar una lista de destrozos y objetos perdidos —forma en este caso políticamente correcta de decir *robados*—, y esa lista no tuvo menos de diez renglones. Como escarmiento, Teresa se quedó cuatro semanas sin salir, «ya que tanto te gusta estar los viernes en casa». Aunque luego se rebajaron a tres, por el buen comportamiento de la rea.

No sabía cómo sacudirme a Nuria de encima sin ser borde. Y a la vez, quería estar con ella. Estaba infestado de contradicciones, de pequeños bichos que luchaban entre sí, que tiraban de la cuerda en direcciones opuestas. Bebimos algo y nos besamos y manoseamos sin que nos importara que nos vieran los demás, ajenos a todo lo que no fuera nosotros mismos, o quizá, para ser sinceros, con un punto de exhibicionismo, y luego entramos en mi cuarto. Eché el pestillo. En la cama había ropa y algunos bolsos. Nos tumbamos allí. Yo le toqué los senos, y en esta ocasión se dejó. Por una parte disfrutaba, pero por otra estaba tenso, absurdamente preocupado de si lo hacía bien. Al cabo de un rato me pareció que todo se repetía y me senté en el borde de la cama.

—Voy a controlar que no desparramen demasiado. ¿Vienes?

—Ve tú, ahora voy.

En el pasillo el dulzón olor a porro era todavía más denso y penetrante que antes. La cocina estaba repleta de gente. Había cerveza en el suelo, resbaladizo en unas zonas y pegajoso en otras, y ceniza y cigarrillos en la mesa. Un tipo alto y grande estaba comiendo en la misma fuente los espaguetis que nos habían dejado para el fin de semana, y al ritmo que llevaba no iba a quedarnos nada. El fregadero parecía un depósito de latas de cerveza. Pisé unos cristales y el sonido que se produjo me arañó la columna vertebral. A Ramón no le vi por ningún lado. En una esquina oscura del salón estaba Natasha con Funesto, este de espaldas a la gente.

—Venga, que tengo que relajarme.

Natasha sonrió bobaliconamente, medio ida, y se arrodilló. Me faltaba aire y noté una punzada en el estómago. Regresé a mi dormitorio. Nuria ya no estaba, pero había entrado Rai. Miraba la quemadura en el corcho. Me pareció que tenía forma de pez. Me seguía faltando el aire y abrí la ventana. Entró un poco de brisa, que me alivió algo.

Así que estábamos él y yo solos. Su mirada me pareció lúgubre, desolada.

—Lo había leído, pero... —musitó con voz entrecortada—. No sabía que *de verdad* doliera tanto.

Se aproximó al balcón y lo cerró casi con violencia. No entendí por qué lo había hecho hasta tiempo después. Había sentido un impulso, y el miedo le había asaltado.

—Mi hermano fue muy valiente —dijo. Estaba perfectamente sobrio—. Realmente lo fue. No le guardo rencor, pero me clavó un cuchillo en el corazón. Supongo que no tuvo otra.

—A veces pienso que la muerte no existe —dije.

Me miró con interés, o eso pensé. Ese era uno de los rasgos que diferenciaban a Rai: sabía respetar a los demás. Incluso sabía hacerles sentir importantes, aunque solo fuera por un momento, por ese momento en que clavaba su mirada profunda y transparente a la vez. Así que me animé a continuar.

—Porque si estás vivo, no te afecta, y si te mueres, en cierto modo tampoco, precisamente porque estás muerto y ya no te das cuenta, no eres consciente. Así que tu propia muerte solo existe para los demás, y la de los demás, para ti.

Pensé que la borrachera me volvía más lúcido. Hablar con él era como un remedio, y me iba olvidando de Nuria y del estado de mi casa, tomada por los bárbaros.

—Eso ya lo dijo Epicuro —observó—. ¿Sabes quién era?

Asentí con la cabeza. No tenía ni idea de quién era Epicuro. Sí, él ya lo había citado en alguna conversación anterior, conocía el nombre y sabía que era un filósofo griego, pero eso era casi lo mismo que nada.

—Por lo visto mi madre tenía esta frase en el hospital: «La muerte es una quimera: porque mientras yo existo, no existe la muerte; y cuando existe la muerte, ya no existo yo». Y antes de morir dijo que lo sentía por nosotros, que era absurdo que lo sintieran los demás por ella. ¡Dios! —Se pasó una mano por la frente, retirándose el flequillo—. Palabras. Debió de sufrir horriblemente, porque era consciente del vacío que dejaba detrás.

De pronto tuve miedo por él, como si la fatalidad dirigiera su vida, como si estuviera a merced de un remolino que le arrastrara hacia las profundidades, como si su destino estuviese marcado con el rojo de la sangre y el negro de la muerte prematura.

—No vas a hacerlo, ¿verdad?

Era más una súplica que una pregunta.

—No —dijo—. Claro que no.

El sentido de la respuesta podía ser tranquilizador, pero no el hecho de que supiese a qué me había referido. Su camisa blanca resplandecía, y había un brillo en su oreja, por el aro.

—¿Qué hora es?

—Las diez —respondí.

—El juego sigue sin mí —susurró, como hablando para sí, y tuve que esforzarme para oírle.

Le iluminaba una expresión trágica y resuelta a la vez, como la de alguien que se

va a enfrentar a su destino. Tenía una forma de mirarte, tan directa y grave, que parecía imposible que te mintiera. Esa fue la última vez que le vi, la imagen que he conservado durante todos estos años en mi memoria como si se tratara de un pequeño tesoro de incierto significado, pero de mucha transcendencia. Y esas fueron las últimas palabras que escuché de sus labios.

En ese momento vi pasar a mi hermana por el pasillo. Se paró intencionadamente al lado de la puerta de mi cuarto y empezó a besarse con un chico alto, con el pelo castaño claro muy corto por las sienes y la nuca, pero el flequillo largo, repeinado, al que yo no conocía. Me dio pena y rabia. Salí.

—¿Qué haces? —la reprendí, como si yo fuera el hermano mayor—. Es el segundo de esta noche.

—Verás, hermanito —replicó, con ese tono condescendiente que yo odiaba—. Ya va siendo hora de que aprendas que incluso los ángeles hacen cosas malas.

Y se dio la vuelta y volvió a besar en la boca al chico guapo y repeinado.

Hay quienes sostienen que las historias verdaderamente buenas terminan mal.

Yo, que no creo en nada paranormal, en nada que no se pueda oler o medir o pesar o tocar o ver, sentí una llamada que me arrastraba hacia mi cuarto. Me di la vuelta con el corazón latiendo violentamente. No seas dramático, me repetía. No seas dramático. Pero contenía la respiración y me iba preparando para lo peor.

Entré, sabiendo que allí acababa de ocurrir ese instante en el que todo entra en juego y que la vida y la muerte se disputan en igualdad de condiciones.

Y él ya no estaba. Noté una corriente de aire, y caí entonces en la cuenta de que el balcón volvía a estar abierto.

Corrí a asomarme.

Abajo, en la calle, todo estaba tranquilo. No había ningún cadáver, ningún coche con el techo abollado. Ningún grito de horror, ningún grupo de curiosos arremolinado alrededor de un cuerpo desmadejado y eternamente joven, nadie telefoneando.

Una calle en calma y una tenue brisa que prometía tiempos mejores.

¡Cómo me alegré de que aquello no fuera «una historia verdaderamente buena»! De que la vida hubiese triunfado en ese instante decisivo.

Volví al bullicio. Mis piernas flaqueaban y me senté en un sillón, hundiéndome en él. Estaba mareado, o como si acabaran de propinarme una paliza. Un calor del infierno encendió mis mejillas. Nuria se acercó. La miré desde un precipicio y se dio la vuelta y se alejó como un fantasma. Yo no estaba en situación de juzgar a nadie, ni de ayudar a nadie, ni de hacer feliz a nadie. Bastante tenía con flotar.

Cuando recobré las fuerzas me levanté de aquel sillón sin fondo y busqué a Rai por toda la casa. Me pregunté cómo habría salido de mi cuarto, si descolgándose por la fachada o por la puerta, como una sombra, aprovechando el momento en el que yo hablaba con mi hermana. La penumbra, el olor a humanidad, la música muy alta, la gente bailando o besándose, haciendo fotos, enviando mensajes, grabando vídeos, me pareció el escenario de una pesadilla.

Nunca volví a verle.

Circuló el rumor de que se había embarcado en un carguero que iba a Shanghái. Otros decían que una millonaria suiza le había pagado una fortuna por vivir un año con ella, saltando de castillos a islas paradisíacas. Alguno aseguró saber de buena tinta que se encontraba en África, trabajando para una empresa que organizaba safaris. Alguien, en fin, había oído que estaba en la India, ayudando a las mujeres de castas inferiores. Tampoco faltó la versión en la que hallaba la muerte a navajazos por mediar en una pelea entre dos bandas latinas. Disparates que acrecentaban su leyenda.

Todo fue mucho más simple. Se mudó a Inglaterra, probablemente dejando atrás a su padre y a su madrastra. En verano, cuando cumplí catorce años, recibí un paquete de su parte. Venía de Londres, pero no constaba el remite. Dentro estaban el vinilo de *Bat out of hell* y una nota manuscrita: «He dejado de fumar». Me emocioné, y me pregunté si, además de hacerme un regalo tan valioso para él, me estaba diciendo que el murciélago había salido de su infierno. Que se había perdonado por vivir y por gustar. Que él, que había caminado durante años angustiado con la idea del suicidio en el horizonte, había superado el instante decisivo y había elegido definitivamente la vida.

Ramón desapareció de la mía de forma igual de brusca que Rai, pero mucho más violenta. Desapareció de todas las vidas y para siempre. Sin posibilidades de un encuentro casual o buscado en el futuro.

Porque la muerte sí había salido a pasear esa noche por Madrid, como todas las noches, y como yo había presentido. Ignoro si había viajado desde Ispahán, desde Ruanda o desde Auschwitz, pero creo que por un instante posó sus ojos fríos ardientes en Rai, y luego vagó por el aire y lanzó sus rayos sobre Ramón. Fue a las tres de la madrugada, esa misma noche, en una plaza, haciendo botellón. Alguien le increpó y él contestó. Una tercera persona, que vestía un chándal, vino por detrás y le golpeó en la cabeza. Llevaba algo en la mano, porque le hundió la nuca. Cuando llegaron los servicios de urgencias ya nada pudieron hacer. Había muerto en el acto, al revés que aquel galápago de mi infancia. La autopsia reveló que, aparte de alcohol, había consumido un cóctel de diferentes drogas. Nunca detuvieron al asesino. El caso de Ramón engrosó ese aproximadamente veinte por ciento de homicidios no resueltos en España. «De fiesta con dos pilinguis». Ese fue su último mensaje, diez minutos antes de morir. En cierto modo podría considerarse como su última frase. *De fiesta con dos pilinguis*. Cuando pienso en ella me entran ganas de reír y de llorar a la vez. Así era Ramón. Hizo mal la foto, y solo se le distinguía claramente a él. De las pilinguis nunca más se supo, lo que no ayudó a la Policía. Rastrearon sus cuentas, pero no encontraron ningún indicio sospechoso. Se había tratado, con toda probabilidad, de un *accidente*. Estar en el momento equivocado en el sitio equivocado. El asesino escapó inmediatamente, nadie le conocía, nadie podía describirle. Tampoco se localizó al que había discutido con Ramón. Interrogaron a

Natasha, a Funesto y a Daniel, pero nada concreto había contra ellos, y tenían coartada. Me culpé. De haberle invitado a la fiesta, lo más probable sería que siguiera con vida. El entierro fue muy emotivo. Recordé la novela de Mark Twain. ¡Qué no habría pagado porque fuera una travesura de mi amigo y estuviera espiándonos desde detrás de un seto! Todo el mundo colgando frases y fotos, aquellos días. «No te olvidamos, colega». «Siempre vivo, siempre en nuestro corazón». «Ramón *for ever*». Sus familiares estaban destrozados. Fue la primera vez que simpatiqué verdaderamente con su padre. El hermano no se separaba de la falda negra de su madre. Ahora sí parecía lo que era: un niño. Rai no apareció. Probablemente no se enteró, o a lo mejor ya estaba en Inglaterra. No lo sé. Me habría gustado tener el valor de leer algún poema, como había hecho él en el funeral por su hermano, pero no hice nada. Teresa lloró. Dos años después leí en un periódico la historia de un chico al que habían asesinado por colgar un vídeo porno de su exnovia. Me pregunté si Ramón habría amenazado con difundir que aquella chica con una peluca era Natasha. Pero pensar en esa posibilidad me hacía sufrir aún más y no conducía a nada, conque procuré olvidarla.

Algunas madres que querían volver a sentirse jóvenes durante una hora siguieron yendo a La Guillotina, con la excusa de recoger a sus hijas, pero pronto comprendieron que Rai se había ido para siempre, y el lugar fue languideciendo, pasada su época de esplendor, y otros ocuparon su lugar en la noche adolescente madrileña. Años después cerró, y reabrió con otro nombre, Alfredo's Club. Un día me dejé caer allí por curiosidad. Estaba vacío y despedía un olor fuerte y denso, a una mezcla de cuero, sudor y desinfectante. Sonaba *Tennessee flat top box*, interpretada por Rosanne Cash, una canción cuya letra, «*and all the girls from nine to ninety*», me recordaba inevitablemente a Rai, sus conciertos y la fascinación que ejercía sobre el sexo femenino. Pedí una cerveza, y cuando me la sirvieron decidí que tantos recuerdos arremolinándose en mi cabeza requerían algo más contundente. Sin tan siquiera probarla, la sustituí por un gin-tonic. Pensé en mi madre y en Rai, en mi hermana y en mi padre, pensé en Ramón, pensé en los buenos y malos y viejos tiempos. Espanté una vez más el cuervo que llevaba años planeando sobre mi cabeza, pero, como siempre, no del todo: dándolo por improbable, pero no por imposible. Recordé el cuadro de Van Gogh, *Campo de trigo con cuervos*, pintado unos días antes de suicidarse. No me sentí con ganas de apurar el gin-tonic y pedí la cuenta. Torcí el gesto al comprobar el importe. Apenas iba a quedarme dinero para el resto de la noche. Apareció entonces una mujer con minifalda, medias ceñidas y una camiseta apretada que dejaba la mitad de los pechos al aire. Me miró, y fui yo quien apartó la mirada. No hacía falta ser muy listo para adivinar en qué se había transformado aquel lugar. Sus pechos operados explicaban el precio de las consumiciones. Aventuré que estaba vacío porque era muy temprano, y recordé que allí fue donde di mi primer beso, y que aquello era un peldaño más de la misma escalera, la única que había, que conducía al desencanto y la madurez, pero también a momentos de mágica felicidad.

Pagué y me fui sin haber dado conversación a la chica ni al camarero. Un tipo raro, ese era yo. Solo al marcharme me di cuenta de que la cerveza, intacta en la barra, parecía un homenaje a Samuel. Nadie la bebería, aunque en este caso alguien la hubiese pagado. Desde entonces, a veces hago eso: pedir una y dejarla en la barra, sin probarla. Porque, aunque no había conocido a Samuel, de alguna forma le había querido.

Tras el funeral de Ramón tuve durante un tiempo la sensación de que todo se marchitaba a mi alrededor, como si el mundo entero estuviera seco, sediento y enfermo. Compré una pequeña urna de cristal, introduje en ella al Kolossus que todavía conservaba y la coloqué en una balda de mi dormitorio. Todavía hoy, de cuando en cuando, miro a la pequeña figura y le digo que lo siento. Saqué buenas notas. En matemáticas, un notable. Y como todo se marchita, también esa sensación de que todo se marchitaba fue marchitándose, y después del verano ya empecé a sentir que la vida dolía, sí, pero que era hermosa.

Y que a lo mejor por eso era hermosa, porque dolía.

Y que a lo mejor por eso dolía, porque era hermosa.

Si vivías para contarlo.

XXII

Bueno, estamos llegando al final de la historia, o puede que ya lo hayamos hecho, y aquí debería haber puesto la palabra FIN. ¿Por qué la he contado?, vuelvo a preguntarme.

No ha sido para revivir aquella etapa decisiva de mi vida, en la que no fui desgraciado, aunque tampoco muy feliz, ni para indagar en los motivos por los que nos distanciamos de los amigos, ni para recordar cómo era en esa época mi familia, con mi madre tan presente y a la vez tan ausente en estos duros momentos, ni para dar fe de cómo los ideales acaban tarde o temprano por darse de bruces con la realidad. Ni siquiera ha sido porque la muerte de Ramón me haya perseguido durante estos años, de forma intermitente y tenaz al mismo tiempo, como me persiguió la agonía de aquel galápagos. Tampoco para dejar testimonio de mi existencia, como alternativa a esos trillones de fotos y mensajes de esa realidad virtual que Ramón creía que no ocupaba espacio, pero que sí lo hace: en los edificios, garajes y subterráneos en los que empresas especializadas protegen miles de ordenadores con las memorias en las que se archivan nuestras fotos, mensajes y pensamientos, nuestras ocurrencias y banalidades, quién sabe si para usarlas algún día en nuestra contra.

No.

Lo he hecho porque otra muerte y un descubrimiento ligado a ella me han golpeado dolorosamente.

En estos años el recuerdo de Rai había venido a mí una y otra vez, dejando al aire una herida que yo no sabía que marcaba mi alma: la de no haber tenido un hermano. Tengo una hermana, sí, pero no es lo mismo. Fantaseé alguna vez con la idea de que Rai era el hermano que yo querría haber tenido. ¿No había sentido acaso él algo semejante? ¿No me había buscado para jugar conmigo a la petanca en el día de su cumpleaños, como hacía con Samuel? Me habría gustado poder buscarle y decírselo: Rai, ¿quieres ser mi hermano? Pero comprendía que habría sido algo increíblemente absurdo y descabellado. Habría pensado que estoy loco. Habría constituido un absoluto desastre. Y encima tampoco habría sido fácil. Le he perdido la pista por completo, y no hay rastro de él en ninguna parte. Sigue siendo refractario a las redes. Por lo que respecta a la posibilidad de contratar un detective, como en la cena con mis padres sugirió él mismo que habría que hacer para localizarle, rebasa el campo de acción de mis rarezas.

En cuanto a ella, en cuanto a Teresa, precisamente porque nunca hemos hablado de Rai, estoy seguro de que también ha pensado en él con frecuencia. Pronostico que acabará casándose con su actual novio, un arquitecto bastante decente dentro de lo

que cabe, y del que dice que le da alergia (por alegría: no ha cambiado demasiado, Pesadilla). Pero yo sé que no le ha olvidado, que nunca ha logrado sacudirse su recuerdo de encima. Sé que Rai ha sido el verdadero y único amor de su vida, y que si se lo encontrara dentro de veinte años aún sentiría la astilla clavada en su corazón, vibrando.

En estos días de largas vacaciones, mis últimas largas vacaciones de estudiante, ha resonado en mis oídos con fuerza la frase de mi hermana: «¿Ah, sí? ¿Tendría derecho a liarse con nuestra madre?». En años anteriores me repetí muchas veces que profirió aquellas palabras impulsada por el resquemor y los celos, y que en realidad no hubo nada: solamente esa atracción que casi cualquier mujer, «*from nine to ninety*», sentía por él. Al contrario que el capitán Ahab, durante estos años yo no he perseguido a la ballena, sino que más bien la he rehuido.

¿Se escribe para recordar o para olvidar? Han transcurrido nueve años, pues, y no he vuelto a saber de él. He dejado atrás la universidad, y en septiembre empezaré a buscar trabajo. Seguramente acabe de profesor. Un oficio no muy bien retribuido ni suficientemente respetado, pero que me ilusiona. Me pregunto qué motes burlones o hirientes me pondrán mis alumnos, y también me pregunto qué podré hacer por ellos. Me pregunto si seré capaz de estimularles, de señalarles nuevos caminos y abrirles nuevas ventanas, de ensanchar su mundo, como hizo Rai conmigo. Si empezaré con fuerza y energía y acabaré resignado, convertido en un mero funcionario. Me doy cuenta, con preocupación, de que los buenos profesores, además de conocer su asignatura, tienen alma de actores, y yo no. Es el papel que represento aquí, me había dicho Rai en nuestra primera clase.

Pero sigo evitando a la ballena blanca incluso ahora, redactando estas líneas. Inútilmente, pues la ballena blanca ha emergido ante mí, golpeando el casco del barco con violencia y haciéndolo naufragar.

XXIII

Volví a pensar en Rai, huérfano a los pocos días de nacer, cuando murió mi madre hace un mes. También para mí ha sido demasiado pronto. Una madre siempre muere demasiado pronto.

Y entre las pertenencias de ella, hace un par de semanas, encontré en un sobre esta poesía:

Estás loca

y te amo con locura

Hay un oasis en medio del desierto al que la muerte,

impaciente, acude para maldecirlo y lamentarse

mientras tú yaces a mi lado

dormida

de la cabeza a los pies

desnuda

de los pies a la cabeza

deseada

de la cabeza a los pies

Te amo

y te amo

Cada detalle de tu cuerpo

es un detalle de mi amor

Cada suspiro del viento

ves un suspiro de mi amor

Estoy loco

y te amo

y te amo con locura

Mi amor todo locura

Bésame

Voy a abrir tu puerta con mi llave

otra vez

Quiero que la muerte impaciente maldiga y se lamente otra vez

Te amo

y te amo

Tu amor todo lo cura

Si alguna vez regresas a la cordura

te buscaré allí

como los pies descalzos buscan los cristales

Y una firma: R.

Me dio una arcada, y a la vez, me alegré de que no lo hubieran encontrado ni mi hermana ni mi padre. Mientras la quemaba, pensé que Rai había tenido mucho

cuidado de no mencionar nunca *El graduado*.

Supongo que este hallazgo es la razón última por la que he contado esta historia. Imagino que para eso se escribe, en el fondo: para airear las heridas del alma. Para intentar sacarlas al sol y ver si así cicatrizan mejor.

Aunque continúes sin saber apenas nada de ti mismo ni de quienes te rodean.



MARTÍN CASARIEGO CÓRDOBA (Madrid, 1962). Es licenciado en Historia del Arte por la Universidad Complutense de Madrid. Su primera obra publicada, *Qué te voy a contar* (1989), recibió el Premio Tigre Juan a la mejor opera prima de ese año. En 1997 obtuvo el Premio Ateneo de Sevilla con su novela *La hija del coronel*. En 2007 le fue otorgado el Premio Anaya por la novela juvenil *Por el camino de Ulectra*, y en 2008 un jurado presidido por Ana María Matute le concedió el Premio Ciudad de Logroño por su novela *La jauría y la niebla*. Además de novelas y relatos, es autor de guiones de cine (hasta ahora siempre en colaboración), entre ellos *Amo tu cama rica* (1991), *La Fuente Amarilla* (1999), o la adaptación de su novela *Y decirte alguna estupidez, por ejemplo, te quiero* (2001). También ha escrito en distintos medios de prensa.